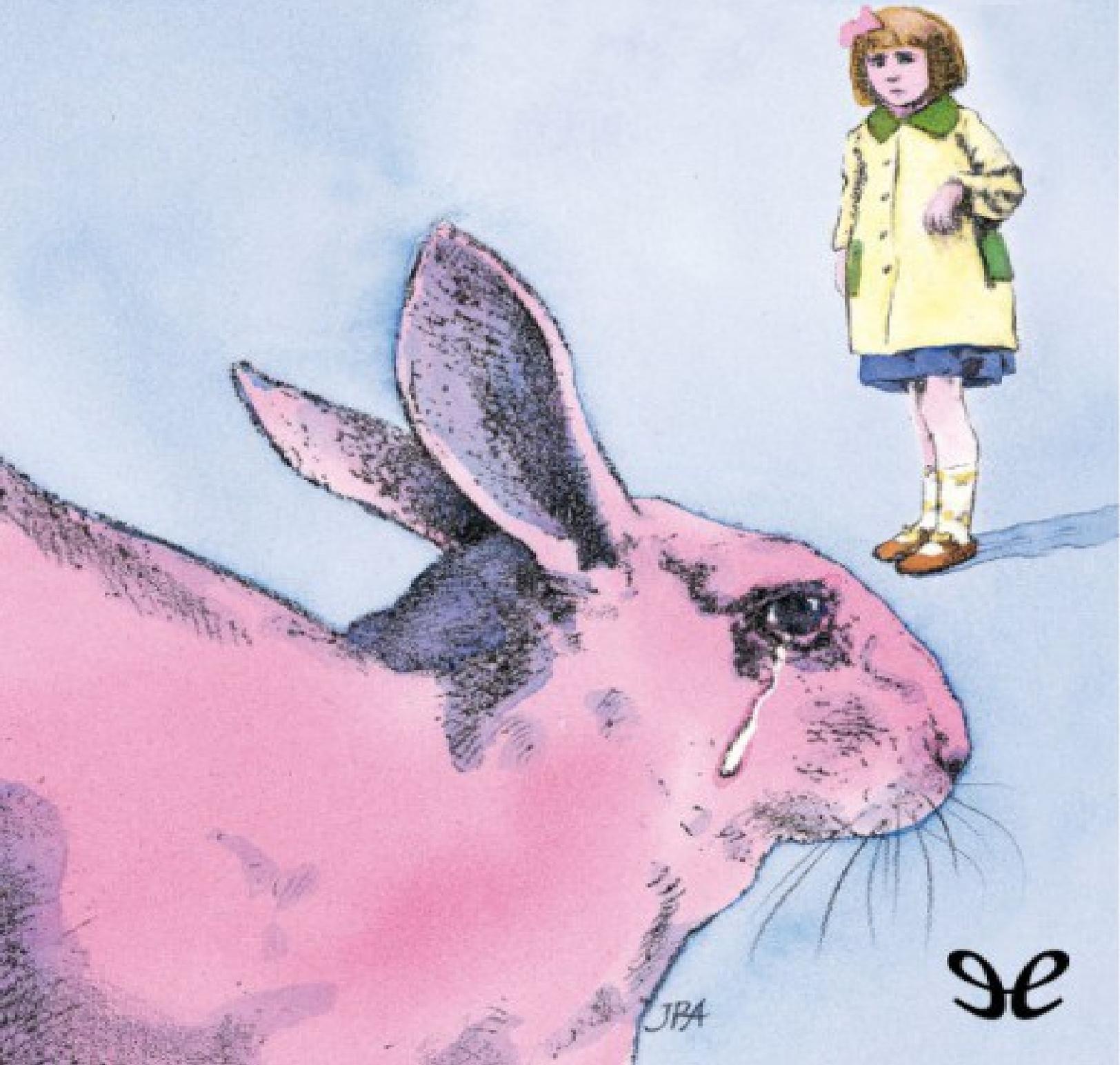


Cuando Hitler robó el conejo rosa

Judith Kerr



La llegada de Hitler al poder va a cambiar radicalmente la vida de Anna y su familia. En su huida del horror nazi, deberán abandonar su país y dejar atrás muchas cosas queridas, como su conejo de peluche. Con él también se quedará su infancia. *Cuando Hitler robó el conejo rosa* es una de las obras más leídas por los jóvenes de todo el mundo; una obra que rebosa emoción y sinceridad.



Judith Kerr

Cuando Hitler robó el conejo rosa

ePub r1.0

Carlos. 26.03.14

Título original: *When Hitler stole pink rabbit*

Judith Kerr, 1971

Traducción: María Luisa Balseiro

Ilustraciones: Judith Kerr

Editor digital: Carlos. para www.epublibre.org

Corrección de erratas: Carlos.

ePub base r1.0



A mis padres, Julia y Alfred Kerr



Capítulo 1



Anna volvía del colegio con Elsbeth, una niña de su clase. Aquel invierno había nevado mucho en Berlín. La nieve no se había derretido; los barrenderos la habían apilado en el borde de las aceras, y allí había permanecido semanas y semanas, en tristes montones que se iban poniendo grises. Ahora, en febrero, empezaba a deshacerse, y había charcos por todas partes. Anna y Elsbeth, calzadas con botas de cordones, los iban saltando.

Las dos niñas llevaban abrigos gruesos y gorros de lana para tener abrigadas las orejas, y Anna llevaba además una bufanda. Anna tenía nueve años, pero era bajita para su edad, y los extremos de la bufanda le colgaban casi hasta las rodillas. También le tapaba la boca y la nariz, de modo que lo único que se le veía eran sus ojos verdes y un mechón de pelo oscuro. Se había apresurado porque quería

comprar unos lápices de colores en la papelería y ya era casi la hora de comer; pero iba tan sin aliento que se alegró de que Elsbeth se detuviera a mirar un gran cartel rojo.

—Es otro retrato de ese señor —dijo Elsbeth—. Mi hermana la pequeña vio uno ayer y se creyó que era Charlie Chaplin.

Anna contempló la mirada fija y la expresión severa. Luego dijo:

—No se parece en nada a Charlie Chaplin, como no sea en el bigote.

Leyeron el nombre que había debajo de la fotografía.

«Adolf Hitler».

—Quiere que todo el mundo le vote en las elecciones, y entonces les parará los pies a los

judíos —dijo Elsbeth—. ¿Tú crees que le parará los pies a Rachel Lowenstein?

—A Rachel Lowenstein no la puede parar nadie —respondió Anna—. Es capitana de su clase. A lo mejor me para los pies a mí. Yo también soy judía.

—¡Tú no!

—¡Claro que sí! Mi padre nos estuvo hablando de eso la semana pasada. Dijo que éramos judíos, y que, pasara lo que pasara, mi hermano y yo no debíamos olvidarlo nunca.

—Pero vosotros no vais a una iglesia especial los sábados, como Rachel Lowenstein.

—Eso es porque no somos religiosos. No vamos a ninguna iglesia.

—Pues a mí me gustaría que mi padre no fuera religioso —dijo Elsbeth—. Nosotros tenemos que ir todos los domingos, y a mí me dan calambres de estar sentada.

Elsbeth miró a Anna con curiosidad.

—Yo creí que los judíos tenían que tener la nariz ganchuda, pero tú la tienes normal. ¿Tu hermano tiene la nariz ganchuda?

—No —dijo Anna—. La única persona que hay en casa con la nariz ganchuda es Bertha, la criada, y se le quedó así porque se la rompió al caerse del tranvía.

Elsbeth empezaba a impacientarse.

—Pues entonces —dijo—, si por fuera sois como todo el mundo y no vais a una iglesia especial, ¿cómo sabéis *que sois* judíos? ¿Cómo podéis estar seguros?

Hubo una pausa.

—Supongo... —empezó Anna—, supongo que será porque mi padre y mi madre lo son, y supongo que sus padres y sus madres también lo serían. A mí nunca se me había ocurrido pensarlo, hasta que papá empezó a hablar de eso la semana pasada.

—¡Pues es una tontería! —dijo Elsbeth—. ¡Todo son tonterías, lo de Adolf Hitler, lo de que la gente sea judía y todo lo demás! —Eché a correr, y Anna la siguió.

No se pararon hasta llegar a la papelería. Allí había alguien hablando con el hombre del mostrador, y a Anna se le cayó el alma a los pies cuando vio que era *fraulein* Lambeck, que vivía cerca de su casa. *Fraulein* Lambeck estaba poniendo cara de oveja y diciendo: «¡Tiempos terribles, tiempos terribles!». Cada vez que decía «tiempos terribles» meneaba la cabeza, y le bailoteaban los pendientes.

El hombre de la papelería dijo: «1931 ya fue malo, 1932 fue peor, pero, fíjese en lo que le digo, 1933 será peor que ninguno». Luego vio a Anna y Elsbeth y preguntó: «¿En qué puedo servirles, pequeñas?».

Anna estaba a punto de decirle que quería comprar unos lápices de colores cuando *fraulein* Lambeck la descubrió.

—¡Si es Anna! —exclamó *fraulein* Lambeck—. ¿Cómo estás, Anna? ¿Y cómo está tu papá? ¡Qué hombre tan maravilloso! Yo leo todo lo que escribe. Tengo todos sus libros y siempre le oigo por la radio. Pero esta semana no ha escrito nada en el periódico..., espero que no sea porque esté enfermo. Estará dando conferencias por ahí fuera. ¡Ay, nos hace mucha falta en estos tiempos terribles!

Anna esperó a que *fraulein* Lambeck acabase, y luego dijo:

—Tiene la gripe.

Eso dio lugar a otro alboroto. Cualquiera habría pensado que la persona más próxima y querida de *fraulein* Lambeck se hallaba a las puertas de la muerte. *Fraulein* Lambeck sacudió la cabeza hasta que sus pendientes repiquetearon, sugirió remedios, recomendó médicos: no dejó de hablar hasta que Anna le hubo prometido que le transmitiría a su padre sus mejores deseos de pronta curación. Luego, ya desde la puerta, se volvió y dijo:

—No le digas que los mejores deseos de *fraulein* Lambeck, Anna: ¡dile que de una admiradora!

Y por fin desapareció.

Anna no tardó nada en comprar sus lápices. Luego ella y Elsbeth se quedaron paradas delante de la papelería, en medio del viento frío. Allí era donde normalmente se separaban, pero Elsbeth remoloneó. Hacía mucho tiempo que quería hacerle a Anna una pregunta, y aquél parecía buen momento.

—Anna —dijo Elsbeth—, ¿es bonito tener un padre famoso?

—Cuando te encuentras a alguien como *fraulein* Lambeck, no —repuso Anna, poniendo rumbo a casa distraídamente mientras Elsbeth la seguía, igual de distraídamente.

—No, pero ¿aparte de *fraulein* Lambeck?

—Yo creo que es muy bonito. Entre otras cosas porque papá trabaja en casa, así que le vemos mucho. Y a veces nos dan entradas gratis para el teatro. Y una vez nos entrevistaron para un periódico, y nos preguntaron qué libros nos gustaban, y mi hermano dijo que Zane Grey, ¡y al día siguiente le mandaron una colección entera de regalo!

—Ojalá mi padre fuera famoso —dijo Elsbeth—. Pero no creo que llegue a serlo nunca, porque trabaja en Correos, y no es el tipo de cosa que le hace a uno famoso.

—Si tu padre no llega a ser famoso, a lo mejor tú sí. Una de las desventajas de tener un padre famoso es que casi nunca llega a serlo uno mismo.

—¿Por qué no?

—No sé. Pero casi nunca se oye de una misma familia donde haya habido dos personas famosas. Eso me pone triste a veces.

Y Anna suspiró.

Estaban ya junto a la verja pintada de blanco de la casa de Anna. Elsbeth intentaba febrilmente pensar en algo por lo que ella pudiera ser famosa, cuando Heimpi, que las había visto por la ventana, abrió la puerta de entrada.

—¡Dios mío! —exclamó Elsbeth—, ¡hoy llego tarde a comer!

Y salió corriendo calle arriba.

—Tú y esa Elsbeth —gruñó Heimpi mientras Anna se metía en casa—. ¡Se os va a caer la lengua de tanto moverla!

Heimpi se llamaba en realidad *fraulein* Hempel, y había cuidado de Anna y de su hermano Max desde que nacieron. Ahora que ya eran mayores se ocupaba de las tareas de la casa mientras ellos estaban en el colegio, pero le gustaba mimarlos cuando volvían.

—Vamos a quitarte todo esto —dijo, desenrollando la bufanda—. Pareces un paquete mal

atado.

Mientras Heimpi le quitaba cosas de encima, Anna oyó que en el cuarto de estar sonaba el piano. De modo que mamá estaba en casa.

—¿Seguro que no traes los pies mojados? —preguntó Heimpi—. Entonces, date prisa y ve a lavarte las manos. Ya casi está lista la comida.

Anna subió la escalera alfombrada. Entraba el sol por la ventana, y afuera, en el jardín, se veían todavía algunas manchas de nieve. De la cocina subía olor a pollo. Daba gusto volver a casa del colegio.

Cuando abrió la puerta del cuarto de baño hubo un revuelo dentro, y Anna se encontró frente a su hermano Max, que bajo su pelo rubio tenía la cara colorada como un tomate y escondía algo tras de sí.

—¿Qué pasa? —preguntó Anna, aun antes de descubrir la presencia de Gunther, el amigo de Max, que parecía igualmente azarado.

—¡Ah, si eres tú! —dijo Max, y Gunther dijo, riendo:

—¡Creíamos que era una persona mayor!

—¿Qué tienes ahí? —preguntó Anna.

—Es una insignia. Hoy hemos tenido una pelea fenomenal en el colegio: los nazis contra los socis.

—¿Y quiénes son los nazis y los socis?

—A tu edad ya deberías saberlo —dijo Max, que acababa de cumplir los doce años—. Los nazis son los que van a votar a Hitler en las elecciones. Los socis somos los que vamos a votar en contra.

—Pero si a vosotros no os dejan votar —dijo Anna—. ¡Sois demasiado pequeños!

—Pues nuestros padres... —dijo Max enfadado—. Es lo mismo.

—De todos modos, les hemos ganado —dijo Gunther—. ¡Si hubieras visto cómo corrían! Entre Max y yo agarramos a uno y le quitamos la insignia. Pero no sé qué va a decir mi madre cuando vea los pantalones.

Y al decirlo bajó la vista, compungido, hacia un gran hoyo de la tela gastada. El padre de Gunther estaba sin trabajo, y en su casa no tenían dinero para comprar ropa nueva.

—No te preocupes, Heimpi te lo arregla —dijo Anna—. ¿Me dejáis ver la insignia?

Era una chapa pequeña de esmalte rojo, con una cruz negra con los brazos doblados.

—Se llama una esvástica —dijo Gunther—. Todos los nazis las tienen.

—¿Qué vais a hacer con ella? —Max y Gunther se miraron.

—¿Tú la quieres? —preguntó Max. Gunther negó con la cabeza.

—Se supone que no debo tratarme para nada con los nazis. Mi madre tiene miedo de que me partan la cabeza.

—No pelean limpio —asintió Max—. Usan palos, piedras y de todo. —Dio la vuelta a la insignia, con repugnancia creciente: Pues yo desde luego no la quiero.

—¡Tírala por el baño! —dijo Gunther.

Y así lo hicieron. La primera vez que tiraron de la cadena no se fue para abajo, pero a la segunda, justo en el momento en que sonaba el timbre para ir a comer, desapareció muy

satisfactoriamente.

Aún se oía el piano cuando bajaron, pero dejó de sonar mientras Heimpi les llenaba los platos, y al momento siguiente se abrió la puerta y entró mamá.

—¡Hola, niños! ¡Hola, Gunther! —exclamó—. ¿Qué tal el colegio?

Todos empezaron a contarle cosas inmediatamente, y la habitación se llenó de pronto de barullo y risas. La madre de Anna se sabía los nombres de todos los profesores, y siempre se acordaba de lo que los niños le habían dicho. Por eso, cuando Max y Gunther le contaron cómo el profesor de geografía se había puesto hecho una furia, dijo:

—¡No me extraña, después de cómo le tratasteis la semana pasada!

Y cuando Anna le contó que se había leído en clase su redacción, comentó:

—Esto es maravilloso... porque *fraulein* Schmidt casi nunca lee nada en voz alta, ¿no es cierto?

Cuando escuchaba, miraba a quien estuviese hablando con absoluta atención. Cuando hablaba ponía en ello toda su energía. Todo parecía hacerlo el doble de bien que los demás: hasta sus ojos eran los más azules que Anna había visto.

Estaban empezando el postre, que era pastel de manzana, cuando entró Bertha, la muchacha, para decirle a mamá que llamaban por teléfono, y que si debía molestar a papá.

—¡Vaya unas horas de llamar! —exclamó mamá, y corrió la silla para atrás con tanta fuerza que Heimpi tuvo que echarle mano para que no se volcara—. ¡Que ninguno se atreva a comerse mi parte!

Y salió a toda prisa.

Todo pareció quedar muy silencioso después que salió mamá, aunque Anna oyó sus pasos apresurados hacia el teléfono y, un poco después, todavía más apresurados escaleras arriba, hacia el cuarto de papá. Anna rompió el silencio para preguntar:

—¿Cómo está papá?

—Mejor —contestó Heimpi—. Le ha bajado un poco la temperatura.

Anna se comió su postre tranquilamente. Max y Gunther repitieron dos veces, y mamá seguía sin volver. Era extraño, porque el pastel de manzana le gustaba especialmente.

Bertha entró a quitar la mesa y Heimpi se llevó a los chicos para ver lo de los pantalones de Gunther.

—Esto no tiene arreglo —dijo—. Si te los coso se te volverán a abrir en cuanto que respires. Pero tengo unos de Max que se le quedaron pequeños, y que te van a venir que ni pintados.

Anna se quedó en el comedor sin saber qué hacer. Durante un rato estuvo ayudando a Bertha a retirar los platos sucios, metiéndolos en la antecocina por el ventanillo que daba al comedor. Luego quitaron las migas de la mesa con un cepillito y un recogedor. Después, mientras doblaban el mantel, se acordó de *fraulein* Lambeck y su recado. Esperó a que Bertha tuviese bien cogido el mantel, y subió corriendo a la habitación de papá. Dentro se le oía hablar con mamá.

—Papá —dijo Anna, abriendo la puerta—, me encontré con *fraulein* Lambeck...

—¡Ahora no, luego! —exclamó mamá—. ¡Estamos hablando!

Estaba sentada en el borde de la cama de papá. Papá estaba recostado sobre las almohadas, un poco pálido. Los dos tenían gesto preocupado.

—Pero papá, es que me dijo que te dijera... —Mamá se enfadó mucho.

—¡Por lo que más quieras, Anna! —gritó—. ¡No nos interesa oírlo ahora! ¡Márchate!

—Vuelve dentro de un rato —dijo papá con más suavidad. Anna cerró la puerta. ¡Pues vaya! No es que en ningún momento hubiera tenido muchas ganas de dar el absurdo recado de *fraulein* Lambeck, pero se sintió maltratada.

No había nadie en el cuarto de jugar. Afuera se oían voces: probablemente Max y Gunther estarían jugando en el jardín, pero a Anna no le apetecía ir con ellos. Su mochila colgaba de la silla.

Desempaquetó sus lápices nuevos y los sacó todos de la caja. Había un rosa bonito y un naranja que estaba bastante bien, pero los azules eran los mejores. Había tres tonos diferentes de azul, todos muy luminosos, y un malva. De repente, a Anna se le ocurrió una idea.

Últimamente había estado haciendo una serie de poemas ilustrados que habían sido muy admirados, lo mismo en casa que en el colegio. Uno de ellos había sido sobre un incendio, otro sobre un terremoto y otro sobre un hombre que se moría, en medio de horribles sufrimientos, tras ser maldecido por un vagabundo. ¿Por qué no intentar ahora un naufragio? Había toda clase de palabras que rimaban con «mar», y para la ilustración podía usar los tres lápices azules nuevos. Cogió papel y empezó.

Pronto estuvo tan enfrascada en lo que estaba haciendo que no notó cómo el temprano anochecer de invierno se iba colando en la habitación, y se sobresaltó cuando Heimpi entró y encendió la luz.

—He hecho pasteles —dijo Heimpi—. ¿Me quieres ayudar a ponerles la cobertura?

—¿Puedo ir antes a enseñarle esto a papá? —preguntó Anna, rellenando el último trocito de mar azul. Heimpi asintió.

Esta vez Anna llamó a la puerta y esperó hasta que papá dijo «Adelante». Su cuarto tenía un aspecto extraño, porque sólo estaba encendida la lámpara de la mesilla, y papá y su cama formaban una isla de luz entre las sombras. Apenas se veía su escritorio, con la máquina de escribir y la montaña de papeles que, como siempre, habían desbordado la mesa hasta caer al suelo. Como papá escribía a menudo hasta muy tarde y no quería molestar a mamá tenía su cama en su cuarto de trabajo.

Papá no tenía aspecto de estar mejor. Estaba sentado en la cama sin hacer nada, mirando fijamente al frente y con una especie de rigidez en su rostro delgado, pero al ver a Anna sonrió. Ella le enseñó el poema y él lo leyó dos veces de cabo a rabo y dijo que era muy bonito, y elogió también la ilustración. Luego Anna le contó lo de *fraulein* Lambeck, y los dos se rieron. Viéndole ya con un aspecto más normal, Anna le preguntó:

—¿Papá, de verdad te gusta el poema? —Papá dijo que sí.

—¿No te parece que debería ser más alegre?

—Bueno —contestó papá—, un naufragio no puede ser demasiado alegre.

—Mi profesora, *fraulein* Schmidt, dice que debería escribir sobre temas más alegres: sobre la primavera o las flores, por ejemplo.

—¿Y tú quieres escribir sobre la primavera y las flores?

—No —dijo Anna tristemente—. Ahora mismo parece como si no me salieran más que

desastres.

Papá esbozó una pequeña sonrisa, y dijo que quizá fuese porque estaba a tono con los tiempos.

—Entonces —preguntó Anna con emoción—, ¿tú crees que está bien escribir sobre desastres?

Papá se puso serio inmediatamente.

—¡Claro que sí! —respondió—. Si tú quieres escribir sobre desastres, eso es lo que tienes que hacer. Lo que no se puede hacer es pretender escribir sobre lo que quieren los demás. La única manera de escribir algo bueno es intentar que le guste a uno mismo.

A Anna le animó tanto oír eso que ya iba a preguntarle a papá si él creía que ella podría ser famosa algún día, pero en aquel momento sonó el teléfono que había junto a la cama, sorprendiéndolos a los dos.

La expresión tensa volvió al rostro de papá mientras levantaba el auricular, y era extraño, pensó Anna, que hasta su voz sonase distinta. Le oyó decir: «Sí..., sí...», y algo acerca de Praga, y luego se cansó de escuchar. Pero la conversación acabó en seguida.

—Hale, vete corriendo —dijo papá. Alzó los brazos como para darle un gran abrazo, y luego los dejó caer otra vez, diciendo—: Será mejor que no te pegue la gripe.

Anna ayudó a Heimpi a recubrir los pasteles, y luego se los comieron entre Max, Gunther y ella, todos menos tres que Heimpi metió en una bolsa de papel para que Gunther se los llevara a su madre. Además había encontrado más ropa vieja de Max que le valía, de modo que Gunther se fue a su casa cargado con un buen paquete.

El resto de la tarde lo pasaron jugando. Max y Anna habían recibido en Navidad una caja de juegos, y todavía no se les había pasado el entusiasmo por ellos. Había juegos de damas, ajedrez, parchís, oca, dominó y seis juegos de cartas diferentes, todos metidos en un solo estuche muy bonito.

Si se cansaba uno de un juego, se podía jugar a otro. Heimpi fue a sentarse con ellos en el cuarto de jugar mientras remendaba calcetines, y hasta jugó con ellos al parchís. Pareció que había llegado muy pronto la hora de acostarse.

A la mañana siguiente, antes de ir al colegio, Anna entró corriendo en el cuarto de papá para verle. El escritorio estaba ordenado. La cama estaba hecha.

Papá no estaba.

Capítulo 2

Lo primero que se le ocurrió a Anna era tan espantoso que le cortó la respiración. Papá se había puesto peor por la noche. Se lo habían llevado al hospital. Tal vez... Anna salió corriendo a ciegas de la habitación, y de repente alguien la sujetó: era Heimpi.

—¡No pasa nada! —dijo Heimpi—. ¡No pasa nada! Tu padre ha salido de viaje.

—¿De viaje? —Anna no lo podía creer—. Pero si está enfermo... si tiene fiebre...

—Sí, pero ha decidido marcharse de todos modos —dijo Heimpi con firmeza—. Tu madre os lo iba a explicar todo cuando volvierais del colegio. Ahora supongo que habrá que decíroslo ya, y *fraulein* Schmidt te puede esperar sentada.

—¿Qué pasa? ¿No vamos al colegio? —Max apareció en el descansillo, muy esperanzado.

Entonces mamá salió de su habitación. Estaba todavía en bata, y parecía cansada.

—No hay necesidad de armar un alboroto —dijo—. Es que os tengo que decir un par de cosas. Heimpi, ¿nos trae un poco de café? Y los niños supongo que no se negarán a tomar algo más de desayuno.

Una vez instalados todos en la antecocina de Heimpi, con café y bollos delante, Anna se sintió mucho mejor, e incluso capaz de calcular que no llegaría a la clase de geografía, que le resultaba particularmente antipática.

—Es muy sencillo —dijo mamá—. Papá piensa que Hitler y los nazis podrían ganar las elecciones. Si eso ocurriera, a él no le gustaría vivir en Alemania mientras estuvieran en el poder, y a ninguno de nosotros tampoco.

—¿Porque somos judíos? —preguntó Anna.

—No sólo porque seamos judíos. Papá piensa que en ese caso ya no se le permitiría a nadie decir lo que pensara, y él no podría escribir. A los nazis no les gusta que se les lleve la contraria



—mamá bebió un poco de café, y se le animó más la cara—. Por supuesto, puede ser que no suceda nada de eso, y si sucediera probablemente no duraría mucho tiempo: quizá unos seis meses o así. Pero de momento no lo sabemos.

—Pero ¿por qué se ha ido papá tan de repente? —preguntó Max.

—Porque ayer le llamaron por teléfono y le avisaron de que tal vez le quitaran el pasaporte. Así que yo le hice un maletín y cogió el tren nocturno a Praga..., que es la manera más rápida de salir de Alemania.

—¿Quién podría quitarle el pasaporte?

—La policía. Hay bastantes nazis en la policía.

—¿Y quién le llamó para avisarle? —Mamá sonrió por primera vez.

—Otro policía. Uno al que papá no había visto nunca..., pero que había leído sus libros y le habían gustado.

Anna y Max tardaron cierto tiempo en digerir todo aquello. Luego Max preguntó:

—¿Pero ahora qué va a pasar?

—Bueno —dijo mamá—, sólo faltan unos diez días para las elecciones. O bien los nazis las pierden, en cuyo caso papá volverá..., o bien las ganan, en cuyo caso iremos nosotros a reunimos con él.

—¿En Praga? —preguntó Max.

—No, probablemente en Suiza. Allí hablan alemán..., papá podrá escribir. Lo más probable sería que alquilásemos una casa pequeña y nos quedásemos allí hasta que todo esto se hubiera despejado.

—¿Heimpi también? —preguntó Anna.

—Heimpi también.

Aquello sonaba la mar de emocionante. Anna estaba empezando a imaginárselo: una casa en las montañas... cabras... ¿o eran vacas?..., cuando mamá dijo:

—Hay una cosa más.

Se había puesto muy seria.

—Esto es lo más importante de todo —dijo mamá—, y en esto necesitamos que nos ayudéis. Papá no quiere que nadie sepa que se ha ido de Alemania. De modo que no se lo debéis decir a nadie. Si alguien os pregunta por él, tenéis que decir que sigue en cama con la gripe.

—¿Yo ni siquiera se lo puedo decir a Gunther? —preguntó Max.

—No. Ni a Gunther, ni a Elsbeth, ni a nadie.

—Bueno —dijo Max—. Pero no va a resultar fácil. Siempre nos están preguntando por él.

—¿Por qué no se lo podemos decir a nadie? —preguntó Anna—. ¿Por qué no quiere papá que nadie lo sepa?

—Mirad —dijo mamá—, os lo he explicado todo lo mejor que puedo. Pero todavía sois pequeños..., no podéis entenderlo todo. Papá cree que los nazis podrían... causarnos alguna molestia si supieran que se ha marchado. Por eso no quiere que habléis de ello. ¿Vais a hacer lo que os pide o no?

Anna dijo que sí, que claro que lo haría.

Luego Heimpi les mandó a los dos al colegio. Anna iba preocupada pensando qué iba a decir

si alguien le preguntaba por qué llegaba tarde, pero Max le dijo:

—Diles que mamá se durmió: ¡además, es verdad!

Pero no pareció que nadie se interesara mucho por el asunto. En la clase de gimnasia hicieron salto de altura, y Anna fue quien saltó más alto de toda su clase. Eso la puso tan contenta que durante el resto de la mañana casi se le olvidó que papá estaba en Praga.

Cuando llegó la hora de irse a casa se le vino todo a la memoria, y salió con la esperanza de que Elsbeth no le hiciera preguntas comprometedoras; pero Elsbeth iba pensando en cosas más importantes. Su tía iba a salir con ella aquella tarde para comprarle un yoyó. ¿De qué clase creía Anna que debía elegirlo? ¿Y de qué color? En general funcionaban mejor los de madera, pero Elsbeth había visto uno color naranja que, aunque era de lata, le había parecido tan bonito que estaba tentada de decidirse por él. Anna sólo tuvo que decir «sí» o «no», y, cuando llegó a casa a comer, el día no parecía tan extraordinario como aquella mañana había esperado que fuera.

Ni Anna ni Max tenían que hacer deberes, y hacía demasiado frío para salir, de modo que por la tarde se sentaron sobre el radiador del cuarto de jugar y estuvieron mirando por la ventana. El viento hacía retemblar las contraventanas y arrastraba grandes masas de nubes sobre el cielo.

—Podría nevar más —dijo Max.

—Max —dijo Anna—, ¿te hace ilusión que vayamos a Suiza?

—No sé —contestó Max. Echaría de menos tantas cosas: Gunther... la pandilla con la que jugaba al fútbol... el colegio... Y continuó—: Supongo que en Suiza iríamos al colegio.

—Claro —dijo Anna—. Yo creo que sería muy divertido.

Casi le daba vergüenza confesarlo, pero cuanto más pensaba en ello más le apetecía ir. Estar en un país extraño, donde todo sería diferente: vivir en una casa diferente, ir a un colegio diferente con niñas diferentes; sentía unas ganas enormes de experimentar todo aquello, y, aunque sabía que no estaba bien, no pudo evitar una sonrisa.

—Sólo sería por seis meses —dijo, como excusándose—, y estaríamos todos juntos.

Los días siguientes transcurrieron con bastante normalidad. Mamá recibió carta de papá: estaba cómodamente instalado en un hotel de Praga y se encontraba mucho mejor. Estas noticias les alegraron a todos.

Varias personas preguntaron por él, pero se dieron por satisfechas cuando los niños dijeron que tenía la gripe. Había tanta, que no era sorprendente. El tiempo seguía siendo muy frío, y todos los charcos que se habían formado con el deshielo se volvieron a helar, pero no nevaba más.

Al fin, por la tarde del domingo anterior a las elecciones, el cielo se puso muy oscuro y se abrió de repente para dar paso a una masa de blanco flotante en ráfagas y remolinos. Anna y Max estaban jugando con los niños Kentner, que vivían en la acera de enfrente. Se pararon a mirar cómo caía la nieve.

—¡Si hubiera empezado un poco antes! —dijo Max—. Para cuando esté lo bastante alta para ir en trineo, ya habrá anochecido.

A las cinco, cuando Anna y Max se iban a casa, había acabado de nevar. Peter y Marianne Kentner les acompañaron a la puerta. Por toda la calle se extendía la nieve, espesa, seca y crujiente, y la luna brillaba sobre ella.

—¿Por qué no vamos con los trineos a deslizarnos a la luz de la luna? —dijo Peter.

—¿Tú crees que nos dejarían?

—Nosotros ya lo hemos hecho antes —dijo Peter, que tenía catorce años—. Ve a preguntarle a tu madre.

Mamá dijo que podían ir, a condición de que no se separaran y estuvieran de vuelta a las siete.

Se pusieron la ropa de más abrigo y emprendieron la marcha.

Sólo había un paseo de un cuarto de hora hasta el Grunewald, donde una ladera con árboles formaba una pista ideal hasta un lago helado. Muchas otras veces se habían deslizado por allí en trineo, pero siempre de día, con el aire lleno de los gritos de otros niños. Ahora sólo se oía el gemido del viento en los árboles, el crujido de la nieve fresca bajo sus pies, y el suave roce de los trineos detrás de ellos. Arriba el cielo estaba oscuro, pero el suelo, a la luz de la luna, tenía un brillo azul, y las sombras de los árboles lo surcaban como franjas negras.

En lo alto de la cuesta se detuvieron y miraron hacia abajo. No había estado nadie antes que ellos. El sendero de nieve reluciente se extendía, perfecto y sin huellas, hasta la orilla misma del lago.

—¿Quién baja el primero? —preguntó Max.

Fue sin querer, pero de pronto Anna se encontró dando saltitos y diciendo: «¡Oh, por favor, por favor...!»». Peter dijo:

—Bueno..., el más pequeño primero.

Eso se refería a ella, porque Marianne tenía diez años.

Anna se sentó en el trineo, se agarró a la cuerda del timón, respiró hondo y arrancó. El trineo empezó a moverse, bastante despacio, por la ladera abajo.

—¡Venga! —gritaron los chicos detrás de ella—. ¡Dale otro empujón!

Pero ella no se lo dio. Sin quitar los pies de los patines, dejó que el trineo cogiera velocidad poco a poco. En torno a él se alzaba la nieve pulverizada. Los árboles pasaban a los lados, despacio al principio, luego cada vez más deprisa. La luz de la luna brincaba alrededor, hasta que a Anna le pareció ir volando a través de una masa de plata. Luego el trineo tropezó con el escalón que había al final de la cuesta, pasó como una exhalación por encima de él y aterrizó en una mancha de luna sobre el lago helado. Fue precioso.

Los demás bajaron detrás de ella, dando voces y gritos.

Bajaron la cuesta de cabeza y boca abajo, dándoles la nieve directamente en la cara. Bajaron con los pies delante y boca arriba, con las copas negras de los abetos precipitándose sobre ellos. Se apiñaron todos juntos en un solo trineo y bajaron tan deprisa que casi acabaron en mitad del lago.

Después de cada descenso volvían a subir la cuesta, jadeando y arrastrando los trineos tras ellos. A pesar del frío, se cocían dentro de sus abrigos.

Entonces empezó a nevar otra vez. Al principio casi no se dieron cuenta, pero después se levantó viento y les sopló nieve a la cara. De pronto Max se detuvo cuando ya había arrastrado su trineo hasta la mitad de la cuesta, y dijo:

—¿Qué hora es? ¿No deberíamos volver ya?

Nadie tenía reloj, y de repente cayeron en la cuenta de que no tenían ni idea de cuánto tiempo llevaban allí. Tal vez fuera ya muy tarde y sus padres les estuvieran esperando en casa.

—Andando —dijo Peter—. Será mejor que nos demos prisa.

Se quitó los guantes y los sacudió uno contra otro para hacer caer los grumos de nieve. Tenía las manos rojas de frío. También Anna las tenía así, y por primera vez se fijó en que tenía los pies congelados.

A la vuelta hacía un frío terrible. Se les colaba el viento a través de la ropa húmeda, y con la luna oculta detrás de las nubes el camino aparecía oscuro delante de ellos. Anna se alegró cuando salieron de los árboles y cogieron la carretera. En seguida hubo farolas, casas con las ventanas iluminadas, tiendas. Ya casi estaban en casa.

Un reloj que vieron iluminado les indicó la hora: después de todo, no eran aún las siete.

Exhalaban suspiros de alivio y frenaron el paso. Max y Peter empezaron a hablar de fútbol. Marianne ató juntos dos trineos y se adelantó a la carrera por la calle vacía, dejando sobre la nieve una red de huellas entrecruzadas. Anna se quedó rezagada porque le dolían sus pies fríos.

Vio a los chicos pararse delante de su casa, charlando todavía y esperándola, y ya iba a alcanzarles cuando oyó chirriar una verja. Algo se movió a su lado, y de repente una figura informe se perfiló cerca de ella. Por un instante Anna se asustó mucho, pero luego vio que no era más que *fraulein* Lambeck, enfundada en una especie de capa peluda y con una carta en la mano.

—¡Anna! —exclamó *fraulein* Lambeck—. ¡Mira que encontrarte en la oscuridad de la noche! Iba al buzón, pero no esperaba encontrarme con nadie. ¿Y cómo está tu papá?

—Está con gripe —contestó Anna automáticamente.

Fraulein Lambeck se paró en seco.

—¿Todavía tiene la gripe, Anna? Hace ya una semana que me dijiste que estaba con gripe.

—Sí —dijo Anna.

—¿Y sigue en la cama? ¿Todavía tiene fiebre?

—Sí —dijo Anna.

—¡Ay, pobre! —Y *fraulein* Lambeck puso una mano sobre el hombro de Anna—. ¿Le están haciendo de todo? ¿Viene el médico a verle?

—Sí —dijo Anna.

—¿Y qué dice el médico?

—Dice... no sé —contestó Anna. *fraulein* Lambeck se inclinó con gesto confidencial y la miró a la cara.

—Dime, Anna —dijo—: ¿Cuánta fiebre tiene tu papá?

—¡No lo sé! —gritó Anna, y la voz no le salió como había querido, sino como una especie de grito—. ¡Lo siento, pero me tengo que ir a casa!

Y echó a correr todo lo deprisa que pudo hacia Max y la puerta abierta.

—¿Qué te pasa? —le dijo Heimpi en el vestíbulo—. ¿Te han disparado por un cañón?

Anna vio a mamá por la puerta entornada del salón.

—¡Mamá! —gritó—, ¡no me gusta tener que mentirle a todo el mundo sobre papá! ¡Es

horrible! ¿Por qué tenemos que hacerlo? ¡No quiero!

Entonces vio que mamá no estaba sola. Al otro extremo de la habitación estaba el tío Julius (que en realidad no era tío, sino un viejo amigo de papá), sentado en un sillón.

—Cálmate —dijo mamá muy secamente—. A ninguno nos gusta mentir sobre papá, pero ahora mismo es necesario. ¡No os pediría que lo hicierais si no lo fuera!

—La pilló *fraulein* Lambeck —dijo Max, que había entrado detrás de Anna—. ¿Conoces a *fraulein* Lambeck? Es temible. ¡No hay manera de contestar a sus preguntas, ni siquiera diciendo la verdad!

—Pobre Anna —dijo el tío Julius con su vocecilla aguda. Era un hombre delgado y de modales suaves, y todos le tenían mucho cariño—. Vuestro padre me encargó que os dijera que os echa mucho de menos a los dos y os envía muchos abrazos.

—¿Es que le has visto? —preguntó Anna.

—El tío Julius acaba de volver de Praga —dijo mamá—. Papá está muy bien, y quiere que nos reunamos con él en Zurich, en Suiza, el domingo.

—¿El domingo? —dijo Max—. Pero entonces falta sólo una semana. Ése es el día de las elecciones. ¡Yo creía que íbamos a esperar a ver quién las ganaba!

—Tu padre ha decidido que es mejor no esperar —el tío Julius sonrió a mamá—. De veras, creo que se está tomando todo esto demasiado en serio.

—¿Por qué? —preguntó Max—. ¿Qué es lo que le preocupa?

Mamá suspiró.

—Desde que papá se enteró de que pensaban quitarle el pasaporte, le preocupa que intenten quitarnos los nuestros: entonces no podríamos salir de Alemania.

—Pero ¿por qué iban a hacerlo? —preguntó Max—. Si los nazis no nos tienen simpatía, lo lógico es que se alegren de perdernos de vista.

—Exactamente —dijo el tío Julius, y volvió a sonreír a mamá—. Tu marido es un hombre maravilloso, dotado de una imaginación maravillosa, pero en este asunto, francamente, creo que ha perdido la cabeza. En fin, pasaréis unas vacaciones estupendas en Suiza, y cuando dentro de unas semanas volváis a Berlín nos iremos todos juntos al zoo —el tío Julius era naturalista y se pasaba la vida yendo al zoo—. Avisadme si puedo echar una mano en los preparativos. Volveré a veros, por supuesto.

Besó la mano de mamá y se marchó.

—¿De veras nos vamos el domingo? —preguntó Anna.

—El sábado —dijo mamá—. Hay mucho camino de aquí a Suiza. Tendremos que parar en Stuttgart para pasar la noche.

—¡Entonces ésta es nuestra última semana de colegio! —dijo Max.

Parecía increíble.

Capítulo 3



Después de aquello todo se sucedió muy deprisa, como en una película acelerada. Heimpi se pasaba todo el día seleccionando y empaquetando cosas. Mamá estaba casi siempre fuera o al teléfono, ocupándose del contrato de la casa o del almacenamiento de los muebles una vez que se hubieran marchado. Cada día, cuando los niños volvían del colegio, la casa parecía más vacía.

Un día llegó el tío Julius cuando estaban ayudando a mamá a empaquetar libros. Miró los estantes vacíos y sonrió:

—¡Los volveréis a colocar todos, ya veréis!

Aquella noche, el sonido de coches de bomberos despertó a los niños. No uno ni dos, sino cerca de una docena pasaron a toda marcha por la avenida que había al extremo de la calle, haciendo sonar sus campanas. Cuando se asomaron a la ventana, vieron que sobre el centro de Berlín el cielo estaba de un color naranja brillante. A la mañana siguiente todo el mundo hablaba del fuego que había destruido el edificio del Reichstag, donde se reunía el Parlamento alemán. Los nazis decían que lo habían incendiado los revolucionarios, y que los nazis eran los únicos que podían acabar con aquel tipo de cosas, de modo que todo el mundo debía votarles en las elecciones. Pero mamá oyó que habían sido los propios nazis los autores del incendio.

Cuando el tío Julius fue a visitarles aquella tarde, fue la primera vez que no le dijo nada a mamá sobre estar de vuelta en Berlín en pocas semanas.

Los últimos días que Anna y Max pasaron en el colegio fueron muy extraños. Como todavía no se les permitía decir a nadie que se marchaban, durante las horas de clase se les olvidaba todo el rato.

Anna se entusiasmó cuando le dieron un papel en la función del colegio, y hasta después no se acordó de que no lo haría. Max aceptó una invitación a una fiesta de cumpleaños a la que no

podría asistir.

Luego regresaban a casa para encontrarse con las habitaciones cada vez más vacías, los cajones de madera y las maletas, la interminable selección de posesiones. Lo más difícil fue decidir qué juguetes se llevaban. Naturalmente quisieron llevarse la caja de juegos, pero era demasiado grande. Al final sólo hubo sitio para unos cuantos libros y uno de los animales de trapo de Anna. ¿Cuál escoger, el Conejo Rosa que había sido su compañero de toda la vida o un perro de lanas de reciente adquisición?

Parecía una pena dejar el perro cuando casi no había tenido tiempo de jugar con él, y Heimpi se lo metió en la maleta. Max cogió su balón de fútbol. Mamá dijo que siempre podrían hacer que les enviaran más cosas a Suiza, si se veía que tuvieran que quedarse allí mucho tiempo.

Cuando se acabaron las clases del viernes, Anna se acercó a su profesora y le dijo en voz baja:

—Mañana no vengo al colegio. Nos vamos a Suiza.

Fraulein Schmidt no pareció sorprenderse ni la mitad de lo que Anna había esperado; se limitó a asentir con la cabeza y dijo:

—Sí..., sí..., les deseo mucha suerte.

Tampoco Elsbeth demostró mucho interés. Sólo dijo que le gustaría irse ella también a Suiza, pero que eso no era probable porque su padre trabajaba en Correos.

A quien costó más trabajo dejar fue a Gunther. Max se lo trajo a comer cuando volvieron juntos del colegio por última vez, aunque sólo había emparedados, porque Heimpi no había tenido tiempo de guisar. Después jugaron al escondite, un poco desganadamente, entre los cajones de embalaje. No fue muy divertido por lo tristes que estaban Max y Gunther, y Anna tenía que esforzarse por dominar su excitación. Quería a Gunther y sentía tener que dejarle, pero lo único que podía pensar era: «Mañana a estas horas estaremos en el tren..., el domingo a estas horas estaremos en Suiza..., ¿y el lunes a estas horas...?».

Por fin Gunther se fue a casa. Mientras hacía paquetes, Heimpi había apartado un montón de ropa para su madre, y Max fue con él para ayudarle a llevarlo. Cuando volvió parecía más animado.

Decirle adiós a Gunther era lo que le había dado más miedo: ya estaba hecho, por lo menos.

A la mañana siguiente, Anna y Max estuvieron listos mucho antes de la hora de salida. Heimpi comprobó que llevaban las uñas limpias, que iban provistos de pañuelos (dos para Anna, porque estaba un poquito resfriada) y que sus calcetines iban debidamente sujetos con ligas.

—Sabe Dios cómo os vais a poner en cuanto que estéis solos —refunfuñó.

—Pero si tú volverás a estar con nosotros dentro de quince días —dijo Anna.

—Un cuello puede coger mucha porquería en quince días —dijo Heimpi con aire tenebroso.

Luego no hubo más que hacer hasta que llegase el taxi.

—Vamos a dar una vuelta a la casa por última vez —dijo Max.

Empezaron por el piso de arriba y fueron bajando. Casi nada tenía su aspecto de siempre. Todas las cosas pequeñas habían sido empaquetadas. Algunas alfombras habían sido enrolladas,

y por todas partes había periódicos y cajones de embalaje. Fueron señalando cada una de las habitaciones según pasaban por ellas, gritando: «¡Adiós, dormitorio de Papá..., adiós, descansillo..., adiós, escalera...!».

—No os excitéis —dijo mamá cuando pasaron por su lado.

—¡Adiós, recibidor..., adiós, cuarto de estar...!

Se les estaba acabando demasiado pronto, así que Max gritó: «¡Adiós, piano..., adiós, sofá...!» y Anna siguió su ejemplo: «¡Adiós, cortinas..., adiós mesa del comedor..., adiós, ventanillo de la antecocina...!».

En el momento en que gritaba «Adiós, ventanillo de la antecocina», sus dos puertecitas se abrieron, y apareció la cabeza de Heimpi mirándola desde la antecocina. De repente algo se encogió en el estómago de Anna. Aquello era exactamente lo que Heimpi había hecho muchas veces para entretenerla cuando era pequeña. Jugaban a un juego llamado «mirar por el ventanillo», y a Anna le encantaba. ¿Cómo era posible que de pronto se marchara? Sin querer se le llenaron los ojos de lágrimas, y gritó, como una tonta: «¡Ay, Heimpi, yo no quiero dejaros a ti y el ventanillo!».

—Pues no me lo puedo meter en la maleta —dijo Heimpi, entrando en el comedor.

—¿Seguro que vas a venir a Suiza?

—No sé qué iba a hacer si no —dijo Heimpi—. Tu mamá me ha dado el billete y lo tengo ya en el bolso.

—Heimpi —dijo Max—, si de pronto te dieras cuenta de que te queda mucho sitio en la maleta (sólo si pasara eso, que conste), ¿te podrías llevar la caja de juegos?

—Si pasara esto..., si pasara lo otro... —dijo Heimpi—. Si mi abuela tuviera ruedas, sería un autobús y todos iríamos en ella de paseo.

Eso era lo que decía siempre.

Entonces sonó el timbre anunciando la llegada del taxi, y ya no hubo tiempo para nada más.

Anna abrazó a Heimpi. Mamá dijo: «No se le olvide que el lunes vienen a recoger el piano», y también ella le dio un abrazo. Max no encontraba sus guantes, pero resultó que durante todo el rato los había tenido en el bolsillo. Bertha se echó a llorar, y el hombre que cuidaba el jardín apareció de repente y les deseó a todos un buen viaje.

En el momento justo en que el taxi iba a arrancar, una figura pequeñita se acercó corriendo con algo en la mano. Era Gunther. Le dio un paquete a Max por la ventanilla y dijo algo sobre su madre, que no pudieron entender porque el taxi se había puesto en marcha. Max le gritó adiós y Gunther les despidió con la mano. Luego el taxi subió la calle. Anna pudo ver aún la casa, y a Heimpi y Gunther diciendo adiós...

Veía todavía un poquito de la casa... Arriba de la calle pasaron junto a los niños Kentner que iban al colegio. Iban hablando y no miraron... Aún se veía un trocito pequeño de la casa entre los árboles... Luego el taxi dobló la esquina y todo desapareció.

Era extraño viajar en tren con mamá y sin Heimpi. Anna iba un poco preocupada por si se mareaba. Se había mareado mucho en los trenes cuando era pequeña, e incluso ahora, que ya más

o menos se le había pasado, Heimpi llevaba siempre una bolsa de papel por si acaso. ¿Tendría mamá una bolsa de papel?

El tren iba lleno, y Anna y Max se alegraron de tener asientos de ventanilla. Los dos fueron mirando el paisaje gris que pasaba veloz, hasta que empezó a llover. Entonces contemplaron cómo llegaban las gotas estrellándose y lentamente se escurrían por el cristal abajo, pero al cabo de un rato se les hizo aburrido. ¿Ahora qué? Anna miró a mamá por el rabillo del ojo. Heimpi solía llevar manzanas o algún dulce.

Mamá iba arrellanada en el asiento. Tenía la boca fruncida, y miraba fijamente la calva del señor de enfrente, sin verle. En el regazo tenía el bolso grande con la figura de un camello que se había traído de un viaje con papá. Lo tenía cogido muy fuerte: Anna supuso que porque dentro iban los billetes y los pasaportes. Lo llevaba tan apretado que uno de sus dedos se clavaba precisamente en la cara del camello.

—Mamá —dijo Anna—, estás aplastando el camello.

—¿Cómo dices? —dijo mamá. Luego se dio cuenta de lo que Anna quería decir y dejó de apretar el bolso. Con gran alivio de Anna, la cara del camello reapareció, con su mismo aire bobo y optimista de siempre.

—¿Te aburres? —preguntó mamá—. Vamos a atravesar toda Alemania, cosa que vosotros no habéis hecho nunca. Ojalá deje pronto de llover para que lo podáis ver todo.

Luego les habló de los huertos del sur de Alemania: kilómetros y kilómetros de huertos.

—Si hubiéramos hecho este viaje un poco más adelantado el año —dijo—, los habríais visto todos en flor.

—A lo mejor ya han florecido algunos —dijo Anna.

Pero mamá pensaba que era aún demasiado pronto, y el señor calvo dijo lo mismo. Luego comentaron lo bonito que era, y a Anna le entraron ganas de verlo.

—Si ahora no hay flores —dijo—, ¿las veremos otra vez?

Mamá tardó en contestar. Luego dijo:

—Eso espero.

La lluvia no cesó, y pasaron un gran rato jugando a juegos de adivinar, en los que mamá resultó ser muy experta. Aunque no veían gran cosa del país, oían el cambio de las voces de la gente cada vez que el tren se detenía. Algunas eran casi incomprensibles, y a Max se le ocurrió la idea de hacer preguntas innecesarias, como «¿Es esto Leipzig?», o «¿Qué hora es?», sólo por oír las respuestas con acentos raros.

Almorzaron en el coche restaurante. Era muy elegante y había un menú para elegir, y Anna tomó salchichas de Francfort y ensalada de patata, que era su plato favorito. No se sentía nada mareada.

Por la tarde ella y Max se recorrieron el tren de un extremo a otro, y luego estuvieron en el pasillo. Llovía más fuerte que antes y anocheció muy pronto. Aunque los huertos hubieran estado en flor, no habrían podido verlo. Durante un rato se entretuvieron viendo pasar la oscuridad a través de sus imágenes reflejadas en el cristal. Luego a Anna le empezó a doler la cabeza y a moquearle la nariz, como si quisiera ponerse a tono con la lluvia de afuera. Se refugió otra vez en su asiento y deseó llegar a Stuttgart.

—¿Por qué no miras el libro de Gunther? —dijo mamá.

En el paquete de Gunther habían encontrado dos regalos. Uno, de Gunther para Max, era un juego de habilidad, consistente en una cajita transparente con la figura de un monstruo con la boca abierta pintada sobre el fondo. Había que meter tres bolitas diminutas en la boca del monstruo. Era muy difícil hacerlo en el tren.

El otro regalo era un libro para los dos, de parte de la madre de Gunther. Se titulaba *Llegaron a ser grandes*, y la madre de Gunther había escrito en él: «Gracias por todas esas cosas tan estupendas. Para que leáis en el viaje». El libro contaba los primeros años de varias personas que luego habían sido famosas, y Anna, que sentía un interés personal por el tema; lo hojeó al principio con avidez. Pero estaba escrito de una manera tan aburrida, y el tono general era tan decididamente edificante, que poco a poco se desanimó.

Toda la gente famosa lo había pasado fatal. Uno tenía un padre borracho. Otro tartamudeaba. Otro había tenido que lavar centenares de botellas sucias. Todos habían tenido lo que se llama una infancia difícil. Estaba claro que había que tenerla si se quería llegar a ser famoso.

Amodorrada en su rincón y enjugándose la nariz con sus dos pañuelos empapados, Anna deseó que llegasen a Stuttgart y que un día, en el futuro muy lejano, ella se hiciera famosa. Pero conforme el tren iba traqueteando a través de Alemania en la oscuridad, ella iba pensando: «infancia difícil... infancia difícil... infancia difícil...».

Capítulo 4

De pronto notó que la sacudían suavemente. Debía haberse quedado dormida. Mamá estaba diciendo: «Dentro de unos minutos estaremos en Stuttgart».

Soñolienta, Anna se puso el abrigo, y pronto ella y Max estuvieron sentados sobre el equipaje a la entrada de la estación de Stuttgart, mientras mamá salía a coger un taxi. Seguía lloviendo: la lluvia tamborileaba sobre el tejado de la estación y caía como una cortina reluciente entre ellos y la plaza oscura que se abría delante. Hacía frío. Por fin volvió mamá.

—¡Vaya sitio! —exclamó—. Hay como una especie de huelga..., algo relacionado con las elecciones..., y no hay taxis. Pero ¿veis aquel letrero azul de allí?

Al otro lado de la plaza se veía un brillo azulado entre la lluvia.

—Esto es un hotel —dijo mamá—. Cogemos sólo lo que nos haga falta para la noche y echaremos una carrera hasta allí.

Después de dejar la mayor parte del equipaje depositada en la consigna, atravesaron la plaza mal iluminada. El maletín que Anna llevaba no hacía más que golpearla en las piernas, y llovía tan fuerte que apenas se veía nada. Una vez resbaló y pisó en un charco hondo, de modo que se le encharcaron los dos pies. Pero por fin llegaron bajo techado. Mamá pidió habitaciones, y luego Max y ella se fueron a comer algo. Anna estaba tan cansada que se fue derecha a la cama.

Por la mañana se levantaron cuando todavía estaba oscuro. «Pronto veremos a papá», dijo Anna mientras desayunaban en el comedor sombrío. Nadie más se había levantado aún, y el camarero, con cara de sueño, les sirvió a golpes los bollos reventados y el café, como si de ese modo quisiera hacerles ver lo mucho que le estaban fastidiando. Mamá esperó a que hubiese vuelto a la cocina, y entonces dijo:



—Antes de llegar a Zurich y ver a papá tenemos que cruzar la frontera entre Alemania y Suiza.

—¿Tenemos que bajarnos del tren? —preguntó Max.

—No —dijo mamá—. Nos quedaremos en el compartimento: vendrá un hombre a mirarnos los pasaportes, lo mismo que el revisor. Pero —y miró a los dos niños por turno— esto es muy importante: cuando vengan a mirarnos los pasaportes no quiero que ninguno de vosotros diga nada. ¿Entendido? Ni una palabra.

—¿Por qué no? —preguntó Anna.

—Porque si no, el hombre dirá: «Qué niña tan horrible y parlanchina, me parece que le voy a quitar el pasaporte» —dijo Max, que siempre se levantaba de mal humor cuando no había dormido lo suficiente.

—¡Mamá! —clamó Anna—. ¿No será verdad..., quiero decir, que nos puedan quitar los pasaportes?

—No..., no, no lo creo —dijo mamá—. Pero por si acaso..., el nombre de papá es tan conocido..., no nos interesa llamar la atención de ninguna manera. De modo que cuando venga el hombre..., ni pío. ¡Acordaos: ni una sola palabra!

Anna prometió acordarse.

Por fin había dejado de llover, y fue muy fácil cruzar otra vez la plaza hasta la estación. El cielo empezaba entonces a aclararse, y Anna vio que había carteles de las elecciones por todas partes.

Había dos o tres personas a la puerta de un sitio donde ponía «Colegio Electoral», esperando a que abrieran. Anna se preguntó si irían a votar, y a quién.

El tren estaba casi vacío, y tuvieron un compartimento para ellos solos hasta que en la estación siguiente se subió una señora con una cesta. Anna oyó una especie de pataleo en el interior de la cesta, como si dentro hubiera algún animal. Miró a Max por ver si también él lo había oído, pero su hermano seguía malhumorado y estaba mirando por la ventanilla con el ceño fruncido. Anna empezó también a ponerse de mal humor y a recordar que le dolía la cabeza y que sus botas todavía estaban mojadas de la lluvia de la noche anterior.

—¿Cuándo llegamos a la frontera? —preguntó.

—No lo sé —dijo mamá—. Todavía falta un rato.

Anna observó que otra vez estaba estrujando la cara del camello.

—¿Como una hora? —preguntó.

—Siempre estás haciendo preguntas —dijo Max, aunque la cosa no iba con él—. ¿Por qué no te callas?

—¿Por qué no te callas tú? —contestó Anna. Se sintió amargamente ofendida, y trató de pensar algo hiriente que decirle. Por fin exclamó—: ¡Me gustaría tener una hermana!

—¡Y a mí no tener ninguna! —dijo Max.

—¡Mamá...! —gimió Anna.

—¡Bueno, por lo que más queráis, ya está bien! —gritó mamá—. ¿No tenemos ya bastantes complicaciones?

Seguía apretando el bolso del camello, y cada dos por tres miraba dentro para ver si los pasaportes seguían estando allí.

Anna se rebulló en su asiento, fastidiada. Todo el mundo era horrible. La señora de la cesta había sacado un gran trozo de pan con un pedazo de jamón y se lo estaba comiendo. Nadie dijo nada durante largo rato. Luego el tren empezó a ir más despacio.

—Perdone —dijo mamá—: ¿Estamos llegando a la frontera Suiza?

La señora de la cesta siguió masticando y meneó la cabeza.

—¿Lo ves? —dijo Anna a Max—. ¡También mamá hace preguntas!

Max ni siquiera se molestó en replicar, sino que puso los ojos en blanco. A Anna le dieron ganas de darle una patada, pero mamá se había dado cuenta.

El tren se paró y volvió a arrancar, volvió a pararse y volvió a arrancar. Cada vez que hacía eso mamá preguntaba si era ya la frontera, y la señora de la cesta meneaba la cabeza. Por fin, cuando el tren volvió a pararse a la vista de un grupo de edificios, la señora de la cesta dijo: «Me parece que ya estamos llegando».

Esperaron en silencio mientras el tren estuvo parado en la estación. Anna oía voces y las puertas de otros compartimentos abriéndose y cerrándose. Luego, ruido de pasos por el pasillo. Luego la puerta de su compartimento se abrió y entró el inspector de pasaportes. Llevaba un uniforme parecido al de los revisores y tenía grandes bigotes de color castaño.

Miró el pasaporte de la señora de la cesta, asintió con la cabeza, lo selló con un sello pequeño de goma y se lo devolvió. Luego se volvió a mamá. Mamá le entregó los pasaportes y sonrió; pero la mano con que sujetaba el bolso estaba sometiendo al camello a horribles contorsiones. El hombre examinó los pasaportes. Luego miró a mamá para ver si era la misma persona que aparecía en la fotografía, y después a Max y después a Anna. Luego sacó el sello. Pero entonces se acordó de algo y volvió a mirar los pasaportes... Por fin los selló y se los devolvió a mamá.

—Buen viaje —dijo según abría la puerta del compartimento.

No había pasado nada, pensó Anna. Max la había asustado para nada.

—¿Lo ves...! —exclamó, pero mamá le lanzó tal mirada que se calló.

El inspector de pasaportes cerró la puerta tras de sí.

—Todavía estamos en Alemania —dijo mamá.

Anna sintió que se estaba poniendo colorada. Mamá volvió a meter los pasaportes en el bolso.

Hubo un silencio. Anna oía a lo que fuera que se movía dentro de la cesta, a la señora masticando otro trozo de pan con jamón, las puertas que se abrían y se cerraban a lo largo del tren, cada vez más lejos.

El silencio pareció interminable.

Luego el tren se puso en marcha, rodó unos cientos de metros y se volvió a parar. Más abrir y cerrar de puertas, esta vez más deprisa. Voces que decían: «Aduana... ¿tienen algo que declarar?».

Otro hombre distinto entró en el compartimento. Mamá y la señora dijeron las dos que no tenían nada que declarar, y él hizo una señal con tiza sobre todos los bultos, incluida la cesta de la señora. Otra espera, después un toque de silbato y por fin volvieron a arrancar. Esta vez el tren

cogió velocidad y siguió traqueteando con regularidad a través de la campiña.

Al cabo de un largo rato, Anna preguntó:

—¿Estamos ya en Suiza?

—Creo que sí. No estoy segura —dijo mamá. La señora de la cesta dejó de masticar.

—Así es —dijo apaciblemente—, esto es Suiza. Estamos en Suiza ya..., éste es mi país.

Era maravilloso.

—¡Suiza! —exclamo Anna—. ¡Estamos de verdad en Suiza!

—¡Ya era hora! —dijo Max, y sonrió de oreja a oreja.

Mamá dejó el bolso del camello sobre el asiento vacío que tenía al lado, y sonrió y volvió a sonreír.

—¡Bueno! —dijo—. ¡Bueno! Pronto estaremos con papá.

De repente Anna se sintió muy tonta y atolondrada. Quería hacer o decir algo extraordinario y divertido, pero no se le ocurría nada; de modo que se volvió a la señora suiza y dijo: «Perdone, pero ¿qué es lo que lleva usted en esa cesta?».

—Es mi morrongo —dijo la señora con su dulce voz de pueblo.

Sin saber por qué, aquello era terriblemente divertido. Anna, conteniendo la risa, lanzó una mirada a Max y vio que también él estaba casi retorciéndose.

—¿Qué es... qué es un morrongo? —preguntó al tiempo que la señora echaba hacia atrás la tapa de la cesta, y antes de que nadie pudiera responder se oyó un «Miaaau» y por la abertura asomó la cabeza de un feo gato negro.

Entonces Anna y Max ya no pudieron contenerse, y explotaron de risa.

—¡Te ha contestado! —jadeó Max—. Tú dijiste «Qué es un morrongo», y él dijo...

—¡Miaau! —chilló Anna.

—¡Niños, niños! —dijo mamá, pero no sirvió de nada: no podían dejar de reír. Siguieron riéndose de todo lo que veían, sin parar hasta llegar a Zurich. Mamá se excusó ante la señora, pero ella dijo que no importaba, que estaba bien que los niños estuviesen de buen humor. Cada vez que ya parecían aquietarse, bastaba con que Max dijera: «¿Qué es un morrongo?», y Anna chillaba: «¡Miaau!», y vuelta a empezar. Todavía se estaban riendo cuando, ya en el andén de Zurich, buscaron a papá.

Anna fue quien le vio primero. Estaba al lado de un puesto de periódicos. Tenía la cara muy pálida y buscaba con la mirada entre la multitud que se apiñaba alrededor del tren.

—¡Papá! —gritó Anna—. ¡Papá!

Él se volvió y los vio. Y entonces papá, que siempre era tan serio, que nunca hacía nada con prisas, de pronto echó a correr hacia ellos. Abrazó a mamá y la estrechó contra sí; luego abrazó a Anna y Max. Los abrazaba y los volvía a abrazar a todos, y no quería soltarlos.

—No os veía —dijo—. Tuve miedo...

—Ya sé —dijo mamá.

Capítulo 5



Papá había reservado habitaciones en el mejor hotel de Zurich. Tenía una puerta giratoria, gruesas alfombras y montones de dorados por todas partes. Como todavía no eran más que las diez de la mañana, desayunaron otra vez mientras charlaban sobre todo lo que había pasado desde que papá salió de Berlín.

Al principio parecía como si tuvieran cosas interminables que contarle, pero al rato descubrieron que también era muy agradable estar juntos sin decir nada. Mientras Anna y Max se atiborraban de dos clases diferentes de *croissant* y cuatro de mermelada, mamá y papá se sonreían el uno al otro. Cada poco tiempo se acordaban de algo, y papá decía: «¿Has podido traerte los libros?», o mamá decía: «llamaron del periódico, y querían un artículo tuyo esta semana, si es posible». Pero

después volvían a caer en un silencio apacible y sonriente.

Por fin Max se bebió el último sorbo de su chocolate caliente, se limpió de los labios las últimas migas de *croissant* y preguntó: «¿Qué vamos a hacer ahora?».

Pero nadie había pensado en eso.

Tras un instante, papá dijo: «Vamos a ver cómo es Zurich».

Decidieron ir lo primero de todo a la cima de un monte que se alzaba sobre la ciudad. El monte era tan empinado que había que ir en funicular, una especie de ascensor sobre ruedas que subía derecho por una pendiente alarmante. Anna nunca había estado en un funicular, y tuvo que repartir su atención entre la emoción de la experiencia y el escrutinio ansioso del cable en busca de señales de desgaste. Desde la cima del monte se veía Zurich allá abajo, apiñado a un extremo

de un enorme lago azul. El lago era tan grande que la ciudad parecía pequeña en comparación, y el lado más lejano estaba oculto por montañas. Había barcos de vapor, que desde aquella altura parecían de juguete, y que iban recorriendo el borde del lago, parándose en cada uno de los pueblecitos que había desperdigados por las orillas y dirigiéndose luego al siguiente. Brillaba el sol y le daba a todo un aspecto muy atractivo.

—¿Puede ir cualquiera en esos barcos? —preguntó Max. Era justamente lo que Anna iba a preguntar.

—¿Te gustaría ir? —dijo papá—. Pues irás..., esta tarde.

El almuerzo fue espléndido, en un restaurante con una cristalera que daba al lago, pero Anna no fue capaz de comer gran cosa. Se notaba la cabeza embotada, probablemente, pensó, por haberse levantado tan temprano, y aunque la nariz ya no le destilaba, le dolía la garganta.

—¿Te encuentras bien? —preguntó mamá un poco alarmada.

—¡Sí, sí! —respondió Anna, pensando en la excursión en barco de por la tarde. De todos modos, estaba segura de que era sólo cansancio.

Al lado del restaurante había una tienda donde vendían postales, y Anna compró una y se la mandó a Heimpi, mientras Max le mandaba otra a Gunther.

—Estoy pensando cómo irán las elecciones —dijo mamá—. ¿Tú crees de verdad que los alemanes le van a votar a Hitler?

—Me temo que sí —dijo papá.

—O no —dijo Max—. Muchos chicos de mi colegio estaban en contra de él. A lo mejor mañana nos encontramos con que casi nadie le ha votado, y entonces podríamos volvernos todos a casa, como dijo el tío Julius.

—Es posible —dijo papá, pero Anna se dio cuenta de que en realidad no lo creía.

La excursión en barco por la tarde fue un gran éxito. Anna y Max se quedaron en cubierta a pesar del viento frío, contemplando el tráfico del lago. Aparte de los barcos de vapor, había motoras particulares y hasta unas cuantas barcas de remos. Su vapor iba haciendo chug-chug de un pueblecito a otro, por una de las orillas del lago. Todos los pueblos eran muy bonitos, con sus casitas relucientes rodeadas de bosques y colinas. Cada vez que el vapor se acercaba a un embarcadero, tocaba fuerte la sirena para que todos los del pueblo supieran que llegaba, y mucha gente embarcaba y desembarcaba en cada sitio. Al cabo de una hora aproximadamente, cruzó de pronto el lago hasta un pueblecito de la otra orilla y luego regresó al mismo punto de Zurich de donde había salido.

Caminando de vuelta al hotel entre el ruido de los coches, los autobuses y los tranvías con su estruendo metálico, Anna se dio cuenta de que estaba muy cansada, y volvió a notar la cabeza embotada. Se alegró de volver a la habitación del hotel que compartía con Max. Todavía no tenía hambre, y a mamá le pareció verla tan cansada que la metió en la cama directamente. Tan pronto como apoyó la cabeza en la almohada, la cama entera pareció elevarse y salir flotando en la oscuridad, con un ruido de chug-chug que podría haber sido un barco, o un tren, o un sonido que salía de su propia cabeza.

La primera impresión de Anna cuando abrió los ojos por la mañana fue que en la habitación había demasiada luz. Los volvió a cerrar rápidamente y se quedó muy quieta, tratando de concentrarse.

Había un murmullo de voces al otro extremo de la habitación, y también una especie de crujido de algo que no fue capaz de identificar. Debía ser muy tarde, y todos los demás estarían ya levantados.

Volvió a abrir los ojos cautelosamente, y esta vez la luz subió y bajó y acabó por reorganizarse en forma de la habitación que conocía, con Max, todavía en pijama, sentado en la otra cama y mamá y papá de pie, cerca de él. Papá tenía un periódico, y de eso procedían los crujidos. Estaban hablando en voz baja porque creían que ella seguía durmiendo. Entonces la habitación dio otro vuelco y ella volvió a cerrar los ojos, y le pareció que iba flotando a alguna parte mientras las voces continuaban.

Alguien estaba diciendo: «... de modo que tienen mayoría...». Luego esa voz se fue apagando, y otra (¿o era la misma?) dijo: «... votos suficientes para hacer lo que quiera...», y luego inequívocamente Max, con mucha tristeza: «... así que no volveremos a Alemania... así que no volveremos a Alemania... así que no volveremos a Alemania...». ¿De verdad lo había dicho tres veces? Anna abrió los ojos con gran esfuerzo y dijo: «¡Mamá!». Al momento una de las figuras se apartó del grupo y vino hacia ella, y de repente apareció la cara de mamá muy cerca de la suya. Anna dijo: «¡mamá!» otra vez, y de golpe y porrazo estaba llorando por lo mucho que le dolía la garganta.

Después todo se difuminó. Mamá y papá estaban junto a su cama mirando un termómetro. Papá tenía el abrigo puesto. Debía haber salido especialmente a comprar el termómetro. Alguien dijo:

«Cuarenta», pero no podía ser de su temperatura de lo que estaban hablando, porque no recordaba que se la hubieran tomado.

A la siguiente vez que abrió los ojos había un hombre con barbita mirándola. Dijo: «Bueno, señorita», y sonrió, y mientras sonreía sus pies se alzaron del suelo y voló hasta posarse encima del armario, donde se transformó en un pájaro y estuvo graznando «Gripe» hasta que mamá le hizo salir por la ventana.

Luego de pronto era de noche y Anna le pidió a Max que le llevara un poco de agua, pero Max no estaba, era mamá quien estaba en la otra cama. Anna dijo: «¿Por qué estás durmiendo en la cama de Max?». Mamá contestó: «Porque estás enferma», y Anna se alegró mucho, porque si estaba enferma eso quería decir que Heimpi vendría a cuidarla. Dijo: «Dile a Heimpi...», pero estaba demasiado cansada para acordarse de lo demás, y cuando volvió a mirar estaba allí otra vez el hombre de la barbita, y no le gustó porque estaba disgustando a mamá diciendo «complicaciones» una y otra vez. El hombre le había hecho algo en el cuello y por eso se le había hinchado y le dolía, y ahora se lo estaba palpando. Anna le dijo: «¡No haga eso!», muy fuerte, pero él no hizo caso y pretendió obligarla a beber una cosa horrible. Anna iba a apartar el vaso, pero entonces vio que no era el hombre de la barba sino mamá, y en sus ojos azules había

una mirada tan terrible y decidida que pensó que no merecía la pena resistirse.

Después el mundo se aquietó un poco. Empezó a comprender que había estado enferma durante cierto tiempo, que había tenido fiebre alta y que si se encontraba tan mal era porque tenía los ganglios del cuello enormemente hinchados y blancos.

—Tenemos que bajar la fiebre —dijo el médico de la barba. Después mamá dijo:...

—Te voy a poner una cosa en el cuello para que se te mejore.

Anna vio que de una palangana salía vapor.

—¡Está demasiado caliente! —gritó—. ¡No lo quiero!

—No te lo voy a poner demasiado caliente —dijo mamá.

—¡No quiero! —chilló Anna—. ¡Tú no sabes cuidarme! ¿Dónde está Heimpi? ¡Heimpi no me pondría vapor caliente en el cuello!

—¡No digas tonterías! —dijo mamá, y de repente se estaba apretando una compresa humeante de algodón contra su propio cuello—. Venga —dijo—, si no está demasiado caliente para mí no va a estarlo para ti —y lo apretó contra el cuello de Anna y rápidamente le puso un vendaje alrededor.

Estaba terriblemente caliente, pero se podía soportar.

—¿No era tan horrible, no? —dijo mamá.

Anna estaba tan enfadada que no contestó, y la habitación empezaba otra vez a dar vueltas, pero mientras caía flotando en el sopor pudo oír todavía la voz de mamá, que decía: «¡Le voy a bajar esa fiebre aunque me cueste a mí la vida!».

Después de aquello debió quedarse amodorrada o dormida, porque de pronto tenía otra vez el cuello fresco y mamá se lo estaba destapando.

—¿Y tú cómo estás, «cerdo gordo»? —dijo mamá.

—¿«Cerdo gordo»? —dijo Anna débilmente. Mamá tocó con mucho cuidado uno de los ganglios hinchados de Anna.

—Éste es «cerdo gordo» —dijo—. Es el peor de toda la cuadrilla. El de al lado no es tan malo..., se llama «cerdo flaco». Y éste se llama «cerdo rosado», y éste es «cochinito», y éste..., ¿cómo le llamamos a éste?

—«*Fraulein* Lambeck» —dijo Anna, y se echó a reír. Estaba tan débil que la risa más bien pareció un cacareo, pero mamá se puso muy contenta de todos modos.

Mamá siguió poniéndole los fomentos calientes, y no era demasiado malo porque siempre había chistes sobre «cerdo gordo» y «cerdo flaco» y «*fraulein* Lambeck», pero aunque Anna tenía el cuello mejor su fiebre seguía siendo alta. Se despertaba encontrándose bastante normal, pero a la hora de comer estaba mareada y por la tarde ya todo se había vuelto confuso y vago. Tenía ideas extrañísimas. Le asustaba el papel de las paredes y no soportaba estar sola. Una vez, cuando mamá la dejó para bajar a cenar, creyó que la habitación se estaba haciendo progresivamente más pequeña, y gritó porque creyó que acabaría aplastándola. Después de aquello, mamá cenaba en una bandeja en la habitación.

El médico dijo: «No puede seguir así mucho tiempo».

Una tarde, Anna estaba tumbada mirando las cortinas. Mamá las acababa de correr porque estaba anocheciendo, y Anna estaba tratando de ver qué formas habían hecho los pliegues. La

tarde anterior habían hecho una forma de avestruz, y según le iba subiendo la fiebre Anna había visto el avestruz con más y más claridad, hasta que por fin pudo hacerla andar por toda la habitación. Esta vez pensaba que quizá podría haber un elefante.

De pronto oyó un cuchicheo al otro extremo de la habitación. Giró la cabeza con dificultad. Allí estaba papá, sentado con mamá, y estaban mirando una carta juntos. No oía lo que mamá estaba diciendo, pero por el tono de voz comprendió que estaba nerviosa y disgustada. Entonces papá dobló la carta y puso su mano sobre la de mamá, y Anna pensó que no tardaría en marcharse, pero no se marchó: se quedó allí sentado, con la mano de mamá en la suya. Anna los estuvo mirando un rato hasta que se le cansaron los ojos y los cerró. Los susurros se habían hecho más tranquilos e iguales.

No se sabía por qué, pero era un sonido sedante, y al rato Anna se durmió escuchándolo.

Cuando se despertó supo en seguida que había estado durmiendo mucho tiempo. Había además alguna otra cosa rara, pero no pudo averiguar qué. La habitación estaba en penumbra, con una sola luz encendida sobre la mesa donde mamá solía sentarse, y Anna pensó que se le habría olvidado apagarla cuando se fue a la cama. Pero mamá no se había ido a la cama. Seguía allí sentada con papá, igual que estaban cuando Anna se durmió. Papá todavía tenía cogida la mano de mamá con una de las suyas y la carta doblada en la otra.

—Hola mamá. Hola, papá —dijo Anna—, qué rara me siento.

Mamá y papá se acercaron inmediatamente a su cama y mamá le puso una mano sobre la frente. Luego le metió el termómetro en la boca. Cuando lo volvió a sacar, pareció que no podía creer lo que veía.

—¡Es normal! —dijo—. ¡Por primera vez en cuatro semanas es normal!

—Eso es lo único que importa —dijo papá, y arrugó la carta.

Después de aquello, Anna se repuso muy deprisa. «Cerdo gordo», «cerdo flaco», «*fraulein* Lambeck» y los demás se fueron desinflando poco a poco, y el cuello dejó de dolerle. Empezó a comer otra vez, y a leer. Max venía a jugar a las cartas con ella cuando no iba a algún sitio con papá, y pronto la dejaron levantarse un ratito y sentarse en un sillón. Mamá tenía que ayudarla a dar aquellos pocos pasos por la habitación, pero una vez sentada, al calor del sol que entraba por la ventana, se sentía muy contenta.

Afuera el cielo estaba azul, y veía que la gente que pasaba por la calle no llevaba abrigo. En la acera de enfrente había una señora con un puesto de tulipanes, y en la esquina un castaño estaba lleno de hojas. Era primavera. Se asombraba de ver lo mucho que había cambiado todo durante su enfermedad. También la gente de la calle parecía satisfecha con el tiempo primaveral, y muchos compraban flores en el puesto. La señora que vendía tulipanes era morena y regordeta, y se parecía un poco a Heimpi.

De pronto Anna se acordó de una cosa. Heimpi iba a reunirse con ellos dos semanas después de su salida de Alemania. Ya debía haber pasado más de un mes. ¿Por qué no había venido? Iba a preguntárselo a mamá, pero llegó antes Max.

—Max —dijo Anna—, ¿por qué no ha venido Heimpi?

Pareció como si Max se quedara cortado.

—¿Quieres volverte a la cama? —preguntó.

—No —repuso Anna.

—Bueno —dijo Max—, no sé si debo decírtelo, pero han pasado muchas cosas mientras estabas mala.

—¿Qué cosas? —preguntó Anna.

—Ya sabes que Hitler ganó las elecciones —dijo Max—. Pues en seguida acaparó todo el gobierno, y pasa exactamente lo que decía papá: que a nadie se le deja decir ni una palabra en contra de él. Si lo hacen los meten en la cárcel.

—¿Y Heimpi ha dicho algo en contra de Hitler? —preguntó Anna, que ya veía a Heimpi en una mazmorra.

—No, mujer —dijo Max—. Pero papá sí lo hacía, y sigue haciéndolo. Y, por supuesto, nadie en Alemania puede publicar nada de lo que papá escribe. De modo que no puede ganar dinero, y no tenemos para pagar a Heimpi.

—Ya —dijo Anna, y tras un momento añadió—: Entonces, ¿somos pobres?

—Yo creo que sí, un poco —respondió Max—. Sólo que papá va a intentar escribir para algunos periódicos suizos; entonces volveremos a estar bien.

Se levantó como para irse, y Anna dijo rápidamente:

—Yo no creo que a Heimpi le importara lo del dinero. Si tuviéramos una casita, seguro que querría venir y cuidarnos de todas maneras, aunque no le pudiéramos pagar mucho.

—Sí, bueno, ésa es otra —dijo Max, y vaciló antes de añadir—: No podemos alquilar una casa porque no tenemos muebles.

—Pero... —dijo Anna.

—Los nazis han apoderado de todo —dijo Max—. Eso se llama confiscación de la propiedad. Papá recibió una carta la semana pasada —Max sonrió—. Ha sido como una de esas comedias horribles en las que todo el rato está llegando gente con malas noticias. Y encima tú, a punto de estirar la pata...

—¡Yo no iba a estirar la pata! —dijo Anna.

—Hombre, yo ya sabía que no —dijo Max—, pero ese médico suizo tiene una imaginación muy siniestra. ¿Quieres volverte ahora a la cama?

—Creo que sí —repuso Anna. Se sentía un poco débil, y Max la ayudó a cruzar la habitación. Ya metida cómodamente en la cama, dijo—: Max, eso de... confiscación de la propiedad, o como se llame... ¿es que los nazis se lo han llevado todo..., hasta nuestras cosas?

Max asintió con la cabeza.

Anna trató de imaginárselo. Se habían llevado el piano..., las cortinas de flores del comedor..., su cama..., todos sus juguetes, entre ellos el Conejo Rosa de trapo. Por un momento le entristeció mucho acordarse del Conejo Rosa. Tenía ojos negros bordados (los suyos de cristal se le habían caído hacía años), y una costumbre encantadora de derrumbarse sobre las patas. Su peluche, aunque ya no fuera muy rosa, era blando y amoroso. ¿Cómo se le habría ocurrido llevarse en su lugar aquel perro lanudo, que no tenía ninguna gracia? Había sido una terrible equivocación, y ahora ya no podría arreglarlo nunca.

—Siempre he pensado que deberíamos habernos traído la caja de juegos —dijo Max—. Seguro que ahora mismo Hitler está jugando a la oca.

—¡Y acunando mi Conejo Rosa! —dijo Anna, y se echó a reír. Pero a sus ojos habían asomado algunas lágrimas y le estaban corriendo por las mejillas, todo a la vez.

—Bueno, tenemos suerte de estar aquí de todas maneras —dijo Max.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Anna. Max apartó la vista para mirar por la ventana con gran concentración.

—Papá recibió noticias de Heimpi —dijo con estudiada indiferencia—. Los nazis fueron a recoger nuestros pasaportes al otro día de las elecciones.

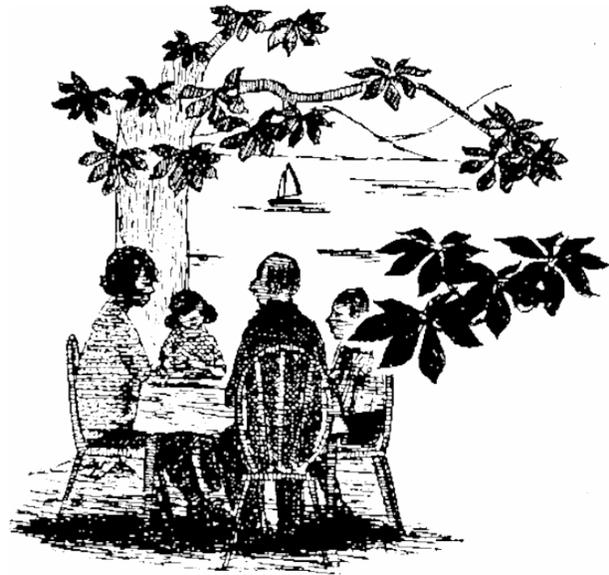
Capítulo 6

Tan pronto como Anna estuvo lo bastante fuerte, se marcharon de aquel hotel tan caro. Papá y Max habían encontrado un hostel en uno de los pueblecitos del lago. Se llamaba Gasthof Zwirn, porque era propiedad de un tal *herr* Zwirn, y estaba muy cerca del embarcadero, con un patio empedrado y un jardín que bajaba hasta el lago. La gente solía ir allí a comer y beber, pero *herr* Zwirn tenía también unas cuantas habitaciones para alquilar, y eran muy baratas. Mamá y papá compartían una habitación y Anna y Max otra, con lo que todavía salía más barato.

En el piso bajo había un comedor grande y confortable, decorado con astas de ciervo y trocitos de edelweiss. Pero cuando hizo mejor tiempo aparecieron mesas y sillas en el jardín, y *frau* Zwirn servía todas las comidas debajo de los castaños, al borde del agua. A Anna le parecía muy bonito.

En los fines de semana venían músicos del pueblo, y a menudo estaban tocando hasta altas horas de la noche. Se escuchaba la música y se contemplaba el centelleo del agua entre las hojas y los barcos de vapor que pasaban. Cuando anochecía, *herr* Zwirn daba a un interruptor y se encendían lucecitas en los árboles, de modo que aún se podía ver lo que se estaba comiendo. Los barcos encendían faroles de colores para hacerse ver por las otras embarcaciones. Algunos eran color ámbar, pero los más bonitos eran de un azul oscuro y brillante, tirando a malva. Cada vez que Anna veía una de aquellas luces azules mágicas sobre el cielo azul más oscuro, y reflejadas más débilmente en el lago, sentía como si le hubieran hecho un pequeño regalo.

Los Zwirn tenían tres niños que iban descalzos, y como Anna ya no sentía sus piernas como si fueran de trapo, ella y Max iban con ellos a explorar el campo de alrededor. Había bosques y arroyos y cascadas, carreteras bordeadas de manzanos y flores silvestres por todas partes. A



veces mamá prefería ir con ellos a quedarse sola en el hostel. Papá iba a Zurich casi todos los días para hablar con los directores de los periódicos suizos.

Como casi todos los del pueblo, los niños Zwirn hablaban un dialecto suizo que a Anna y Max les costaba trabajo entender al principio. Pero en seguida lo aprendieron, y el mayor, Franz, enseñó a Max a pescar (sólo que Max nunca pescaba nada), mientras su hermana Vreneli enseñaba a Anna la versión local de la rayuela.

En aquella atmósfera agradable no tardó Anna en recobrar sus fuerzas, y un día mamá anunció que ya era hora de que ella y Max empezaran a ir otra vez al colegio. Max iría al Instituto Masculino de Zurich. Viajaría en tren, que no era tan agradable como el vapor pero sí mucho más rápido. Anna iría a la escuela del pueblo con los niños Zwirn, y como ella y Vreneli eran casi de la misma edad estarían juntas en clase.

—Tú serás mi mejor amiga —dijo Vreneli. Vreneli tenía unas trenzas muy largas, muy delgadas, de color ratón, y un gesto siempre preocupado. Anna no estaba absolutamente segura de querer ser su mejor amiga, pero pensó que parecería una desagradecida si lo decía.

Un lunes por la mañana partieron juntas, Vreneli descalza y llevando los zapatos en la mano. Ya cerca de la escuela se encontraron con otros niños, y casi todos llevaban también los zapatos en la mano. Vreneli presentó a Anna a algunas de las niñas, pero los niños permanecieron al otro lado de la carretera, mirándolas sin decir nada. Poco después de que llegaran al patio de la escuela una profesora hizo sonar una campana, y hubo unas prisas locas de todos por ponerse los zapatos. Era norma de la escuela que fueran calzados, pero la mayoría de los niños lo dejaban para el último minuto.

El profesor de Anna se llama *herr* Graupe. Era muy viejo, con una barba gris amarillenta, y todo el mundo le tenía mucho respeto. *Herr* Graupe asignó un sitio a Anna al lado de una niña rubia muy alegre que se llamaba Roesli, y mientras Anna se dirigía hacia su pupitre por el pasillo central del aula se oyó un cuchicheo de asombro general.

—¿Qué pasa? —susurró Anna tan pronto como *herr* Graupe volvió la espalda.

—Que has venido por el pasillo central —contestó Roesli, también en voz baja—. Sólo los chicos entran por el pasillo central.

—¿Y por dónde entran las niñas?

—Por los lados.

Parecía un reparto extraño, pero *herr* Graupe había empezado a poner sumas en la pizarra y no había tiempo de pensar en ello. Las sumas eran muy fáciles y Anna las tuvo hechas en seguida. Luego echó una ojeada por el aula.

Los niños se sentaban en dos filas a un lado, las niñas al otro. Era muy distinto del colegio de Anna en Berlín, donde todos estaban mezclados. Cuando *herr* Graupe pidió los libros, Vreneli se levantó para recoger los de las niñas, mientras un niño grandote y pelirrojo recogía los de los niños. El pelirrojo atravesó el aula por el pasillo central y Vreneli la rodeó por el lateral hasta que ambos se encontraron, cada uno cargado con una pila de libros, delante de la mesa de *herr* Graupe. Aun allí tuvieron cuidado de no mirarse, pero Anna se dio cuenta de que Vreneli se

había puesto un poquito colorada.

Durante el recreo los niños jugaron al fútbol y estuvieron haciendo el indio a un lado del patio, mientras las niñas jugaban a la rayuela o se sentaban tranquilamente a cotillear en el otro. Pero aunque las niñas fingían no hacer caso de los niños, se pasaban mucho rato mirándoles con los párpados cuidadosamente semicerrados, y, cuando Vreneli y Anna se fueron a casa a comer, Vreneli estaba tan interesada en las cosas raras que iba haciendo el pelirrojo por el otro lado de la carretera que casi se choca contra un árbol. Por la tarde volvieron para estar una hora cantando, y con eso se acabaron las clases por aquel día.

—¿Te ha gustado? —le preguntó mamá a Anna cuando ésta regresó a las tres.

—Es muy interesante —dijo Anna—. Pero es raro: los niños y las niñas ni siquiera se hablan entre sí, y no sé si voy a aprender mucho.

Herr Graupe se había equivocado varias veces al corregir las sumas, y su ortografía tampoco era demasiado perfecta.

—Bueno, eso no importaría demasiado —dijo mamá—. No te vendrá mal un poco de descanso después de haber estado enferma.

—Me gusta lo que se canta —dijo Anna—. Todos saben cantar haciendo gorgoritos al estilo tirolés, y me van a enseñar a hacerlo a mí también.

—¡Dios nos libre! —dijo mamá, e inmediatamente se le escapó un punto.

Mamá estaba aprendiendo a tejer. No lo había hecho nunca, pero Anna necesitaba un jersey nuevo y mamá quería ahorrar. Había comprado lana y agujas y *frau Zwirn* le estaba enseñando, pero no se le daba demasiado bien. Mientras que *frau Zwirn* movía las agujas ágilmente con los dedos, mamá movía todo el brazo desde el hombro. Cada vez que metía la aguja en la lana era como un ataque; cada vez que la sacaba, tiraba tanto del punto que casi lo rompía. En consecuencia, el jersey iba creciendo muy despacio y más parecía tela de abrigo que punto de media.

—Nunca he visto cosa igual —dijo *frau Zwirn*, asombrada, cuando vio cómo iba—, pero quedará bonito y muy abrigador cuando esté terminado.

Un domingo por la mañana, poco después de que Anna y Max empezaran a ir al colegio, vieron una figura conocida bajarse del vapor y aproximarse por el embarcadero: era el tío Julius. Anna le encontró más delgado que antes, y era maravilloso y al mismo tiempo sorprendente verle: como si un poquito de su casa de Berlín hubiera aparecido de repente al borde del lago.

—¡Julius! —exclamó papá encantado al verle—. ¿Qué haces aquí?

El tío Julius le dirigió una sonrisa un poco burlona y dijo:

—Bueno, oficialmente no estoy aquí siquiera. ¿Sabes que hoy día se considera muy imprudente incluso el visitarte?

Había asistido a un congreso de naturalistas en Italia, y había salido de allí con un día de antelación para acercarse a verles camino de Berlín.

—Es un honor que agradezco —dijo papá.

—No cabe duda de que los nazis son tontos —continuó el tío Julius—. ¿Cómo vas a ser tú

enemigo de Alemania? Ya sabrás que han quemado todos tus libros.

—Estuve en muy buena compañía —dijo papá.

—¿Qué libros? —preguntó Anna—. Yo creí que los nazis sólo se habían llevado nuestras cosas..., no sabía que las hubieran quemado.

—Éstos que decimos no eran los libros que tenía tu padre —dijo el tío Julius—. Eran los libros que ha escrito. Los nazis encendieron hogueras por todo el país y quemaron allí todos los ejemplares que pudieron encontrar.

—Junto con las obras de varios otros autores distinguidos —dijo papá—, tales como Einstein, Freud, H. G. Wells...

El tío Julius sacudió la cabeza, como asombrado ante la locura de todo aquello.

—Gracias a Dios que no seguiste mi consejo —dijo—. Gracias a Dios que salisteis a tiempo. ¡Pero está claro —añadió— que Alemania no puede continuar mucho tiempo en esta situación!

Después de almorzar, en el jardín, les dio las noticias. Heimpi se había colocado con otra familia.

Le había resultado difícil, porque cuando la gente se enteraba de que había trabajado para papá no querían tomarla. Pero en conjunto su trabajo nuevo no estaba mal. La casa seguía vacía; todavía no la había comprado nadie.

Era extraño, pensó Anna, que el tío Julius pudiera ir a echarle un vistazo siempre que quisiera. Podía bajar la calle desde la papelería de la esquina y pararse delante de la verja pintada de blanco. Las contraventanas estarían cerradas, pero, si tenían una llave, el tío Julius podría entrar por la puerta de la calle al recibidor oscuro, subir la escalera hasta el cuarto de juguetes, o pasar al salón, o por el pasillo a la antecocina de Heimpi... Anna lo recordaba todo con absoluta claridad, y mentalmente recorrió la casa de arriba abajo mientras el tío Julius seguía hablando con mamá y papá.

—¿Cómo te van las cosas? —preguntó el tío Julius—. ¿Puedes escribir aquí? —Papá levantó una ceja.

—Para escribir no tengo dificultades —dijo—, pero sí para que me lo publiquen.

—¡Pero eso es imposible! —dijo el tío Julius.

—Desgraciadamente, no —dijo papá—. Parece ser que los suizos están tan preocupados por mantener su neutralidad que les asusta publicar algo de un antinazi declarado como yo.

El tío Julius pareció disgustarse mucho.

—¿Estáis bien? —preguntó—. Quiero decir... ¿económicamente?

—Nos las arreglamos —dijo papá—. De todos modos, estoy tratando de hacerles cambiar de opinión.

Luego se pusieron a hablar de sus amigos comunes. Parecía como si estuvieran repasando una larga lista de nombres. Uno había sido detenido por los nazis. Otro se había escapado y se iba a América. Otra persona había pactado (Anna se preguntó qué querría decir aquello de «pactar») y había escrito un artículo alabando al nuevo régimen. La lista seguía, interminable. Todas las conversaciones de mayores eran así últimamente, pensó Anna, mientras las olitas lamían la orilla del lago y las abejas zumbaban en los castaños.

Por la tarde le enseñaron el lugar al tío Julius. Anna y Max le llevaron a los bosques, y le

interesó mucho el descubrimiento de una clase especial de sapo que no había visto nunca. Luego se fueron todos a remar en el lago en una barca de alquiler. Después cenaron juntos, y finalmente llegó la hora de que el tío Julius se despidiera.

—Echo de menos nuestras visitas al zoo —dijo mientras le daba un beso a Anna.

—¡Yo también! —contestó Anna—. Lo que más me gustaba eran los monos.

—Te mandaré una postal de uno —dijo el tío Julius.

Fueron juntos hasta el embarcadero. Mientras esperaban el barco, papá dijo de pronto:

—Julius..., no vuelvas. Quédate aquí con nosotros. No estarás seguro en Alemania.

—¿Quién..., yo? —dijo el tío Julius con su vocecilla aguda—. ¿Quién va a pensar en mí? A mí sólo me interesan los animales. Yo no me meto en política. ¡Ni siquiera soy judío, a menos que se tenga en cuenta a mi pobre abuela!

—Julius, tú no entiendes... —dijo papá.

—La situación tiene que cambiar por fuerza —dijo el tío Julius, y ya venía el barco echando vapor hacia ellos—. ¡Adiós, muchacho!

Abrazó a papá y a mamá y a los dos niños. Según iba por la pasarela, se volvió un momento.

—Además —dijo—, ¡los monos del zoo me echarían de menos!

Capítulo 7



Cada vez le gustaba más a Anna ir a la escuela del pueblo. Se hizo amiga de otras niñas además de Vreneli, y sobre todo de Roesli, que se sentaba a su lado en clase y era un poco menos sosa que las demás. Las lecciones eran tan fáciles que no le costaba ningún esfuerzo sobresalir, y aunque *herr Graupe* no era muy buen profesor de las materias más corrientes, como cantor era extraordinario. En general, lo que más le gustaba a Anna de la escuela era que fuese tan distinta de su antiguo colegio. Lo sentía por Max, que parecía estar haciendo en el Instituto de Zurich cosas muy parecidas a las que hacía en Berlín.

Sólo una cosa le molestaba, y era que echaba de menos jugar con chicos. En Berlín, Max y ella jugaban casi siempre con un grupo mixto de niños y niñas, y lo mismo pasaba en el colegio. Aquí la interminable rayuela de las niñas empezaba a resultarle aburrida, y a veces, en el recreo, miraba con envidia los juegos y acrobacias de los niños, mucho más emocionantes.

Un día ni siquiera había nadie jugando a la rayuela. Los niños estaban haciendo volteretas laterales, y todas las niñas, sentadas, les contemplaban disimuladamente por el rabillo del ojo. Hasta Roesli, que se había cortado en una rodilla, estaba sentada con las demás. Vreneli estaba particularmente interesada, porque el niño grandote pelirrojo estaba intentando dar la voltereta lateral y los otros querían enseñarle, pero él siempre se caía de lado.

—¿Quieres jugar a la rayuela? —preguntó Anna a Vreneli, pero Vreneli negó con la cabeza, completamente absorta. Era una situación realmente tonta, sobre todo porque a Anna le encantaba dar volteretas laterales, y no daba la impresión de que al pelirrojo le salieran demasiado bien.

De repente Anna no pudo aguantar más, y sin pensar en lo que hacía se levantó de donde estaba sentada con las niñas y se acercó a los niños.

—Mira —le dijo al pelirrojo—: Tienes que tener las piernas tiesas, así —y dio una voltereta lateral para enseñarle. Todos los demás niños dejaron de dar volteretas y se pararon a mirar, sonriendo burlonamente.

El pelirrojo vaciló.

—Si es muy fácil —dijo Anna—. Te saldría si te acordaras de lo de las piernas.

El pelirrojo parecía todavía indeciso, pero los otros niños le gritaron: «¡Venga, inténtalo!». Volvió a intentarlo y le salió un poco mejor. Anna le hizo otra demostración, y esta vez él captó la idea y dio una voltereta lateral perfecta, justo en el momento en que sonaba la campana señalando el final del recreo.

Anna volvió a su grupo. Todos los niños la miraron marchar sonrientes, pero casi todas las niñas parecían estar mirando a otro lado. Vreneli parecía francamente enfadada, y sólo Roesli le dirigió una breve sonrisa.

Después del recreo había historia, y *herr* Graupe decidió hablarles de los hombres de las cavernas. Dijo que habían vivido hacía millones de años.

Mataban animales salvajes y se los comían, y con sus pieles se hacían la ropa. Luego aprendieron a encender fuego y a hacer herramientas sencillas, y poco a poco se fueron civilizando.

Eso era el progreso, dijo *herr* Graupe, y entre otras cosas se había debido a la acción de los vendedores ambulantes que iban por las cavernas cambiando objetos útiles por otros.

—¿Qué clase de objetos útiles? —preguntó uno de los niños.

Herr Graupe le miró indignado desde arriba de su barba. Toda clase de cosas podían resultarles útiles a los hombres de las cavernas, explicó; cosas como cuentas y lanas de colores, e imperdibles para unir entre sí las pieles. A Anna le sorprendió mucho aquello de los vendedores ambulantes y los imperdibles. Sintió muchas ganas de preguntarle a *herr* Graupe si estaba seguro de aquello, pero pensó que a lo mejor era más prudente no hacerlo. De todos modos, sonó la campana antes de que tuviera ocasión.

Todavía estaba dándole vueltas a lo de los hombres de las cavernas cuando volvían a casa para almorzar, de modo que hasta que llevaban andada ya casi la mitad del camino no se dio cuenta de que Vreneli no le hablaba.

—¿Qué te pasa, Vreneli? —preguntó.

Vreneli sacudió sus delgadas trenzas y no dijo nada.

—¿Qué te pasa? —volvió a preguntar Anna. Vreneli no la miró.

—¡Ya lo sabes! —respondió—. ¡Lo sabes perfectamente!

—No, no sé nada —dijo Anna.

—¡Claro que sí! —dijo Vreneli.

—¡No, de verdad que no! —insistió Anna—. Dímelo, por favor.

Pero Vreneli no quería. Durante el resto del camino siguió sin dirigir a Anna una sola mirada, con gesto orgulloso y los ojos fijos en la lejanía. Sólo cuando llegaron al hostel y ya a punto de separarse la miró un instante, y Anna se sorprendió al ver que no sólo estaba enfadada, sino casi

llorando.

—¡Además —gritó Vreneli volviendo la cabeza mientras se alejaba corriendo—, además todos te hemos visto las bragas!

Durante la comida con mamá y papá, Anna estuvo tan callada que mamá se dio cuenta.

—¿Te ha pasado algo de particular en el colegio? —preguntó.

Anna reflexionó. Dos cosas le habían pasado de particular. Una era la extraña conducta de Vreneli, y la otra la explicación de *herr* Graupe sobre los hombres de las cavernas. Decidió que lo de Vreneli era demasiado complicado para explicarlo, y en vez de eso dijo: «Mamá, ¿es verdad que los hombres de las cavernas se sujetaban las pieles con imperdibles?». Esto desató una avalancha de risas, preguntas y explicaciones que duró hasta el final de la comida, y entonces fue hora de volver a la escuela. Vreneli ya se había marchado, y Anna, sintiéndose un poco abandonada, se fue sola.

La lección de la tarde fue otra vez de canto, con muchos gorgoritos que la divirtieron, y cuando acabó se encontró de pronto frente a frente con el niño pelirrojo.

—¡Hola, Anna! —dijo atrevidamente. Algunos de sus amigos que estaban con él se rieron, y antes de que Anna pudiera contestar todos habían dado media vuelta y salido del aula.

—¿Por qué ha dicho eso? —preguntó Anna. Roesli sonrió.

—Me parece que vas a tener escolta —dijo, y añadió—: ¡Pobre Vreneli!

Anna habría querido preguntarle qué quería decir, pero la alusión a Vreneli le recordó que tenía que darse prisa si no quería volver a casa sola. De modo que dijo: «Hasta mañana», y salió corriendo.

No había ni rastro de Vreneli en el patio. Anna se esperó un poco, por si acaso estaba en el patio, pero no apareció. Los únicos presentes en el patio eran el pelirrojo y sus amigos, que también parecían estar esperando a alguien. Debía ser que Vreneli se había marchado pronto a propósito para no ir con ella. Anna siguió esperando un poco más, pero al fin tuvo que reconocer que era inútil y se puso en marcha sola. El pelirrojo y sus amigos decidieron marcharse exactamente en el mismo momento.

Se tardaba menos de diez minutos en volver al Gasthof Zwirn, y Anna conocía bien el camino.

Fuera ya de la verja de la escuela torció a la derecha y empezó a bajar por la carretera. Pasados unos momentos se dio cuenta de que el pelirrojo y sus amigos también habían torcido a la derecha al salir de la escuela. La carretera llevaba a un sendero de grava empinado que desembocaba en otra carretera, y ésta a su vez, después de algunas vueltas y revueltas, llevaba al *hostal*.

Cuando bajaba por el sendero de grava fue cuando Anna empezó a preguntarse si no pasaba algo raro. La capa de grava era gruesa y muy suelta, y con cada pisada sus pies hacían un crujido sonoro. Al poco tiempo notó detrás de sí unos crujidos similares, más amortiguados. Los escuchó un momento, y después se volvió a mirar por encima del hombro. Eran otra vez el pelirrojo y sus amigos.

Con los zapatos colgándoles de las manos, iban pisando la grava con los pies descalzos, sin que aparentemente les molestase lo afilado de las piedrecillas. La ojeada rápida de Anna bastó

para mostrarle que todos la miraban.

Apretó el paso, y las pisadas de detrás se aceleraron también. Entonces una piedrecilla pasó rebotando a su lado. Estaba aún preguntándose de dónde había salido cuando otra piedrecilla le dio en una pierna. Se volvió rápidamente, a tiempo de ver cómo el pelirrojo cogía un trocito de grava y se lo tiraba.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Anna—. ¡Estate quieto!

Pero él no hizo más que sonreír burlonamente y le tiró otro trocito. Entonces sus amigos empezaron a hacer lo mismo. Casi ninguna de las piedrecitas llegaba a darle y las que le daban eran demasiado pequeñas para hacerle daño, pero era espantoso de todos modos.

Entonces vio que un niño menudito con las piernas torcidas, apenas mayor que ella, cogía todo un puñado de grava.

—¡No se te ocurra tirarme eso! —chilló Anna tan furiosa que automáticamente el niño de las piernas torcidas dio un paso atrás. Arrojó la grava hacia ella, pero de modo que cayese a poca distancia. Anna le lanzó una mirada furibunda. Los niños se quedaron quietos, mirándola.

De pronto el pelirrojo dio un paso adelante y gritó algo. Los otros lo repitieron como en una especie de cántico: «¡An-na, An-na!», cantaron a coro. Entonces el pelirrojo tiró otro trocito de grava y le dio en todo el hombro. Aquello era demasiado. Anna volvió la espalda y escapó.

Camino abajo siguieron cayendo a su alrededor trocitos de grava, acribillándole la espalda y las piernas. «¡An-na, An-na, An-na!». Venían pisándole los talones. Anna corría resbalándose y torciéndose los pies entre las piedras. Si pudiera llegar hasta la carretera, por lo menos no le tirarían más grava.

¡Ya estaba allí, pisando el simpático asfalto liso y duro! «¡An-na, An-na!». Estaban ganando terreno.

Ahora que ya no se paraban a recoger grava iban más deprisa.

De repente un objeto grande pasó volando junto a ella. ¡Un zapato! ¡Le estaban tirando zapatos!

Por lo menos tendrían que pararse a recogerlos. Dobló un recodo y vio el Gasthof Zwirn al final de la carretera. El último tramo era cuesta abajo, y casi lo bajó de cabeza, haciendo un esfuerzo final hasta el patio del hostel.

«¡An-na, An-na!». Los niños pisándole los talones, una lluvia de zapatos por todas partes... ¡Y allí, como un milagro, como un ángel vengador, estaba mamá! Salió del hostel como un torpedo, agarró al pelirrojo y le dio un bofetón. A otro le dio con su propio zapato. Se lanzó en medio del grupo y los dispersó. Y todo eso sin dejar de gritar: «¿Por qué hacéis esto? ¿Qué os pasa?». Eso mismo era lo que a Anna le habría gustado saber.

Luego vio que mamá había atrapado al niño de las piernas torcidas y le estaba sacudiendo.

Todos los demás habían huido.

—¿Por qué la perseguíais? —le preguntaba mamá—. ¿Por qué le tirabais cosas? ¿Qué ha hecho?

Ceñudo, el niño de las piernas torcidas no decía nada.

—¡No pienso soltarte! —dijo mamá—. ¡No pienso soltarte hasta que me digas por qué lo habéis hecho!

El niño de las piernas torcidas miró a mamá indefenso. Luego se sonrojó y farfulló algo.

—¿Qué? —dijo mamá.

Entonces el niño de las piernas torcidas se desesperó.

—¡Porque la queremos! —dijo con toda la fuerza de sus pulmones—. ¡Lo hemos hecho porque la queremos!

Mamá se quedó tan sorprendida que le soltó, y él atravesó el patio como un rayo y escapó por la carretera abajo.

—¿Porque te quieren? —dijo mamá. Ni ella ni Anna lo entendieron. Pero cuando, más tarde, consultaron a Max, él no pareció sorprenderse mucho.

—Es lo que hacen aquí —dijo—. Cuando están enamorados de alguien le tiran cosas.

—¡Pero, cielo santo, es que eran seis! —dijo mamá—. ¡Deben tener otras maneras de expresar su amor!

Max se encogió de hombros.

—Es lo que hacen —dijo, y añadió—: En realidad, Anna se debería sentir halagada.

Unos cuantos días después Anna le vio en el pueblo, tirándole manzanas verdes a Roesli.

Max tenía una gran capacidad de adaptación.

Anna no estaba muy segura de si ir a la escuela al día siguiente. «¿Y si siguen enamorados de mí? —decía—. Yo no quiero que me sigan tirando cosas». Pero no tenía por qué preocuparse: mamá les había aterrado de tal manera, que ninguno de los niños se atrevió siquiera a mirarla. Hasta el pelirrojo miraba cuidadosamente hacia otro lado. De modo que Vreneli la perdonó y volvieron a ser amigas como antes. Anna hasta logró convencerla de que diera una voltereta lateral, a escondidas en un rincón a espaldas del hostel. Pero en público, en la escuela, las dos se dedicaron estrictamente a la rayuela.

Capítulo 8

Para el día en que Anna debía celebrar su décimo aniversario, la Sociedad Literaria de Zurich invitó a papá a una excursión, y cuando él mencionó el cumpleaños de su hija invitaron a toda la familia. Mamá estaba encantada.

—Qué suerte que sea precisamente el día de tu cumpleaños —dijo—. Será una bonita manera de celebrarlo.

Pero Anna no pensaba lo mismo, y preguntó:

—¿Por qué no puedo dar una fiesta como siempre?

Mamá pareció quedarse desconcertada.

—Pero es que nuestra situación no es la misma de siempre —dijo—. No estamos en casa.

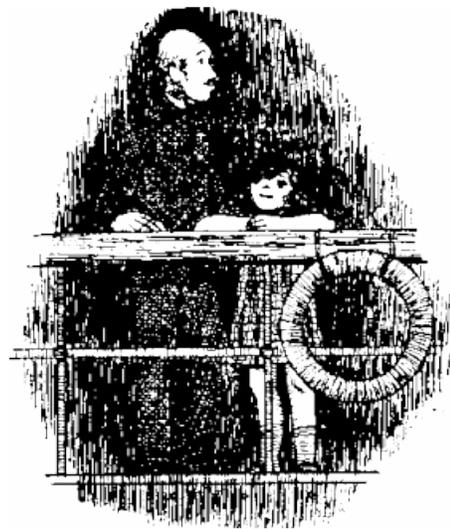
Anna ya lo sabía, pero seguía pensando que su cumpleaños debería ser algo especial para ella, no simplemente una excursión a la que fueran todos los demás. No dijo nada.

—Mira —dijo mamá—, será muy bonito. Van a alquilar un barco, sólo para los de la excursión. Vamos a ir casi hasta el otro extremo del lago y comeremos en una isla; ¡y no volveremos hasta tarde!

Pero a Anna no le convencía el plan.

Su estado de ánimo no mejoró cuando llegó el día y vio los regalos. Recibió una tarjeta del tío Julius, unos lápices de colores de Max, y un estuchito de lápices y una cabra de madera de mamá y papá. Eso fue todo. La cabra era muy bonita, pero cuando Max cumplió los diez años le habían regalado una bicicleta nueva. La tarjeta del tío Julius tenía una fotografía de un mono, y por detrás él había escrito con su letra cuidadosa: «Feliz cumpleaños, y que tengas muchos todavía más felices».

Ojalá acertara en lo de los futuros, pensó Anna, porque desde luego éste no parecía muy



prometedor.

—Vas a tener un cumpleaños un poco raro este año —dijo mamá al ver la cara que ponía—. De todos modos, ya eres muy mayor para que te preocupen mucho los regalos.

Pero no le había dicho eso a Max cuando él cumplió los diez años. Y no era un cumpleaños cualquiera: era su primer cumpleaños de dos cifras.

A medida que pasaba el día se fue sintiendo cada vez peor. La excursión no fue lo que se dice un éxito. El día era estupendo, pero en el barco llegó a hacer mucho calor, y todos los miembros de la sociedad literaria hablaban como *fraulein* Lambeck. Uno de ellos incluso llamaba a papá «querido maestro». Era un hombre joven y gordo con muchos dientecillos en punta, y justo cuando Anna y papá estaban empezando una conversación les interrumpió.

—He sentido mucho lo de su artículo, querido maestro —dijo el hombre joven y gordo.

—Yo también —repuso papá—. Ésta es mi hija Anna, que cumple hoy diez años.

—Feliz cumpleaños —dijo el hombre joven, e inmediatamente se dirigió otra vez a papá. Qué lástima que no hubiera podido publicar el artículo de papá, porque era espléndido. A él le había gustado enormemente. Pero el querido maestro tenía opiniones tan fuertes..., la política del periódico..., la actitud del gobierno..., el querido maestro ya comprendía...

—Lo comprendo perfectamente —dijo papá, pero el hombre joven y gordo siguió adelante.

Eran tiempos tan difíciles, dijo. Aquello de que los nazis hubieran quemado los libros de papá... debía haber sido terrible para él. Él sabía lo que papá debía haber sufrido, porque precisamente a él le acababan de publicar su primer libro y se lo podía imaginar... ¿Por casualidad había visto el querido maestro el primer libro del hombre joven? ¿No? Entonces el hombre joven se lo explicaría todo...

Siguió hablando y hablando, subiendo y bajando sus dientecillos, y papá era demasiado educado para dejarle con la palabra en la boca. Al fin Anna ya no lo pudo aguantar más y se alejó.

También la comida fue una desilusión. Se componía principalmente de bocadillos con rellenos de persona mayor. Las barritas de pan eran duras y un poco correosas, por lo que Anna pensó que sólo el hombre joven y gordo podría masticarlas bien. Para beber había gaseosa, que Anna aborrecía y a Max, en cambio, le gustaba. Esa suerte que tenía Max. Se había llevado la caña, y con sentarse a pescar a la orilla de la isla se dio por satisfecho (no es que cogiera nada; pero empleaba trocitos de pan correoso como cebo, y no era sorprendente que a los peces tampoco les gustase).

Anna no tenía nada que hacer. No había otros niños con quienes jugar, y después de comer fue todavía peor porque hubo discursos. Mamá no le había dicho lo de los discursos. Debería haberla avisado. Pareció que duraban horas, y Anna los tuvo que soportar allí sentada con el calor que hacía, pensando en lo que habría estado haciendo si no hubieran tenido que irse de Berlín.

Heimpi habría hecho una tarta de cumpleaños con fresas. Habría habido una fiesta con veinte niños por lo menos, y cada uno de ellos le habría llevado un regalo. A esa hora habrían estado

todos jugando en el jardín. Luego habría habido una merienda, y velitas todo alrededor de la tarta... Se lo imaginaba con tanta claridad que casi no se dio cuenta cuando por fin acabaron los discursos.

Mamá apareció a su lado.

—Ahora volveremos al barco —dijo. Luego susurró—: Han sido unos discursos aburridísimos, ¿verdad? —Con sonrisa de conspiradora. Pero Anna no sonrió. Mamá no tenía de qué quejarse: ¡al fin y al cabo no era su cumpleaños!

Una vez de vuelta en el barco, Anna encontró un sitio junto a la borda y se quedó allí sola, mirando al agua. Ya estaba, pensó mientras el barco regresaba a Zurich. Había sido su cumpleaños, su décimo cumpleaños, y en todo aquel día no había habido nada agradable. Cruzó los brazos sobre la barandilla y apoyó la cabeza en ellos, fingiendo que miraba el panorama para que nadie viera lo triste que estaba. Por debajo de ella pasaba corriendo el agua, la brisa cálida le volaba el pelo, y lo único que era capaz de pensar era que le habían estropeado su cumpleaños y que ya nada saldría bien.

Al rato sintió una mano sobre su hombro. Era papá. ¿Se habría dado cuenta de lo desilusionada que estaba? Pero papá nunca se daba cuenta de esas cosas: estaba demasiado ensimismado en sus propios pensamientos.

—De modo que yo tengo una hija de diez años —dijo, y sonrió.

—Sí —dijo Anna.

—Por cierto —continuó papá—, que no creo que tengas diez años todavía. Naciste a las seis de la tarde. Todavía faltan veinte minutos.

—¿De verdad? —preguntó Anna. Sin saber por qué, el hecho de no tener todavía diez años le hizo sentirse mejor.

—Sí —dijo papá—, y a mí no me parece que haya pasado tanto tiempo. Claro que entonces no sabíamos que íbamos a pasar tu décimo cumpleaños a bordo de un barco en el lago de Zurich, como refugiados de Hitler.

—¿Un refugiado es una persona que ha tenido que irse de su casa? —preguntó Anna.

—Es una persona que se refugia en otro país —dijo papá.

—Me parece que todavía no me he acostumbrado a ser refugiada —dijo Anna.

—Es una sensación rara —dijo papá—. Vives en un país durante toda tu vida, hasta que un día unos sinvergüenzas toman el poder en ese país y te encuentras solo en un sitio extraño, sin nada.

Parecía tan animado al decir esto, que Anna preguntó:

—¿A ti no te importa?

—En cierto modo —dijo papá—. Pero lo encuentro muy interesante.

El sol declinaba en el cielo. Cada poco rato desaparecía detrás de la cima de una montaña, y entonces el lago se oscurecía y todo lo que había en el barco parecía deslucirse y aplanarse. Luego reaparecía en un hueco entre dos picos y el mundo volvía a ser dorado rosáceo.

—A saber dónde estaremos cuando cumplas los once años —dijo papá—, y los doce.

—¿No estaremos aquí?

—No creo —respondió papá—. Si los suizos se niegan a publicar nada de lo que escribo por

miedo a disgustar a los nazis del otro lado de la frontera, lo mismo podíamos vivir en otro país. ¿A ti a dónde te gustaría ir?

—No sé —repuso Anna.

—Yo creo que en Francia se estaría muy bien —dijo papá, y lo estuvo pensando un momento—. ¿Tú conoces París? —preguntó.

Hasta que Anna pasó a ser refugiada, el único sitio a donde había ido era la playa, pero estaba acostumbrada a que a papá le interesasen tanto sus propios pensamientos que se le olvidaba con quién estaba hablando. Anna sacudió la cabeza.

—Es una ciudad muy bonita —dijo papá—. Seguro que te gustaría.

—¿Irámos a un colegio francés?

—Supongo que sí. Y aprenderíais francés. O quizá —continuó— podríamos vivir en Inglaterra: también es muy bonito. Pero un poco húmedo —y miró a Anna pensativo—. No, me parece que probaremos en París primero.

El sol ya había desaparecido completamente, y anochecía. Casi no se veía el agua que el barco iba cruzando velozmente, como no fuera por la espuma que centelleaba blanca en la poca luz que quedaba.

—¿Tengo diez años ya? —preguntó Anna. Papá miró el reloj.

—Diez años exactamente —y la abrazó—. ¡Feliz, feliz cumpleaños, y que cumplas muchos más!

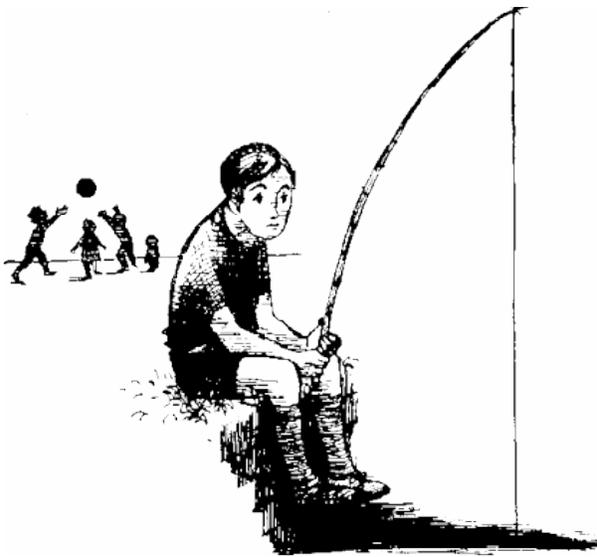
Y justo en el momento en que lo decía se encendieron las luces del barco. Sólo había unas cuantas bombillas blancas alrededor de las barandillas, que dejaban la cubierta casi tan a oscuras como antes, pero en la cabina se hizo de pronto un resplandor amarillo y en la popa se encendió un farol de color azul brillante tirando a malva.

—¡Qué bonito! —exclamó Anna, y de repente, sin saber cómo, dejaron de importarle su cumpleaños y los regalos. Parecía estupendo y emocionante ser refugiado, no tener casa y no saber dónde iba uno a vivir. Tal vez, si no había más remedio, eso pudiera incluso contar como una infancia difícil como las del libro de Gunther, y ella acabaría siendo famosa.

Mientras el barco se aproximaba a Zurich, Anna se apretó contra papá y los dos contemplaron la luz azul del farol del barco, que se arrastraba sobre las aguas oscuras que iban dejando atrás.

—Creo que me puede llegar a gustar mucho ser refugiada —dijo Anna.

Capítulo 9



Transcurrió el verano, y llegó el final de curso. El último día hubo una fiesta en la escuela, con un discurso de *herr* Graupe, una exposición de labores de las niñas, una exhibición de gimnasia de los niños y mucho cantar a la tirolesa por parte de todos. A media tarde se les dio a cada uno una salchicha y un pedazo de pan, y volvieron a sus casas dando un paseo por el pueblo, comiendo y riendo y haciendo planes para el día siguiente. Las vacaciones de verano habían comenzado.

Max no acabó hasta uno o dos días después. En el Instituto de Zurich no terminaba el curso con canciones y

salchichas, sino con calificaciones. Max volvió a casa con la lista de comentarios de siempre: «No se esfuerza», «No pone interés», y Anna y él tuvieron que soportar la acostumbrada comida seria mientras mamá y papá los leían. Mamá se quedó particularmente defraudada, porque, aunque en Alemania estaba habituada a que Max no se esforzara y no pusiera interés, por alguna razón había esperado que en Suiza fuera diferente: porque Max era listo, lo que pasaba era que no estudiaba. Pero la única diferencia era que, mientras que en Alemania Max había desatendido sus estudios para jugar al fútbol, en Suiza los había desatendido para pescar, y los resultados eran muy semejantes.

Era asombroso, pensaba Anna, que siguiera yendo a pescar aunque nunca cogía nada. Hasta los niños Zwirn habían empezado a tomarle el pelo. «¿Otra vez estás bañando gusanos?», le preguntaban al pasar junto a él, y Max les lanzaba una mirada furibunda, sin poder replicarles por miedo a asustar a algún pez que fuera a picar en ese momento.

Cuando Max no estaba pescando, él y Anna y los tres niños Zwirn nadaban en el lago y jugaban todos juntos o se iban de paseo por el bosque. Max se llevaba bien con Franz, y Anna le

había cogido mucho cariño a Vreneli. Trudi sólo tenía seis años, pero iba siempre detrás de ellos hicieran lo que hicieran. A veces se les unía Roesli, y un día incluso fue con ellos el niño pelirrojo, que tuvo buen cuidado de ignorar a Anna y Vreneli y se limitó a hablar de fútbol con Max.

Una mañana, cuando Anna y Max bajaron, encontraron a los niños Zwirn jugando con un niño y una niña a quienes no habían visto nunca. Eran alemanes, aproximadamente de sus mismas edades, y estaban de vacaciones con sus padres en el hostel.

—¿De qué parte de Alemania sois? —preguntó Max.

—De Munich —dijo el niño.

—Nosotros vivíamos en Berlín —dijo Anna.

—¡Caramba! —dijo el niño—. ¡Berlín debe ser estupendo!

Jugaron todos juntos a tula. Antes no había sido nunca muy divertido porque sólo eran cuatro (Trudi no contaba porque corría muy despacio y siempre lloraba cuando la cogían). Pero los niños alemanes eran los dos muy rápidos, y por primera vez el juego fue verdaderamente emocionante.

Vreneli acababa de coger al niño alemán, y él había cogido a Anna, de manera que ahora le tocaba a Anna coger a alguien, y se fue detrás de la niña alemana. Dieron vueltas y vueltas por el patio del hostel, cambiando de dirección y saltando por encima de las cosas, hasta que, cuando ya Anna creía que iba a atraparla, de pronto se interpuso entre ellas una señora alta y delgada con gesto desagradable. La señora apareció tan de repente, de no se sabía dónde, que a Anna le costó trabajo pararse y casi se choca con ella.

—Perdone —dijo, pero la señora no contestó.

—¡Siegfried! —chilló con voz aguda—. ¡Gudrun! ¡Os he dicho que no jugarais con estos niños!

Agarró a la niña alemana y se la llevó. El niño las siguió, pero cuando su madre no le miraba hizo un gesto raro a Anna y movió las manos como excusándose. Luego los tres desaparecieron en el interior del hostel.

—Qué enfadada estaba esa señora —dijo Vreneli.

—A lo mejor cree que somos maleducados —dijo Anna.

Intentaron seguir jugando a tula sin los niños alemanes, pero no resultó bien y acabó en desastre como siempre, con Trudi llorando porque la habían cogido.

Anna no volvió a ver a los niños alemanes hasta última hora de la tarde. Debían haber estado de compras en Zurich, porque cada uno de ellos venía con un paquete y su madre traía varios más grandes. Cuando iban a entrar en el hostel, Anna vio ante sí la ocasión de demostrar que no era una maleducada.

Se adelantó de un salto y les abrió la puerta.

Pero aquel gesto no pareció agradarle nada a la señora alemana. «¡Gudrun!, ¡Siegfried!», dijo, y rápidamente empujó adentro a los niños. Luego, con cara agria y apartándose lo más posible de Anna, se escurrió ella por la puerta. Le costó trabajo porque casi se le atascan los

paquetes, pero al fin pasó y desapareció. Ni siquiera le había dado las gracias, pensó Anna: ¡ella sí que era maleducada!

Al día siguiente Anna y Max habían quedado en ir al bosque con los niños Zwirn, y al otro llovió, y al tercero mamá los llevó a Zurich para comprarles calcetines, así que no vieron a los niños alemanes. Pero a la siguiente mañana, cuando Anna y Max salieron al patio después de desayunar, allí estaban otra vez jugando con los Zwirn. Anna corrió hacia ellos.

—¿Jugamos a tula? —dijo.

—No —dijo Vreneli, poniéndose un poco colorada—. Y de todos modos tú no puedes jugar.

Anna se quedó tan sorprendida que por un momento no supo qué decir. ¿Estaría otra vez Vreneli disgustada por el niño pelirrojo? Pero hacía siglos que no le veía.

—¿Por qué no puede jugar Anna? —preguntó Max.

Franz estaba tan azorado como su hermana.

—Y tú tampoco —dijo, señalando a los niños alemanes—. Dicen que no les dejan jugar con vosotros.

Estaba claro que a los niños alemanes no sólo les habían prohibido jugar, sino hasta hablar con ellos, porque parecía como si el niño quisiera decir algo, pero al fin sólo puso su extraño gesto de excusa y se encogió de hombros.

Anna y Max se miraron. Nunca se habían encontrado en aquella situación. Entonces Trudi, que había estado escuchando, se puso de repente a cantar: «¡Anna y Max no pueden jugar! ¡Anna y Max no pueden jugar!».

—¡Cállate! —dijo Franz—. ¡Vamos!

Y él y Vreneli salieron corriendo hacia el lago, seguidos por los niños alemanes. Por un instante, Trudi se quedó desconcertada. Luego cantó su último y desafiante «¡Anna y Max no pueden jugar!», y se fue trotando detrás de los otros con sus piernas cortas.

Anna y Max se quedaron allí solos.

—¿Por qué no les dejan jugar con nosotros? —preguntó Anna, pero Max tampoco lo sabía. No pudieron hacer otra cosa que volver al comedor, donde papá y mamá estaban todavía acabando de desayunar.

—Creí que os ibais a jugar con Franz y Vreneli —dijo mamá.

Max explicó lo que había ocurrido.

—Qué extraño —dijo mamá.

—A lo mejor tú podrías hablar con la madre —dijo Anna. Acababa de ver a la señora alemana, que estaba sentada en una mesa de un rincón con un señor que debía ser su marido.

—Desde luego que lo haré —dijo mamá.

En ese momento la señora alemana y su marido se levantaban para irse del comedor, y mamá salió a interceptarlos. Se encontraron demasiado lejos para que Anna oyera lo que decían, pero mamá sólo había pronunciado unas palabras cuando la señora alemana le contestó algo que hizo que mamá se pusiera colorada de indignación. La señora alemana dijo algo más e hizo como si fuera a marcharse, pero mamá la cogió de un brazo.

—¡Ah no, no se acabó! —gritó mamá con una voz que retumbó por todo el comedor—. ¡Con esto no se ha acabado nada!

Con eso dio media vuelta y se volvió a la mesa, mientras la señora alemana y su marido salían con gesto despectivo.

—Te han oído en todo el comedor —dijo papá enfadado mientras mamá se sentaba. Papá detestaba hacer escenas en público.

—¡Mejor! —dijo mamá tan sonoramente que papá susurró «Chisst» y le hizo señal con las manos de que se calmara. El tratar de hablar bajo no sirvió sino para indignar todavía más a mamá, y casi no podía articular las palabras.

—Son nazis —dijo por fin—. ¡Les han prohibido a sus hijos que jueguen con los nuestros porque los niños son judíos! —Su voz iba subiendo de volumen, de pura indignación—. ¡Y tú quieres que hable bajo! —gritó de tal modo que a una señora mayor que aún estaba acabando de desayunar casi se le derrama el café del susto.

Papá apretó la boca.

—Ni por un momento se me ocurriría que Anna y Max jugasen con hijos de nazis —dijo—, así que no pasa nada.

—Pero ¿y Vreneli y Franz? —preguntó Max—. Eso quiere decir que si juegan con los niños alemanes no pueden jugar con nosotros.

—Pues Vreneli y Franz tendrían que decidir quiénes son sus amigos —respondió papá—. La neutralidad suiza está muy bien, pero se corre el riesgo de llevarla demasiado lejos. —Se levantó de la mesa—. Voy a decirle unas palabras a su padre.

Papá volvió al poco rato. Le había dicho a *herr* Zwirn que sus hijos tendrían que escoger entre jugar con Anna y Max o con los huéspedes alemanes. No podían jugar con todos. Papá había pedido que lo decidieran sin prisas, pero que le dieran una contestación aquella noche.

—Me figuro que se quedarán con nosotros —dijo Max—. Al fin y al cabo, nosotros seguiremos estando aquí mucho después de que esos otros niños se hayan ido.

Pero fue difícil saber qué hacer durante el resto del día. Max bajó al lago con su caña de pescar, sus gusanos y sus pedacitos de pan. Anna no podía sujetarse a nada. Por fin decidió escribir un poema sobre una avalancha que cubría una ciudad entera, pero no le salió demasiado bien. Cuando llegó a la ilustración, le aburría tanto la idea de hacerla toda blanca que desistió. Max, como de costumbre, no cogió ningún pez, y a media tarde estaban los dos tan lánguidos que mamá les dio medio franco para que se compraran chocolate, a pesar de que anteriormente les había dicho que era demasiado caro.

De vuelta de la confitería vieron a Vreneli y Franz que hablaban con cara seria a la puerta del hostel y pasaron de largo, mirando al frente para hacerse los distraídos. Después de aquello se sintieron peor que nunca.

Luego Max volvió a su pesca y Anna decidió ir a bañarse, por salvar así algo del día. Estuvo flotando boca arriba, cosa que acababa de aprender a hacer, pero ni siquiera eso le puso de buen humor. Todo parecía absurdo. ¿Por qué no podían jugar todos juntos, ella y Max y los Zwirn y los niños alemanes? ¿Por qué todo aquel lío de decisiones y de hacer bandos? De pronto hubo un chapuzón a su lado: era Vreneli. Llevaba las largas y delgadas trenzas atadas en un moño sobre la cabeza para no mojarlas, y su cara estaba más sonrojada y preocupada que nunca.

—Siento lo de esta mañana —dijo Vreneli sin respiración—. Hemos decidido que preferimos

jugar con vosotros, aunque así no podamos jugar con Siegfried y Gudrun.

Entonces apareció Franz en la orilla.

—¡Hola, Max! —gritó—. ¿Disfrutan del baño los gusanos?

—En este mismo momento habría cogido un pez gordo —dijo Max—, si tú no me lo hubieras asustado.

Pero se puso muy contento de todos modos.

En la cena de aquella noche Anna vio a los niños alemanes por última vez. Estaban sentados en el comedor con sus padres, muy tiesos. Su madre les hablaba en voz baja y con insistencia, y ni siquiera el niño se volvió una sola vez para mirar a Anna o Max. Al final de la comida pasó de largo junto a su mesa como si no los viera.

La familia entera se marchó a la mañana siguiente.

—Me temo que le hemos hecho perder unos clientes a *herr Zwirn* —dijo papá.

Mamá estaba triunfante.

—Pues es una pena —dijo Anna—. Estoy segura de que a ese niño le éramos simpáticos.

Max sacudió la cabeza.

—Al final ya no —dijo—. Después del sermón que les echó su madre, ya no.

Era verdad, pensó Anna. Se preguntó qué estaría pensando ahora el niño alemán, qué le habría dicho su madre de ella y de Max y cómo sería cuando fuera mayor.

Capítulo 10

Justo antes de que acabaran las vacaciones de verano, papá se fue a París. Eran ya tantos los refugiados alemanes que vivían allí, que habían fundado un periódico propio. Se llamaba el *Diario Parisino*, y algunos de los artículos que papá había escrito en Zurich habían salido en él. Ahora el director quería que escribiera para el periódico con más regularidad. Papá pensaba que si aquello salía bien se podrían ir todos a vivir a París.

Al día siguiente de irse papá llegó Omamá. Era la abuela de los niños, y venía a visitarles desde el sur de Francia.



—Qué divertido —dijo Anna—: Omamá podría cruzarse con papá en el tren. ¡Podrían decirse adiós!

—Pero no lo harían —dijo Max—. No se llevan bien.

—¿Por qué no? —preguntó Anna. Era verdad, ahora que lo pensaba, que Omamá sólo iba a verlos cuando papá estaba fuera.

—Uno de esos asuntos de familia —dijo Max, con un tono de voz irritante que quería ser de persona mayor—. Ella no quería que mamá y papá se casaran.

—¡Pues ya no tiene remedio! —dijo Anna riendo.

Anna estaba afuera jugando con Vreneli cuando llegó Omamá, pero en seguida supo que había llegado por los ladridos histéricos que salían de una ventana abierta del hostel. Omamá no iba a ninguna parte sin *Pumpel*, su perro salchicha. Anna siguió la dirección de los ladridos y encontró a Omamá con mamá.

—¡Anna querida! —exclamó Omamá—. ¡Qué alegría me da verte!

Y apretó a Anna contra su pecho robusto. Pasados unos instantes, Anna pensó que ya estaba bien de abrazo y quiso escurrirse, pero Omamá la sujetaba con fuerza y la apretó un poquito más.

Anna recordó que Omamá siempre hacía eso.

—¡Cuánto tiempo sin veros! —exclamó Omamá—. ¡Ese horrible Hitler...!

Sus ojos, que eran azules como los de mamá pero mucho más claros, se llenaron de lágrimas, y sus barbillas, que eran dos, temblaron levemente. Costaba trabajo entender qué estaba diciendo exactamente, por el escándalo que armaba *Pumpel*. Sólo unas cuantas frases, como «arrancarnos de nuestros hogares» y «deshacer familias», sobresalían por encima de los ladridos frenéticos.

—¿Qué le pasa a *Pumpel*? —preguntó Anna.

—¡Ay *Pumpel*, pobrecito *Pumpel*! ¡Miradle! —exclamó Omamá.

Anna ya le había estado mirando. *Pumpel* se estaba comportando de una manera muy extraña.

Tenía el trasero marrón levantado en punta en el aire, y continuamente aplastaba la cabeza sobre sus patas delanteras como si estuviera haciendo una reverencia. Entre reverencia y reverencia dirigía una mirada implorante a algo que había encima del lavabo de Omamá. Como *Pumpel* era igual de rechoncho que Omamá, toda aquella operación le resultaba muy difícil.

—¿Qué quiere? —preguntó Anna.

—Está pidiendo —dijo Omamá—. ¡Qué gracioso! Está pidiendo esa bombilla. ¡Pero *Pumpel*, cariñito mío, si no te la puedo dar!

Anna miró. Sobre el lavabo había una bombilla redonda absolutamente vulgar, pintada de blanco. Parecía un tanto extravagante que alguien se encaprichara con ella, ni siquiera *Pumpel*.

—¿Por qué la quiere? —preguntó Anna.

—Por supuesto que él no se da cuenta de que es una bombilla —explicó Omamá pacientemente—. Cree que es una pelota de tenis y quiere que se la tire.

Pumpel, intuyendo que por fin estaban tomando en serio sus necesidades, volvió a sus reverencias y ladridos con redoblado vigor. Anna se echó a reír.

—Pobre *Pumpel* —dijo, y trató de acariciarle, pero él inmediatamente le tiró un bocado hacia la mano con sus dientes amarillos. Anna la retiró rápidamente.

—Podríamos desenroscar la bombilla —dijo mamá, pero estaba pegada al casquillo y no había manera de moverla.

—Quizá, si tuviéramos una pelota de tenis de verdad... —dijo Omamá, al tiempo que buscaba su monedero—. Anna, querida, ¿te importaría bajar? Creo que todavía están abiertas las tiendas.

—Las pelotas de tenis son muy caras —dijo Anna. Una vez había querido comprar una con su dinero de la semana, pero no había tenido ni para empezar.

—No importa —dijo Omamá—. No puedo dejarle así al pobre *Pumpel*..., se va a agotar.

Pero cuando Anna volvió *Pumpel* había perdido todo interés por el asunto. Estaba tendido en el suelo rugiendo, y cuando Anna le puso la pelota cuidadosamente entre las patas él la recibió con una mirada de absoluta repugnancia y hundió en ella los dientes sin vacilar. La pelota expiró con un suspiro.

Pumpel se levantó, rascó el suelo dos veces con las patas traseras y se retiró debajo de la cama.

—Verdaderamente, es un perro horrible —dijo Anna más tarde a Max—. No sé cómo Omamá le aguanta.

—Ojalá tuviéramos nosotros el dinero de la pelota —dijo Max—. Así podríamos ir a la verbena.

Iba a haber una verbena en el pueblo, un acontecimiento anual que tenía muy emocionados a los niños de la localidad. Franz y Vreneli llevaban meses ahorrando. Pero, extrañamente, Anna y Max no se habían enterado hasta hacía poco, y como no tenían ahorros no veían manera de ir. Con los fondos de uno y otro combinados no les daría más que para una vuelta en los caballitos: y eso, dijo Anna, sería peor que no ir.

Por un momento se le había ocurrido pedirle dinero a mamá. Fue después de su primer día de vuelta a la escuela, en que nadie había hablado de otra cosa que de la verbena y de cuánto dinero se tendrían que gastar. Pero Max le había recordado que mamá estaba intentando hacer economías. Si se iban a vivir a París, necesitarían hasta el último céntimo para el traslado.

Entre tanto *Pumpel*, aunque nadie habría podido decir de él que fuera un perro simpático, hacía la vida mucho más interesante. Carecía del más mínimo sentido común. Hasta Omamá, que ya estaba acostumbrada a su modo de ser, estaba sorprendida. Cuando le subió a un barco, él se fue derecho a la borda y sólo a costa de grandes esfuerzos se pudo impedir que se arrojara al agua. La siguiente vez que Omamá quiso ir a Zurich intentó llevarle en el tren, pero él se negó a subir. Sin embargo, tan pronto como el tren salió de la estación, dejándoles a Omamá y a él en el andén, *Pumpel* rompió la correa y salió en persecución del tren, ladrando como un loco, por toda la vía hasta el pueblo siguiente.

Un niño lo trajo una hora más tarde, agotado, y tuvo que estar descansado el resto del día.

—¿Tú crees que le pasará algo en la vista? —preguntó Omamá.

—Tonterías, mamá —dijo mamá, que entre la posibilidad de irse a París y la falta de dinero creía tener preocupaciones más importantes—. ¡Además, aun en el caso de que le pasara algo no le podrías poner gafas!

Era una pena, porque Omamá, a pesar de sus tonterías con *Pumpel*, era en realidad muy cariñosa. Ella también era refugiada, pero su marido no era famoso como papá. Habían podido sacar todos sus bienes de Alemania, y ahora vivían cómodamente en el Mediterráneo. A diferencia de mamá, Omamá no tenía que hacer economías, y a menudo organizaba pequeños convites que mamá normalmente no habría podido pagar.

—¿Y no podríamos pedirle a Omamá un poco de dinero para la verbena? —preguntó Anna un día, después de que Omamá les llevara a todos relámpagos de chocolate de la confitería del pueblo.

Max la miró con horror.

—¡Anna! ¡No podemos hacer eso! —dijo secamente.

Anna ya sabía que no podían, pero era tan tentador... Faltaba sólo una semana para la verbena.

Unos cuantos días antes de que Omamá tuviera que volver al sur de Francia, *Pumpel*

desapareció. Se había escapado de su habitación por la mañana temprano, y ella no le había dado importancia. A menudo se iba a dar una vuelta junto al lago, y solía volver muy deprisa por su propia voluntad. Pero cuando llegó la hora del desayuno todavía no había regresado, y Omamá empezó a preguntar si alguien le había visto.

—¿En qué lío se habrá metido esta vez? —dijo *herr Zwirn*. No tenía simpatía por *Pumpel*, que molestaba a sus otros clientes, mordisqueaba los muebles y por dos veces había querido morder a Trudi.

—A veces se comporta como un cachorrito —dijo Omamá tiernamente, a pesar de que *Pumpel* tenía nueve años.

—Más bien será que está en su segunda infancia —dijo *herr Zwirn*.

Los niños le buscaron sin mucho entusiasmo, pero ya casi era hora de ir al colegio y estaban seguros de que antes o después aparecería, probablemente acompañado de alguna víctima indignada a quien habría mordido o cuya propiedad habría destruido. Vreneli vino a recoger a Anna y las dos se dirigieron a la escuela, y a Anna se le olvidó en seguida lo del perro. Cuando regresaron a la hora de comer, Trudi las recibió con aire de gran importancia.

—Han encontrado al perro de tu abuela —dijo—. Se ha ahogado.

—¡Qué tontería! —dijo Vreneli—. Te lo estás inventando.

—No me lo estoy inventando —dijo Trudi muy ofendida—. Es verdad..., papá lo encontró en el lago. Y yo lo he visto y está completamente muerto. Una de las cosas por las que vi que estaba muerto es que no intentó morderme.

Mamá confirmó la historia de Trudi. Habían encontrado a *Pumpel* al pie de un muro bajo, a la orilla del lago. No hubo manera de saber cómo había llegado hasta allí, si se habría tirado desde arriba en un ataque de locura o habría confundido uno de los cantos rodados que había en el agua con una pelota de tenis. *Herr Zwirn* sugirió que podía haber sido un suicidio.

—Yo he oído de perros que lo hacen —dijo—, cuando ya no valen para sí mismos ni para nadie.

La pobre Omamá se llevó un disgusto horroroso. No bajó a almorzar, ni apareció, silenciosa y con los ojos enrojecidos, hasta el funeral de *Pumpel* por la tarde. *Herr Zwirn* cavó una pequeña fosa para él en una esquina del jardín. Omamá le había envuelto en un chal viejo, y todos los niños estuvieron presentes mientras ella le depositaba en su última morada. Luego, bajo la dirección de Omamá, cada uno de ellos le echó encima una paletada de tierra. *Herr Zwirn* echó ágilmente mucha más y luego la aplastó y le dio forma haciendo un montículo bajo.

—Ahora la decoración —dijo *herr Zwirn*, y Omamá, llorosa, puso encima una maceta grande con un crisantemo.

Trudi la contempló con aprobación.

—¡Ahora ya su perrito no se podrá salir! —dijo con evidente satisfacción.

Aquello fue demasiado para Omamá, y para gran asombro de los niños prorrumpió en llanto y *herr Zwirn* se la tuvo que llevar.

El resto del día fue bastante melancólico. En realidad, a nadie le importaba el pobre *Pumpel* excepto a Omamá, pero todos, en atención a ella, se sintieron obligados a no mostrarse demasiado alegres. Después de cenar, Max se marchó a hacer sus deberes mientras Anna y

mamá se quedaban a hacer compañía a Omamá.

Apenas había dicho una palabra en todo el día, pero ahora de repente no podía parar de hablar.

Habló y habló sobre *Pumpel* y todas las cosas que solía hacer. ¿Con qué valor iba a volver al sur de Francia sin él? ¡Le había hecho tanta compañía en el tren! Tenía incluso su billete de vuelta, que obligó a inspeccionar a mamá y Anna. Todo ello era culpa de los nazis, exclamó. Si *Pumpel* no hubiera tenido que salir de Alemania, no se habría ahogado en el lago de Zurich. Aquel horrible Hitler...

Después mamá orientó poco a poco la conversación hacia la habitual lista de personas que se habían ido a vivir a distintos países o se habían quedado, y Anna se puso a leer, pero el libro no era demasiado interesante y continuamente se filtraban hasta ella trocitos de la conversación.

Uno había conseguido un trabajo de cine en Inglaterra. Otro que antes era rico estaba pasando ahora muchos apuros en América, y su mujer tenía que trabajar de asistenta. A un famoso catedrático le habían detenido y enviado a un campo de concentración. (¿Campo de concentración? Entonces Anna recordó que era una cárcel especial para la gente que estaba contra Hitler). Los nazis le habían encadenado a una perrera. Vaya tontería, pensó Anna, mientras Omamá, que parecía ver alguna relación entre aquello y la muerte de *Pumpel*, seguía hablando cada vez más excitada. La perrera estaba junto a la entrada del campo de concentración, y cada vez que alguien entraba o salía el catedrático famoso tenía que ladrar. Para comer le daban sobras en un platillo de perro y no le dejaban que las tocara con las manos.

Anna notó de pronto que se mareaba.

Por la noche el catedrático famoso tenía que dormir en la perrera. La cadena era muy corta, por lo que nunca se podía poner de pie. Al cabo de dos meses —¡dos meses...!, pensó Anna—, el catedrático famoso se había vuelto loco. Seguía encadenado a la perrera y teniendo que ladrar, pero ya no se daba cuenta de lo que hacía.

De repente fue como si un muro negro se hubiera alzado ante los ojos de Anna. No podía respirar. Agarró fuertemente el libro que tenía delante, haciendo que leía. Habría querido no haber oído lo que Omamá había dicho, quitárselo de encima, vomitar.

Mamá debió notar algo, porque hubo un súbito silencio y Anna sintió que mamá estaba mirándola. Fijó la vista intensamente en su libro y volvió la página adrede como si estuviera enfrascada en la lectura. No quería que mamá, y menos aún Omamá, le hablasen.

Tras un momento la conversación se reanudó. Esta vez mamá estaba hablando, en voz bastante alta, no de los campos de concentración sino del frío que había hecho últimamente.

—¿Te lo pasas bien con tu libro, querida? —dijo Omamá.

—Sí, gracias —replicó Anna, y consiguió que su voz sonara del todo normal. En cuanto pudo se levantó y se fue a la cama. Quería decirle a Max lo que había oído, pero no tuvo valor para hablar de ello. Era mejor no pensarlo siquiera.

En el futuro procuraría no pensar nunca en Alemania.

A la mañana siguiente Omamá hizo sus maletas. No tenía ánimos para permanecer allí los

últimos días, ahora que ya no tenía a *Pumpel*. Pero una cosa buena salió de su visita. Justo antes de marcharse les dio a Anna y Max un sobre. Por fuera había escrito: «Regalo de *Pumpel*», y cuando lo abrieron vieron que contenía algo más de once francos suizos.

—Quiero que empleéis ese dinero en lo que más os guste —dijo Omamá.

—¿De qué es? —preguntó Max, emocionado ante tanta generosidad.

—Es el billete de vuelta de *Pumpel* al sur de Francia —dijo Omamá con lágrimas en los ojos—. Pedí que me lo reembolsaran.

Así que, al final, Anna y Max tuvieron dinero suficiente para ir a la verbena.

Capítulo 11



Como papá volvía de París un domingo, Anna y Max fueron a esperarle a Zurich con mamá. Era un día fresco y luminoso de primeros de octubre, y cuando volvían con él en el barco vieron nieve nueva en las montañas.

Papá venía muy contento de su estancia en París. Aunque se había alojado en un hotelito mugriento para ahorrar, había comido cosas deliciosas y bebido mucho vino bueno. Todas esas cosas eran baratas en Francia. El director del *Diario Parisino* había estado muy amable, y papá había hablado también con los directores de varios periódicos franceses. También éstos habían dicho que querían que escribiese para ellos.

—¿En francés? —preguntó Anna.

—Naturalmente —dijo papá. Había tenido una institutriz francesa cuando era pequeño, y hablaba el francés igual de bien que el alemán.

—Entonces, ¿nos vamos a ir todos a vivir a París? —preguntó Max.

—Antes tenemos que hablarlo mamá y yo —repuso papá. Pero estaba claro que eso era lo que pensaba que debían hacer.

—¡Qué bien! —dijo Anna.

—Todavía no hay nada decidido —dijo mamá—. Puede ser que también haya posibilidades en Londres.

—Pero Inglaterra es muy húmeda —dijo Anna. Mamá se enfadó.

—No digas tonterías —dijo—. Tú no sabes nada de eso.

Lo malo era que mamá no hablaba mucho francés. Mientras papá aprendía francés con su institutriz francesa, mamá había aprendido inglés con una institutriz inglesa. La institutriz inglesa era tan simpática que mamá siempre había deseado conocer su país de origen.

—Habla sobre ello —dijo papá.

Después les estuvo contando sobre la gente que había visto: viejos conocidos de Berlín que habían sido escritores, actores o científicos famosos y que ahora tenían que luchar para ganarse

la vida en Francia.

—Una mañana me encontré con aquel actor... ¿te acuerdas de Blumenthal? —dijo papá, y mamá supo en seguida a quién se refería—. Pues ha puesto una pastelería. Su mujer hace los pasteles y él está en el mostrador. Me lo encontré sirviendo pastel de manzana a un cliente especial —y papá sonrió—. La última vez que le había visto, era el invitado de honor en un banquete de la Opera de Berlín.

También había conocido a un periodista francés y su mujer, que le habían invitado varias veces a su casa.

—Son una gente encantadora —dijo papá—, y tienen una hija de la edad de Anna. Si nos vamos a vivir a París, seguro que te caen muy bien.

—Sí —dijo mamá, pero no parecía muy convencida.

Durante la semana siguiente y la otra, mamá y papá hablaron de París. Papá pensaba que allí podría trabajar, y que sería un sitio agradable para vivir. A mamá, que apenas lo conocía, le preocupaban toda clase de consideraciones prácticas, tales como la educación de los niños y la clase de vivienda que podrían encontrar, cosas en las que papá no había pensado mucho. Al final llegaron a la conclusión de que mamá debía volver a París con papá para ver la situación directamente. Al fin y al cabo, era una decisión muy importante la que iban a tomar.

—¿Y nosotros? —preguntó Max.

Él y Anna estaban sentados sobre la cama de la habitación de sus padres, a donde habían sido convocados para la discusión. Mamá ocupaba la única silla, y papá, con aire de duende elegante, estaba encaramado a una maleta puesta de pie. Se estaba un poco apretujado, pero había más intimidad que en el piso de abajo.

—Yo creo que ya sois mayorcitos para cuidar de vosotros mismos durante unas cuantas semanas —dijo mamá.

—¿Quieres decir que nos quedemos aquí solos? —preguntó Anna. Parecía increíble.

—¿Por qué no? —dijo mamá—. *Frau Zwirn* os echará un vistazo: se ocupará de que tengáis la ropa limpia y de que os acostéis a vuestra hora. Yo creo que el resto lo podéis hacer vosotros.

Y así quedó decidido. Anna y Max enviarían una postal a sus padres cada dos días, para que supieran que todo iba bien, y mamá y papá harían lo mismo. Mamá les encargó que se acordaran de lavarse el cuello y ponerse calcetines limpios. Papá tenía algo más serio que decirles.

—Acordaos de que cuando mamá y yo estemos en París vosotros seréis los únicos representantes de la familia en Suiza —dijo—. Es una gran responsabilidad.

—¿Por qué? —preguntó Anna—. ¿Qué tenemos que hacer?

Una vez, estando en el zoo de Berlín con el tío Julius, había visto un animalito con aspecto de ratón, y en su jaula había un cartel que decía que era el único representante de su especie en Alemania. Esperaba que no fuera nadie a mirarles a ella y a Max.

Pero no era nada de eso lo que había querido decir papá.

—Hay judíos dispersos por todo el mundo —explicó—, y los nazis están diciendo mentiras horribles sobre ellos. De modo que es muy importante que la gente como nosotros demuestre que

eso no es verdad.

—¿Y cómo podemos demostrarlo? —preguntó Max.

—Siendo mejores que los demás —dijo papá—. Por ejemplo, los nazis dicen que los judíos no son honrados. De manera que no basta con que seamos igual de honrados que los demás, tenemos que serlo más.

(Anna en seguida se acordó, arrepentida, de la última vez que había comprado un lápiz en Berlín. El hombre de la papelería le había cobrado de menos, pero ella no había señalado el error. ¿Y si los nazis se hubieran enterado?).

—Tenemos que ser más trabajadores que los demás —continuó papá— para demostrar que no somos holgazanes, más generosos para demostrar que no somos tacaños, más amables para demostrar que no somos groseros.

Max asintió con la cabeza.

—Puede parecer que es mucho pedir —añadió papá—, pero yo creo que merece la pena, porque los judíos son personas estupendas, y está muy bien ser judío. Y cuando mamá y yo volvamos, estoy seguro de que estaremos muy orgullosos de cómo nos habéis representado en Suiza.

Qué curioso, pensó Anna. Normalmente le daba muchísima rabia que le dijeran que tenía que ser mejor de lo normal, pero esta vez no le importaba. Hasta entonces no se había dado cuenta de que ser judío fuera tan importante. En secreto hizo el propósito de lavarse de verdad el cuello con jabón todos los días mientras mamá estuviese fuera, para que por lo menos los nazis no pudieran decir que los judíos llevaban el cuello sucio.

Sin embargo, cuando llegó el día de que mamá y papá se fueran a París no se sintió nada importante, más bien se sintió pequeña y desamparada. Consiguió no llorar mientras veía cómo su tren salía de la estación del pueblo, pero cuando ella y Max volvieron caminando despacio hasta el hostel sintió claramente que era demasiado pequeña para que sus padres la dejaran en un país mientras se iban a otro.

—Vamos, hombrecito —dijo Max de repente— ¡anímate!

Y fue tan divertido que la llamaran «hombrecito», que era lo que la gente a veces llamaba a Max, que Anna se echó a reír.

Después de aquello mejoró el panorama. *Frau Zwirn* había preparado su comida favorita, y en cierto modo fue estupendo que Max y ella comieran en una mesa del comedor para ellos solos. Luego *Vreneli* pasó a recogerla para ir a la clase de la tarde, y acabada la escuela ella y Max jugaron con los tres niños *Zwirn*, como siempre. La hora de acostarse, que Anna había temido que fuese lo peor, resultó en realidad muy agradable, porque *herr Zwirn* fue a su habitación y les estuvo contando historias divertidas de algunas de las personas que iban al hostel. Al día siguiente, ella y Max pudieron escribir una postal muy alegre a mamá y papá, y a la mañana del segundo día llegó una para ellos desde París.

Después el tiempo transcurrió muy deprisa. Las postales eran una gran ayuda. Todos los días escribían a mamá y papá o recibían noticias de ellos, y así era como si no estuvieran tan lejos. El domingo, Anna y Max y los tres niños *Zwirn* fueron al bosque a recoger castañas dulces. Volvieron con grandes canastos llenos, y *frau Zwirn* las asó en el horno. Luego todos se las

comieron para cenar en la cocina de los Zwirn, untadas de mucha mantequilla. Estaban deliciosas.

Al final de la segunda semana después de la marcha de mamá y papá, *herr* Graupe llevó a la clase de Anna de excursión a las montañas. Pasaron la noche allá arriba en una ladera, durmiendo sobre paja en una cabaña de troncos, y por la mañana *herr* Graupe les hizo levantarse antes de que amaneciera. Les llevó por un sendero estrecho que subía por la montaña, y de pronto Anna se dio cuenta de que el suelo que pisaba se había vuelto frío y húmedo. Era nieve.

—¡Mira, Vreneli! —exclamó, y, mientras la miraban, la nieve, que había sido vagamente gris en la oscuridad, se volvió de repente más clara y sonrosada. Ocurrió muy deprisa, y pronto una luz rosácea se extendió por toda la montaña.

Anna miró a Vreneli. Su jersey se había vuelto malva, su cara estaba colorada y hasta sus trenzas color ratón tenían un resplandor anaranjado. Los otros niños estaban igualmente transformados. Hasta la barba de *herr* Graupe se había vuelto color de rosa. Y detrás de ellos había una enorme extensión de nieve color rosa fuerte y cielo del mismo color, ligeramente más pálido. Poco a poco el rosa se fue desvaneciendo y la luz se hizo más intensa, el mundo rosáceo que se abría detrás de Vreneli y los demás se dividió en cielo azul y nieve blanca deslumbrante, y fue totalmente de día.

—Habéis visto el amanecer en las montañas azules: la vista más hermosa del mundo —dijo *herr* Graupe, como si hubiera sido él el causante de todo. Luego les hizo volver a bajar.

Fue una larga caminata, y Anna ya estaba cansada mucho antes de llegar abajo. Durante el viaje de vuelta en tren se adormiló, deseando que mamá y papá no estuvieran en París, para poderles contar su aventura. Pero quizá hubiera pronto noticias de su regreso. Mamá había prometido que sólo se quedarían tres semanas como máximo, y ya habían pasado un poco más de dos.

No volvieron al *hostal* hasta el anochecer. Max la estaba esperando para escribir la postal del día, y, a pesar de lo cansada que estaba, Anna consiguió meter en ella muchas cosas sobre su excursión. Después, y aunque no eran más que las siete, se fue a la cama.

Según subía al piso de arriba se encontró a Franz y Vreneli cuchicheando en el pasillo. Al verla se callaron.

—¿Qué estabais diciendo? —preguntó Anna. Había oído el nombre de su padre y algo sobre los nazis.

—Nada —dijo Vreneli.

—Sí que estabais hablando —dijo Anna—. Os he oído.

—Papá ha dicho que no te lo dijéramos —dijo Vreneli compungida.

—Para que no te disgustaras —dijo Franz—. Pero venía escrito en el periódico. Los nazis han puesto precio a la cabeza de tu papá.

—¿Precio? —preguntó Anna sin comprender.

—Sí —dijo Franz—. Mil marcos alemanes. Papá dice que eso demuestra lo importante que debe ser tu papá. Había una foto de él y todo.

¿Cómo se podían poner mil marcos a la cabeza de una persona? Qué tontería. Decidió preguntarle a Max cuando subiera a acostarse, pero se durmió mucho antes.

En mitad de la noche se despertó. Fue muy de repente, como si algo se le hubiera encendido dentro de la cabeza, e inmediatamente se encontró despierta del todo. Y, como si durante toda la noche no hubiera estado pensando en otra cosa, de pronto entendió con terrible claridad cómo se ponen mil marcos a la cabeza de alguien.

Vio mentalmente una habitación. Era una habitación de aspecto extraño, porque era en Francia, y el techo, en vez de ser continuo, era una masa de vigas entrecruzadas. En los huecos que quedaban entre las vigas había algo que se movía. Estaba oscuro, pero entonces la puerta se abrió y se encendió la luz. Papá venía a acostarse. Dio unos cuantos pasos hacia el centro de la habitación —Anna quería gritarle: «¡No!»—, y entonces empezó un diluvio de monedas, que se derramaban desde el techo sobre la cabeza de papá. Él se puso a gritar, pero las monedas seguían cayendo hasta enterrarle por completo.

De modo que era aquello lo que *herr* Zwirn no había querido que supiese. Era aquello lo que los nazis iban a hacerle a papá. O tal vez, puesto que venía en el periódico, lo habían hecho ya. Anna se quedó inmóvil, horrorizada. Oía a Max, en la otra cama, respirar suavemente y con regularidad, ¿le despertaba? Pero a Max le sentaba muy mal que le despertasen por la noche; probablemente no haría más que enfadarse y decir que todo eran tonterías.

Y tal vez fueran sólo tonterías, pensó Anna, con un súbito alivio de su angustia. Tal vez por la mañana lo viera todo como uno de aquellos absurdos terrores nocturnos que la asustaban cuando era más pequeña: como aquellas veces que pensaba que la casa se había incendiado, o que se le había parado el corazón. Por la mañana habría la postal acostumbrada de mamá y papá, y todo estaría bien.

Sí, pero aquello no eran imaginaciones suyas: había salido en el periódico... Su pensamiento daba vueltas y vueltas. Tan pronto estaba haciendo complicados planes para levantarse, tomar un tren a París y avisar a papá, como pensando en lo ridículo que parecería si daba la casualidad de que *frau* Zwirn la encontrase. Al final debió quedarse dormida, porque de pronto era de día y Max estaba ya a medio vestir. Ella se quedó en la cama un momento, notándose muy cansada y dejando que todos sus pensamientos de la noche anterior volvieran deslizándose hasta ella. Después de todo, ahora por la mañana resultaban un tanto irreal.

—¿Max? —dijo tímidamente.

Max tenía un libro de texto abierto sobre la mesa y lo estaba mirando mientras se ponía los calcetines y los zapatos.

—Perdona —dijo Max—, pero hoy tengo examen de latín y no he repasado.

Y volvió a su libro, mascullando verbos y tiempos. De todos modos daba lo mismo, pensó Anna.

Estaba segura de que no pasaba nada.

Pero en el desayuno no hubo postal de mamá y papá.

—¿Por qué crees tú que no habrá llegado? —preguntó Anna a Max.

—Retraso del correo —dijo Max ininteligiblemente a través de un bocado de pan—. ¡Adiós!
—Y salió corriendo para coger el tren.

—Seguro que llega esta tarde —dijo *herr* Zwirn.

Pero en la escuela Anna estuvo todo el tiempo preocupada, y se pasó el rato mordiendo el lápiz en lugar de escribir una descripción del amanecer en las montañas.

—¿Qué te pasa? —dijo *herr* Graupe, porque Anna solía escribir las mejores redacciones de la clase—. Era hermoso. ¡Una experiencia así debería haberte inspirado!

Y se alejó, personalmente ofendido por la falta de respuesta de Anna a «su» amanecer.

Aún no había postal cuando Anna volvió de la escuela, y no la hubo tampoco en el último correo de las siete. Era la primera vez que mamá y papá no habían escrito. Anna consiguió soportar la cena pensando fríamente en retrasos postales, pero una vez en la cama y con la luz apagada todos los terrores de la noche anterior volvieron a inundarla con tal fuerza que sintió como si casi la ahogaran.

Quiso recordar que era judía y no debía asustarse, porque si no los nazis dirían que todos los judíos eran cobardes, pero no le sirvió de nada. Seguía viendo la habitación del techo extraño y la horrible lluvia de monedas cayendo sobre la cabeza de papá. Aunque cerró los ojos y hundió la cara en la almohada, lo seguía viendo.

Debía haber hecho algún ruido en la cama, porque de repente Max preguntó: «¿Qué te pasa?».

—Nada —dijo Anna, pero al mismo tiempo que lo decía notó como una pequeña explosión que le subía del estómago hacia la garganta, y de pronto se encontró sollozando: «Papá... papá...», y Max estaba sentado en su cama y le daba palmaditas en un brazo.

—¡Pero mira que eres tonta! —dijo, cuando Anna le hubo explicado sus temores—. ¿Tú no sabes lo que quiere decir poner precio a la cabeza de alguien?

—No... ¿no es lo que yo pensaba? —dijo Anna.

—No —replicó Max—. No es ni parecido. Poner precio a la cabeza de una persona significa ofrecer una recompensa a quien capture a esa persona.

—¡Pues ya está! —gimió Anna—. ¡Los nazis quieren coger a papá!

—Bueno sí, en cierto modo —dijo Max—. Pero a *herr* Zwirn no le parece muy grave... al fin y al cabo, no es mucho lo que pueden hacer mientras papá no esté en Alemania.

—Entonces, ¿tú crees que no le habrá pasado nada?

—Claro que no le ha pasado nada. Por la mañana tendremos una postal.

—Pero ¿y si mandan a alguien a Francia a por él..., a un secuestrador o algo así?

—Entonces papá contaría con todos los efectivos de la policía francesa para protegerle —y Max adoptó un acento supuestamente francés—. «Mágchese, pog favog. No está permitido secuestgag a la gente en Francia. ¿Quiegue que le cogtemos la cabeza en la guillotina?».

Lo escenificaba tan bien que Anna no pudo por menos de reírse, y el propio Max se sorprendió de su éxito.

—Ahora duérmete —dijo, y Anna estaba tan cansada que en seguida lo hizo.

Por la mañana, en vez de postal recibieron una larga carta. Mamá y papá habían decidido que vivieran todos juntos en París, y papá iba a ir a recogerles.

—Papá —dijo Anna cuando se le pasó la primera emoción de verle sano y salvo—. Papá, me disgusté un poco cuando me enteré de lo del precio de tu cabeza.

—¡Yo también! —dijo papá—. Y no un poco, sino un mucho.

—¿De veras? —preguntó Anna, sorprendida. Siempre había creído que papá era muy valiente.

—¡Es que es un precio tan bajo! —explicó papá—. Con mil marcos no se va a ninguna parte en estos tiempos. Yo creo que valgo mucho más, ¿no te parece?

—Sí —dijo Anna, ya más tranquila.

—Ningún secuestrador que se precie aceptaría esa miseria —dijo papá, y sacudió la cabeza con tristeza—. ¡Estoy por escribir a Hitler para quejarme!

Capítulo 12

Frau Zwirn hizo las maletas de los niños. Se despidieron de sus amigos y de sus profesores, y pronto estuvo todo dispuesto para su partida de Suiza, camino de una vida nueva en Francia. Pero no era nada parecido a cuando se marcharon de Berlín, porque al Gasthof Zwirn podrían volver y ver a todo el mundo siempre que quisieran, y *herr* Zwirn les había invitado ya para el verano siguiente.

Iban a vivir en un piso amueblado, que mamá estaba preparando a toda prisa. Max quiso saber cómo era el piso. Papá lo pensó un momento. Saliendo al balcón, dijo por fin, se veían la torre Eiffel y el Arco del Triunfo

al mismo tiempo, dos monumentos famosos de París. Aparte de eso, papá no parecía acordarse de mucho más. Era una pena, pensaron los niños, que a veces fuera tan despistado para las cosas prácticas. Pero aquello de que el piso tuviera un balcón sonaba muy elegante.

El viaje a París duró un día entero, y estuvieron a punto de no llegar. Hasta Basilea no hubo problemas, pero allí tuvieron que cambiar de tren, porque Basilea está en la frontera entre Suiza, Francia y Alemania. Debido a algún retraso que había habido en la línea llegaron muy tarde, y sólo les quedaban unos minutos para coger el tren de París.

—Tendremos que darnos mucha prisa —dijo papá según entraba el tren en la estación.

Afortunadamente, había un mozo allí mismo. Agarró en seguida el equipaje y lo arrojó sobre la carretilla.

—¡Al tren de París, deprisa! —gritó papá, y el mozo se puso a galopar, con todos los demás corriendo detrás de él. A Anna le costó trabajo no perderle de vista, por todas las vueltas y revueltas que iba dando entre las multitudes de gente, y Max y papá estaban ya ayudándole a subir el equipaje al otro tren cuando ella les alcanzó. Anna se detuvo un instante para recuperar el aliento. El tren debía estar a punto de salir, porque por todas las ventanillas había gente



asomada, diciendo adiós a los amigos que estaban en el andén. Justamente al lado de Anna, un chico joven pareció casi caerse al darle a su novia un apasionado abrazo de despedida.

—¡Ya está bien! —dijo la chica, y le dio un empujoncito para volver a meterlo en el tren. Al enderezarse él, la parte baja de la ventana quedó al descubierto. Allí había un cartel impreso, que decía STUTTGART.

—¡Papá! —chilló Anna—. ¡Este tren no es! ¡Éste va a Alemania!

—¡Dios santo! —exclamó papá—. ¡Saca el equipaje, rápido!

Entre él y Max volvieron a sacar las maletas tan aprisa como pudieron. En eso sonó el silbato del tren.

—¡No importa! —vociferó papá, y tiró de Max para afuera, aunque en el tren quedaba todavía una maleta.

—¡Esa maleta es nuestra! —gritó Max—. ¡Por favor, denos nuestra maleta! —Y, justo cuando el vagón empezaba a moverse, el chico de la novia tuvo la amabilidad de tirársela al andén. La maleta cayó a los pies de Anna, y los tres se quedaron allí parados, en mitad de un montón de equipaje, mirando cómo el tren salía de la estación echando humo.

—¡Le dije claramente que al tren de París! —dijo papá, volviéndose al mozo. Pero no había ni rastro de él: se había esfumado.

—Si nos hubiéramos subido a ese tren —dijo Anna—, ¿nos habríamos podido bajar antes de llegar a Alemania?

—Posiblemente —respondió papá—. Si hubiéramos sabido que no era el nuestro —y le puso un brazo alrededor de los hombros—. Menos mal que te has dado cuenta antes de que subiéramos.

Tardaron cierto tiempo en encontrar otro mozo, y papá convencido de que habían perdido el enlace con París, pero al final lo cogieron con tiempo de sobra: su hora de salida había sido retrasada de acuerdo con el retraso de la línea suiza. Era extraño que el primer mozo no hubiera estado enterado de eso.

Cuando ya estaban sentados en el compartimento, esperando que el tren francés se pusiera en marcha, Max dijo de pronto:

—¿Papá, tú crees que ese mozo nos llevó a propósito al tren que no era?

—No sé —dijo papá—. Pudo ser sencillamente un error.

—Yo no creo que fuera un error —dijo Max—. Yo creo que pretendía ganarse los mil marcos.

Pensaron en ello un instante, y en lo que habría pasado si hubieran vuelto a Alemania. Luego sonó el silbato y el tren se puso en marcha con un tirón brusco.

—Bueno —dijo papá—, pues si ese mozo pretendía realmente ganarse los mil marcos, ha hecho un mal negocio. ¡Ni siquiera tuve tiempo de darle una propina! —Sonrió y se acomodó en su asiento—. Y dentro de pocos minutos, gracias a Anna, estaremos, no en Alemania, sino en Francia. Y gracias a Max hasta tendremos todo el equipaje —alzó las manos fingiendo admiración—. ¡Puf! ¡Qué hijos tan listos tengo!

Llegaron a París ya de noche, y muy cansados. Anna ya había notado algo distinto en el tren al salir de Basilea; se oían más voces hablando deprisa en francés, de una manera cortante e incomprensible. También los olores que salían del coche restaurante eran distintos. Pero en el andén de París se quedó aturdida.

Por todas partes se veía rodeada de gente gritando, saludándose, hablando, riendo. Movían los labios rápidamente, acompañándose de toda clase de gestos. Se encogían de hombros, se abrazaban y agitaban las manos para subrayar lo que estaban diciendo, pero Anna no entendía una palabra. Por un instante, en medio de la poca luz y del ruido y el vapor que salía flotando de la máquina, se sintió totalmente perdida. Pero en seguida papá les hizo entrar en un taxi, y arremetieron por las calles llenas de gente.

Había luces por todas partes, y gente paseando por aceras anchas, bebiendo y comiendo en cafés con cristalerías, leyendo periódicos, mirando los escaparates. A Anna ya se le había olvidado que una ciudad grande era así. Le asombraba la altura de los edificios, y el ruido. Conforme el taxi iba abriéndose paso entre el tráfico, coches y autobuses desconocidos y anuncios eléctricos de colores salían de la oscuridad y desaparecían otra vez.

—¡Ahí está la torre Eiffel! —gritó Max, pero Anna volvió la cabeza demasiado tarde y no la vio.

Luego rodearon un enorme espacio abierto, con un arco iluminado con focos en el medio. Por todos lados había coches, casi todos tocando la bocina.

—Ése es el Arco del Triunfo —dijo papá—. Ya estamos llegando.

Se metieron por una avenida más tranquila y después por una callecita estrecha, y al fin el taxi se paró muy de repente, con un chirriar de frenos. Habían llegado.

Hacía frío. Anna y Max esperaron delante de una casa alta mientras papá pagaba al taxista.

Luego abrió la puerta de la casa y les hizo entrar en el portal, donde una señora estaba sentada, medio dormida, dentro de una especie de jaula con el frente de cristal. Nada más ver a papá, la señora se espabiló. Salió en seguida por lo que resultó ser una puerta de la jaula y le estrechó la mano, hablando en francés muy deprisa. Después, y sin dejar de hablar, les estrechó la mano a Max y Anna, que, incapaces de comprender, tuvieron que limitar su respuesta a una débil sonrisa.

—Esta señora es la portera —dijo papá—. Ella cuida de la casa.

El taxista entró con el equipaje y la portera le ayudó a meter parte de él por una puerta estrecha que luego sostuvo abierta para Anna y Max. Los niños casi no podían creer lo que veían sus ojos.

—¡Papá! —dijo Max—. ¡No nos habías dicho que había ascensor!

—¡Esto es elegantísimo! —dijo Anna. Eso le hizo reír a papá.

—Yo no diría tanto —dijo. Pero Anna y Max sí lo pensaban, a pesar de los horribles crujidos y gemidos del ascensor mientras subía lentamente hasta el último piso. Por fin se detuvo con un ruido seco y un estremecimiento, y antes incluso de que hubieran salido todos se abrió una puerta de par en par, y allí estaba mamá.

Anna y Max corrieron hacia ella, y todo fue confusión mientras ella les abrazaba y los dos intentaban contarle todo lo que había pasado desde la última vez que la habían visto. Papá entró con las maletas y besó a mamá, y luego la portera llevó el resto del equipaje, con lo que de pronto el minúsculo recibidor estaba lleno de maletas y nadie se podía revolver.

—Pasad al comedor —dijo mamá. El comedor no era mucho mayor, pero estaba puesta la mesa para cenar y tenía un aspecto alegre y acogedor.

—¿Dónde cuelgo el abrigo? —gritó papá desde el recibidor.

—Hay una percha detrás de la puerta —le respondió mamá, en mitad de una ruidosa descripción de Max de cómo casi se suben al tren que no era. Luego se oyó un estrépito como de alguien cayéndose sobre algo. Anna oyó la voz amable de papá diciendo «Buenas noches», y el leve olor a quemado que había notado desde que llegaron se intensificó de pronto.

Una pequeña figura de melancólico aspecto apareció en la puerta.

—Sus patatas fritas se han quemado todas. —Anunció con evidente satisfacción.

—¡Ay, Grete...! —exclamó mamá, y explicó—: Ésta es Grete, que es austriaca. Está en París para aprender francés, y me va a echar una mano en la casa cuando no esté estudiando.

Grete estrechó la mano tristemente a Anna y Max.

—¿Habla usted mucho francés? —preguntó Max.

—No —dijo Grete—. Es un idioma muy difícil. Hay personas que no llegan a aprenderlo nunca —luego se volvió a mamá—. Bueno, yo me voy a la cama.

—Pero Grete... —dijo mamá.

—Le he prometido a mi madre que bajo ninguna circunstancia dejaría de dormir lo que debo —dijo Grete—. He dejado la cocina apagada. Buenas noches a todos. —Y se fue.

—¡Hay que ver, esta chica no sirve para nada! —dijo mamá—. Da igual, estará bien que nuestra primera comida juntos en París la hagamos nosotros solos. Os voy a enseñar vuestra habitación, y luego os podéis ir instalando mientras yo frío otras patatas.

La habitación de los niños estaba pintada de un color amarillo bastante feo, y había colchas amarillas en las dos camas. En el rincón había un armario de madera. Había también cortinas amarillas, una lámpara amarilla y dos sillas: nada más. De todos modos no habría habido espacio para más muebles, porque, al igual que el comedor, la habitación era muy pequeña.

—¿Qué se ve por la ventana? —preguntó Max.

Anna miró. No era una calle, como había esperado que fuese, sino un patio interior con paredes y ventanas todo alrededor. Era como un pozo. Un sonido metálico muy abajo la hizo suponer que abajo del todo debía haber cubos de basura, pero desde aquella altura no se veía. Por arriba sólo había los perfiles irregulares de los tejados y el cielo. Era muy distinto del Gasthof Zwirn y de su casa de Berlín.

Sacaron los pijamas y los cepillos de dientes y decidieron cuál de las camas amarillas ocuparía cada uno, y luego salieron a explorar el resto del piso. Al lado de su habitación estaba la de papá.

Tenía una cama, un armario y una mesa con su máquina de escribir, y daba a la calle. Desde la habitación de papá una puerta interior daba acceso a lo que parecía ser un pequeño cuarto de estar, pero había algunas prendas de vestir de mamá por en medio.

—¿Será ésta la habitación de mamá? —preguntó Anna.

—No puede ser..., no hay cama —dijo Max. Solamente había un sofá, una mesita y dos sillones.

Max miró el sofá más de cerca.

—Es uno de esos especiales —dijo—. Mira —y levantó el asiento. En un hueco de debajo había sábanas, mantas y almohadas—. Mamá puede dormir aquí por la noche y luego convertir la habitación en cuarto de estar durante el día.

—¡Qué bien pensado! —dijo Anna—. Así se puede utilizar la habitación el doble.

Desde luego era importante aprovechar al máximo el espacio de aquel piso, por lo poco que había.

Hasta el balcón, que en boca de papá había parecido tan elegante, era poco más que un saliente rodeado de una barandilla de hierro forjado. Aparte del comedor que ya habían visto, sólo quedaba el cuartito diminuto donde dormía Grete, un cuarto de baño todavía más diminuto y una cocinita cuadrada donde encontraron a mamá y papá.

Mamá, acalorada y nerviosa, estaba batiendo algo en un cacharro hondo. Papá estaba apoyado contra la ventana. Tenía cara de estar molesto y enfadado, y al entrar los niños le oyeron decir: «No me digas que todo esto es necesario».

La cocina estaba llena de humo.

—¡Claro que es necesario! —dijo mamá—. ¿Qué van a comer los niños si no?

—Queso y un vaso de vino —dijo papá, y los niños se echaron a reír mientras mamá exclamaba: «¡Oh, eres un desastre para las cosas prácticas!».

—No sabía que supieras cocinar —dijo Anna. Jamás había visto a mamá en la cocina.

—Estará a punto dentro de cinco minutos —dijo mamá, batiendo a todo batir—. ¡Ay, mis patatas...! —Se le iban a quemar otra vez, pero llegó justo a tiempo—. Estoy haciendo patatas fritas y huevos revueltos..., pensé que os gustaría.

—Estupendo —dijo Max.

—Ahora, dónde está el plato... y la sal... ¡ay! —gritó mamá—, ¡tengo que hacer otra sartén de patatas! —Miró implorante a papá—. Cariño, ¿me pasas el escurridor?

—¿Qué es el escurridor? —preguntó papá.

Cuando la cena llegó a la mesa había pasado casi una hora, y Anna estaba tan cansada que ya ni le importaba comer o no. Pero no quiso decirlo, en vista de lo mucho que mamá se había esforzado. Max y ella se comieron la cena rápidamente y muertos de sueño, y al momento se metieron de cabeza en la cama.

A través de las delgadas paredes del piso oían murmullo de voces y entrechocar de platos.

Mamá y papá debían estar quitando la mesa.

—Sabes, es curioso —dijo Anna justo antes de dormirse—. Recuerdo que cuando vivíamos en Berlín, Heimpi solía hacernos patatas fritas con huevos revueltos. Decía siempre que era rápido y fácil de hacer.

—Será que mamá necesita más práctica —dijo Max.

Capítulo 13



Cuando Anna se despertó por la mañana, ya era pleno día. Por un hueco de las cortinas amarillas veía un trozo de cielo ventoso sobre los tejados. Olía a guiso, y se oía un sonido metálico que al principio Anna no supo identificar, hasta que se dio cuenta de que era papá escribiendo en el cuarto de al lado, la cama de Max estaba vacía; debía haberse levantado sin hacer ruido mientras ella dormía todavía. Se levantó y salió al recibidor sin molestarse en vestirse. Mamá y Grete debían haber estado muy atareadas, porque ya no había nada del equipaje y por la puerta abierta vio que la cama de mamá estaba otra vez convertida en sofá. En eso apareció mamá, procedente del comedor.

—Hola, cariño —dijo—. Ven a desayunar algo, aunque ya casi es la hora de comer.

Max estaba ya sentado a la mesa del comedor, bebiendo café con leche y arrancando pedazos de una barra de pan increíblemente larga y estrecha.

—Eso se llama una baguette —explicó mamá—, que quiere decir «palito».

Y eso era exactamente lo que parecía. Anna probó un poco y lo encontró delicioso. También el café estaba bueno. Sobre la mesa había un hule rojo que daba un aspecto muy bonito a las tazas y los platos, y la habitación estaba caliente a pesar del tempestuoso día de noviembre que hacía afuera.

—Aquí se está bien —dijo Anna—. En el Gasthof Zwirn no habríamos podido desayunar en pijama.

—Es un poco pequeño —dijo mamá—, pero nos las apañaremos.

Max se estiró y bostezó.

—Está bien tener casa propia —dijo.

Había otra cosa más que estaba muy bien, pensó Anna, pero al principio no pudo dar con lo que era. Veía a mamá echando café en la taza, y a Max inclinándose hacia atrás sobre la silla, como se le había dicho cien veces que no hiciera. A través de la delgada pared oía la máquina de escribir de papá.

Entonces cayó en la cuenta.

—A mí no me importa en realidad dónde estemos —dijo—, con tal de que estemos todos juntos.

Por la tarde papá se los llevó de paseo. Entraron en el Metro, que tenía un olor particular; papá dijo que era una mezcla de ajo y cigarrillos franceses, pero Anna lo encontró agradable. Vieron la torre Eiffel (pero no subieron porque costaba demasiado dinero), y el sitio donde estaba enterrado Napoleón, y al final el Arco del Triunfo, que estaba muy cerca de casa. Ya se hacía tarde, pero Max observó que se podía subir y era muy barato, probablemente porque no era tan alto como la torre Eiffel ni mucho menos, conque subieron.

Nadie más quería subir a lo alto del Arco del Triunfo en aquella tarde fría y oscura: el ascensor estaba vacío. Cuando Anna salió a la superficie, la recibió una ráfaga de viento helado y gotas de lluvia, y se preguntó si habría sido buena idea el ir allí. Entonces miró hacia abajo. Era como si estuviera en el centro de una enorme estrella resplandeciente. Sus rayos se extendían en todas direcciones, y cada uno era una avenida bordeada de luces. Mirando con mayor atención vio otras luces que eran coches y autobuses que circulaban por las avenidas, e inmediatamente debajo formaban un anillo luminoso que rodeaba el propio Arco del Triunfo. A lo lejos se veían vagas siluetas de cúpulas y torres de iglesia, y un puntito centelleante que era la punta de la torre Eiffel.

—¿Verdad que es bonito? —dijo papá—. ¿Verdad que es una ciudad hermosa?

Anna le miró. Había perdido un botón del abrigo y se le colaba dentro el viento, pero no parecía darse cuenta.

—Preciosa —dijo Anna.

Daba gusto volver al calorcito de casa, y esta vez Grete había ayudado a mamá a hacer la cena y en seguida estuvo preparada.

—¿Habéis aprendido ya algo de francés? —preguntó mamá.

—Por supuesto que no —dijo Grete antes de que ninguno pudiese responder—. Se tarda meses.

Pero resultó que Anna y Max habían cogido bastantes palabras, sólo de escuchar a papá y a otras personas. Sabían decir «oui», «non», «merci», «au revoir» y «bonsoir Madame», y Max estaba particularmente orgulloso de haberse aprendido «trois billets s'il vous plaît», que era lo que papá había dicho al sacar los billetes del metro.

—Bueno, pues en seguida sabréis mucho más —dijo mamá—. He dispuesto que venga una señora a daros clase de francés, y empezáis mañana por la tarde.

La señora se llamaba *mademoiselle* Martel.

A la mañana siguiente, Anna y Max trataron de reunir todo lo que les haría falta para la clase.

Papá les prestó un diccionario antiguo de francés y mamá les buscó papel para escribir. Lo único que no tenía nadie eran lápices.

—Tendréis que ir a comprarlos —dijo mamá—. Hay una tienda en la esquina.

—¡Pero si no sabemos francés! —exclamó Anna.

—No pasa nada por eso —dijo mamá—. Llevaos el diccionario. Os daré un franco a cada uno y os quedáis con la vuelta.

—¿Cómo se dice lápiz en francés? —preguntó Max.

—*Un crayon* —dijo mamá. Su voz no resultaba tan francesa como la de papá, pero mamá sabía muchísimas palabras—. Hale, daos prisa.

Después del viaje en ascensor solos —y le tocó a Anna darle al botón—, Anna se sentía muy animada para acometer la empresa, y ni siquiera desfalleció al descubrir que la tienda era bastante elegante y vendía más material de oficina que artículos de papelería. Con el diccionario debajo del brazo, franqueó la puerta por delante de Max y dijo con voz muy sonora: «*Bonsoir Madame!*».

El dueño de la tienda puso cara de asombro, y Max le dio un codazo a Anna.

—No es una *Madame*..., es un *Monsieur* —susurró—. Y me parece que *bonsoir* significa «Buenas tardes».

—¡Ah! —dijo Anna.

Pero al dueño de la tienda no pareció importarle; sonrió y dijo algo en francés que ellos no entendieron. Le devolvieron la sonrisa.

Seguidamente, Anna dijo, esperanzada: «*Un crayon*», y Max añadió: «*S'il vous plaît*».

El hombre volvió a sonreír, rebuscó en una caja de cartón detrás del mostrador y sacó un bonito lápiz rojo que entregó a Anna.

A ella le sorprendió tanto el éxito que se le olvidó decir «*Merci*», y se quedó parada con el lápiz en la mano. ¡Era muy fácil!

Entonces Max dijo: «*Un crayon*», porque él necesitaba otro.

—*Oui, oui* —dijo el hombre, sonriendo y asintiendo con la cabeza y señalando al lápiz que Anna tenía en la mano. Estaba de acuerdo con Max en que aquello era un lápiz.

—*Non!* —dijo Max—. *Un crayon!* —y buscó una manera de explicarlo—. *Un crayon* —repitió, señalándose a sí mismo—, *un crayon!*

A Anna se le escapó la risa, porque parecía como si Max se estuviera presentando.

—¡Aah! —dijo el hombre. Sacó otro lápiz de la caja y se lo dio a Max, con una leve inclinación de cabeza.

—*Merci* —dijo Max, muy aliviado. Le dio al hombre los dos francos y esperó que él le diera la vuelta. Pasado cierto tiempo, pareció que no iba a haber vuelta ninguna. Anna se sintió muy defraudada; habría estado bien tener un poco de dinero.

—Vamos a preguntarle si tiene otros lápices —susurró—. Podrían ser más baratos.

—¡No sabemos decirlo! —dijo Max.

—Bueno, pero podemos intentarlo —dijo Anna, que a veces era muy testaruda—. Mira a ver cómo se dice «otro» en francés.

Max buscó en el diccionario mientras el hombre le contemplaba con curiosidad. Por fin lo

encontró: «Es *autre*», dijo.

Anna sonrió feliz y alargó su lápiz al vendedor: «*Un autre crayon?*».

—*Oui, oui* —dijo el hombre tras un momento de vacilación; y le dio otro lápiz de la misma caja, con lo cual Anna se encontró con dos.

—*Non* —dijo Anna, devolviéndole uno de los lápices. La sonrisa del vendedor se estaba empezando a congelar—. *Un autre crayon...* —puso un gesto e hizo una forma con los dedos como para sugerir algo infinitamente pequeño e insignificante.

El hombre la miró sin pestañear, por ver si iba a decir algo más. Luego se encogió de hombros y dijo algo incomprensible.

—¡Venga, vámonos! —dijo Max, colorado de vergüenza.

—¡No! —dijo Anna—. ¡Dame el diccionario! —Volvió las páginas febrilmente. Por fin lo encontró.

Barato: *bon-marché*.

—*Un bon-marché crayon!* —gritó triunfalmente, con gran sobresalto de dos señoras que estaban examinando una máquina de escribir—. *Un bon-marché crayon, s'il vous plaît.* El hombre parecía muy cansado. Buscó otra caja de cartón y sacó de ella un lápiz azul más fino.

Se lo dio a Anna, que asintió con la cabeza y le devolvió el rojo. Entonces él le dio veinte céntimos de vuelta. Luego miró a Max con expresión interrogante.

—*Oui!* —dijo Anna muy excitada—. *Un autre bon-marché crayon!* —y se repitió el mismo procedimiento con el lápiz de Max.

—*Merci* —dijo Max.

El hombre se limitó a asentir con la cabeza. Parecía estar exhausto.

—Tenemos veinte céntimos cada uno —dijo Anna—. ¡Fíjate lo que podremos comprar con eso!

—No creo que mucho —dijo Max.

—De todos modos, es mejor que nada —dijo Anna. Quería mostrarle su agradecimiento al vendedor, de modo que al salir de la tienda le sonrió otra vez y dijo: «*Bonsoir Madame!*».

Por la tarde llegó *mademoiselle* Martel, una francesa de moño caído y canoso, vestida con un pulcro traje gris. Había sido maestra y sabía un poco de alemán, cosa que hasta entonces no parecía haberle interesado mucho a nadie. Pero ahora París estaba de pronto atestado de refugiados que habían huido de Hitler, todos ellos deseosos de saber francés, y ella no paraba de dar clases. Tal vez, pensó Anna, fuera ésa la razón de la perpetua expresión de sorpresa que había siempre en su rostro un poco ajado.

Era muy buena profesora. Desde el primer momento les hablaba casi todo el tiempo en francés, recurriendo al lenguaje por señas y a la mímica cuando no entendían.

Le nez, decía, apuntando a su nariz bien empolvada, «*la main*», apuntando a su mano, y «*les doigts*», meneando los dedos. Luego les escribía las palabras y ellos practicaban deletreándolas y pronunciándolas hasta que las aprendían. De cuando en cuando se producían errores de interpretación, como una vez que dijo «*les cheveux*» apuntando a su cabello. Max creyó que

cheveux quería decir «moño», y estalló de risa vergonzosa cuando ella le pidió que señalara su propio *cheveux*.

Los días que no iba a darles clase hacían deberes. Al principio sólo tenían que aprender palabras nuevas, pero al cabo de muy poco tiempo *mademoiselle* Martel exigió que escribieran historias breves en francés.

¿Cómo iban a hacerlo?, preguntó Anna. No sabían lo suficiente.

Mademoiselle Martel golpeó el diccionario con un dedo. «*Le dictionnaire*», dijo firmemente.

Aquello resultó ser una lucha terrible. Tenían que buscar prácticamente todas las palabras, y Anna tardó casi una mañana entera en escribir media hoja. Luego, cuando se lo enseñó a *mademoiselle* Martel en la clase siguiente, casi todo estaba mal.

—No te preocupes, saldrá —dijo *mademoiselle* Martel, haciendo una de sus infrecuentes incursiones en el alemán. Y «no te preocupes, saldrá» fue lo que Max le dijo burlescamente a Anna al día siguiente, cuando pasada más de una hora aún estaba luchando por poner por escrito cierto aburrido incidente entre un perro y un gato.

—¿Y tú qué? Tú tampoco has hecho lo tuyo todavía —dijo Anna enfadada.

—Sí que lo he hecho —dijo Max—. Una hoja y un poco más.

—No me lo creo.

—¡Compruébalo!

Era verdad. Había escrito más de una hoja, y todo parecía francés.

—¿Qué dice? —preguntó Anna desconfiadamente.

Max se puso a traducir con gesto grandilocuente.

—Una vez un niño celebraba su cumpleaños. Fue mucha gente. Hubo una gran fiesta. Comieron pescado, carne, mantequilla, pan, huevos, azúcar, fresas, langosta, helado, tomates, harina...

—¿Cómo iban a comer harina! —protestó Anna.

—¿Tú qué sabes lo que comían? —dijo Max—. Además, no estoy seguro de que esa palabra quiera decir harina. Lo miré todo según lo iba haciendo, pero se me ha olvidado.

—¿Todo esto es una lista de lo que comieron? —preguntó Anna, apuntando a la hoja sembrada de comas.

—Sí —contestó Max.

—¿Y esto último qué es? —Había sólo una frase al final que no tenía comas.

—Eso es lo mejor —dijo Max muy ufano—. Me parece que quiere decir: «y luego todos reventaron».

Mademoiselle Martel leyó la redacción de Max sin pestañear, y dijo que se veía que había ampliado su vocabulario. Pero no pareció igual de satisfecha cuando, como deberes para el día siguiente, Max hizo una redacción casi idéntica a la primera. Ésta empezaba: «Una vez hubo una boda», y la comida que comían los invitados era diferente, pero la historia acababa con todo el mundo reventando como antes. *Mademoiselle* Martel frunció el entrecejo y tamborileó con los dedos sobre el diccionario. Luego le dijo a Max muy firmemente que la próxima vez tenía que escribir algo distinto.

A la mañana siguiente los niños estaban sentados a la mesa del comedor, con los libros

repartidos, como siempre, por encima del hule rojo. Anna estaba batallando con la historia de un hombre que tenía un caballo y un gato. El hombre quería al gato y el gato quería al caballo y el caballo quería al hombre, pero no quería al gato... Era un tostón estar haciendo aquello, cuando en alemán se podrían haber escrito tantas cosas interesantes.

Max no estaba escribiendo nada; no hacía más que mirar al vacío. Cuando entró Grete y les dijo que quitaran las cosas porque tenía que poner la mesa, su hoja de papel estaba todavía en blanco.

—¡Pero si no son más que las doce! —protestó Anna.

—Luego no tendré tiempo de hacerlo —dijo Grete, malhumorada como de costumbre.

—Bueno, pero es que no podemos trabajar en ningún otro sitio..., no hay más mesa que ésta —dijo Max, y consiguieron convencerla, no sin dificultad, de que les dejara estar un rato más.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Anna—. Esta tarde pensábamos salir.

Max pareció llegar a una decisión.

—Pásame el diccionario —dijo.

Mientras pasaba las hojas ágilmente (los dos iban ya teniendo mucha práctica en eso), Anna le oyó murmurar «funeral» para sí.

Cuando *mademoiselle* Martel fue a darles la clase siguiente, leyó la redacción de Max en silencio. Max había hecho todo lo posible por introducir alguna variedad en su tema básico. Los asistentes al funeral de su historia, sin duda arrastrados por el dolor, comían papel, pimienta, pingüinos, pistachos y peras además de otros alimentos menos exóticos, y, tras su remate habitual de cómo todos habían reventado al final, Max había añadido las palabras: «Así que hubo muchos más funerales».

Mademoiselle Martel guardó silencio durante unos instantes. Luego dirigió a Max una mirada dura y prolongada y dijo: «Jovencito, esto tiene que cambiar».

Cuando al final de la clase entró mamá, como hacía a menudo, para preguntar cómo iban los niños, *mademoiselle* Martel pronunció un pequeño discurso. Dijo que ya llevaba tres semanas dándoles clase, y que habían hecho grandes progresos; pero había llegado el momento en que aprenderían más estando con otros niños y oyendo hablar sólo en francés a su alrededor.

Mamá asintió. Se veía que había estado pensando lo mismo.

—Ya estamos casi en Navidad —dijo—. Podría usted darles un par de clases más de aquí a las vacaciones, y después que empiecen a ir al colegio.

Hasta Max trabajó con ahínco durante el tiempo que quedaba. La perspectiva de ir a un colegio en donde no se hablara otra cosa que francés era un tanto pavorosa.

En seguida se les echó encima la Navidad. Grete se fue unos cuantos días antes, a pasar las vacaciones en su casa de Austria, y, como mamá tenía mucho que hacer en la cocina, la casa se puso un poco polvorienta. Pero se estaba tan bien sin la presencia gruñona de Grete que a nadie le importó.

Anna esperaba con ilusión la Navidad, y al mismo tiempo le daba miedo. La esperaba con ilusión porque la Navidad siempre hacía ilusión, pero también tenía un miedo horrible de que la hiciera acordarse de Berlín y de cómo solía ser antes, cómo había sido el año anterior.

—¿Tú crees que tendremos árbol? —le preguntó a Max. En Berlín siempre habían tenido un

árbol grande en el recibidor, y uno de los encantos de la Navidad estaba precisamente en reconocer las bolas de cristal de muchos colores, los pájaros con colas de pluma y las trompetas que se podían tocar de verdad, cuando cada año reaparecían para decorarlo.

—No me parece a mí que los franceses sean muy aficionados a los árboles de Navidad —dijo Max.

Pero mamá consiguió uno de todos modos. Cuando el día de Nochebuena papá llamó a los niños a la hora de la merienda para dar comienzo a las celebraciones y ellos entraron corriendo en el comedor, fue lo primero que Anna vio. Era sólo un arbolito, como de medio metro de alto, y en lugar de adornos de cristal mamá le había colgado espumillón y lo había cubierto de velitas. Pero estaba tan bonito, todo reluciente de verde y plata sobre el hule rojo de la mesa, que Anna supo desde ese momento que la Navidad estaría muy bien.

Los regalos eran modestos en comparación con los de años anteriores, pero, quizá porque a todos les hacían mucha falta, les gustaron lo mismo. Para Anna hubo una caja de pinturas nueva, y para Max una pluma estilográfica. Omamá había mandado dinero, y mamá le había comprado a Anna zapatos nuevos con su parte. Anna se los había tenido que probar en la tienda, de modo que no era sorpresa, pero mamá los había escondido inmediatamente para que llegaran a Navidad sin estrenar. Eran de piel gruesa marrón con hebillas doradas, y Anna se encontraba muy elegante con ellos.

Recibió también un sacapuntas con estuchito y unos calcetines rojos tejidos a mano de parte de *frau Zwirn*, y cuando ya creía haber visto todos sus regalos encontró uno más, un paquetito muy pequeño enviado por el tío Julius.

Anna lo abrió cuidadosamente y soltó una exclamación de deleite.

—¡Qué bonito! —exclamó—. ¿Qué es?

Rodeada de papel de seda había una cadenita de plata, de la que pendían figuritas de animales. Había un león, un caballo, un gato, un pájaro, un elefante y, naturalmente, un mono.

—Es una pulsera de colgantes —dijo mamá, poniéndosela alrededor de la muñeca—. ¡Qué detalle de Julius!

—Viene también una carta —dijo Max, alargándosela. Anna la leyó en voz alta.

«Querida Anna, —decía—, espero que este regalito sirva para recordarte nuestras muchas visitas al zoo de Berlín. No es igual de divertido ir sin vosotros. Te ruego que des recuerdos míos a tu querida tía Alicia, que espero esté bien. Dile que me acuerdo mucho de ella, y de su buen consejo, que quizá debería haber seguido. Con mi cariño para todos vosotros, tío Julius».

—¿Qué quiere decir? —preguntó Anna—. Nosotros no tenemos ninguna tía Alicia. —Papá cogió la carta.

—Creo que se refiere a mí —dijo—. Me llama tía Alicia porque es frecuente que los nazis abran las cartas, y él podría verse en apuros si supieran que me escribe.

—¿Qué consejo le diste? —preguntó Max.

—Que saliera de Alemania —dijo papá, y añadió para sí: «Pobre Julius».

—¡Le escribiré dándole las gracias —exclamó Anna—, y le pintaré un cuadro con la caja de pinturas nueva!

—Sí —dijo papá—, y dile que muchos recuerdos de parte de tía Alicia.

De pronto mamá lanzó un grito que ya les era a todos muy familiar.

—¡Mi pollo! —exclamó, y corrió a la cocina. Pero no se había quemado, y pronto tuvieron ante sí una verdadera cena de Nochebuena, toda guisada por mamá. Además del pollo había patatas asadas y zanahorias, y pastel de manzana con nata para después. Mamá se estaba haciendo muy buena cocinera. Incluso había hecho galletas de jengibre, porque sin ellas la Navidad no sería Navidad para un alemán. Les pasaba algo raro, se habían esponjado en vez de quedar duras y crujientes, pero estaban muy ricas de todas maneras.

Al final de la comida papá sirvió vino a todos y brindaron.

—¡Por nuestra nueva vida en Francia! —dijo, y todos repitieron: «Por nuestra nueva vida en Francia».

Mamá no llegó a probar el vino porque decía que no le sabía más que a tinta, pero a Anna le gustó y se bebió todo un vaso. Sentía la cabeza cargada cuando por fin se fue a la cama, y tuvo que cerrar los ojos para que la lámpara amarilla y el armario dejaran de dar vueltas y vueltas.

Había sido una bonita Nochebuena, pensó. Y pronto iría al colegio y sabría de verdad cómo era vivir en Francia.

Capítulo 14

Anna no empezó a ir al colegio tan pronto como había esperado. Mamá había arreglado que Max entrara en un *lycée* para chicos a primeros de enero (en Francia se llamaba *lycée* al instituto de enseñanza media), pero había muy pocos *lycées* para niñas en París y todos estaban llenos, con largas listas de espera.

—No podemos pagar un colegio privado —dijo mamá—, y no creo que fuera buena idea mandarte a una *école communale*.

—¿Por qué no? —preguntó Anna.

—Porque son para niños que tienen que dejar de ir al colegio muy pronto, y no creo que la enseñanza sea tan buena como en los otros sitios —explicó mamá—. Por ejemplo, no te enseñarían latín.

—Yo no necesito aprender latín —dijo Anna—. Ya tendré bastante con aprender francés. ¡Lo que quiero es ir al colegio!

Pero mamá dijo: «No hay prisa. Dame un poco de tiempo para buscar».

Así que Max fue al colegio y Anna se quedó en casa. El colegio de Max estaba casi al otro extremo de París; tenía que coger el Metro por la mañana muy temprano y no volvía a casa hasta después de las cinco. Mamá lo había elegido, a pesar de lo lejos que estaba, porque allí los chicos jugaban al fútbol dos veces por semana. En casi ningún colegio francés había tiempo para jugar, sólo para estudiar.

El primer día, la casa parecía triste y vacía sin Max. Por la mañana Anna fue a la compra con mamá. Hacía un tiempo luminoso y frío, y Anna había crecido tanto en el último año que entre el borde de sus medias de punto y el bajo del abrigo de invierno quedaba un buen espacio. Mamá miró sus piernas con piel de gallina y suspiró.

—No sé qué vamos a hacer con tu ropa —dijo.



—Voy bien —dijo Anna—. Llevo el jersey que me hiciste.

Debido a la curiosa manera de tejer de mamá, el jersey había salido tan grande, grueso y apretado que no había frío que pudiese atravesarlo, y resultaba ser una prenda muy útil. El hecho de que por debajo sólo asomaran unos centímetros de falda no importaba demasiado.

—Bueno, si estás segura de que no vas a pasar frío iremos al mercado —dijo mamá—. Allí está todo más barato.

El mercado resultó estar bastante lejos, y Anna llevó la bolsa de red de mamá mientras andaban por diversas callejuelas tortuosas, hasta que por fin salieron a una calle ancha muy concurrida, con tiendas y puestos a los lados. En los puestos se vendía de todo, desde verdura hasta lencería, y mamá se empeñó en inspeccionarlos todos antes de comprar nada, para así estar segura de sacar el mayor partido posible a su dinero.

Lo mismo los dueños de las tiendas que los de los puestos voceaban sus mercancías y las enseñaban en alto para que se vieran, y a veces a Anna y mamá les costaba trabajo avanzar, porque les ponían delante cebollas y zanahorias muy frotadas y relucientes para que las admirasen. Había tiendas especializadas en sólo unos cuantos productos. En una no vendían más que queso, y debía haber por lo menos treinta clases diferentes de quesos, todos envueltos cuidadosamente en muselina y expuestos sobre una mesa de caballete.

De repente, cuando mamá se disponía a comprar una lombarda, Anna oyó que una extraña voz francesa se dirigía a ellas. Era una señora con abrigo verde que llevaba una bolsa llena hasta arriba de sus compras y estaba sonriendo a Anna con una expresión muy amigable en sus ojos castaños. Mamá, todavía pensando en la lombarda, tardó un poco en reconocerla. Luego exclamó: «*Madame Fernand!*» con agrado, y las tres se dieron la mano.

Madame Fernand no hablaba alemán, pero mamá y ella hablaron entre sí en francés. Anna se dio cuenta de que, aunque la voz de mamá no resultaba todavía muy francesa, hablaba con mayor fluidez que cuando llegaron a París. Luego *madame Fernand* preguntó a Anna si ella hablaba francés, pronunciando las palabras muy despacio y claramente para que Anna la entendiera.

—Un poco —respondió Anna, y *madame Fernand* aplaudió y exclamó: «¡Muy bien!», y le dijo que tenía un acento francés perfecto.

Mamá tenía todavía en la mano la lombarda que había estado a punto de comprar, y *madame Fernand* se la quitó amablemente y la volvió a poner en el puesto. Luego, volviendo una esquina, condujo a mamá a otro puesto que antes se les debía haber pasado, y que tenía lombardas mucho mejores por menos dinero. Animada por *madame Fernand*, mamá compró no sólo una lombarda sino muchas otras verduras y fruta, y antes de despedirse de ellas *madame Fernand* le regaló a Anna un plátano, «para que le diera fuerzas para la vuelta a casa», según tradujo mamá.

Tanto a mamá como a Anna les alegró mucho el encuentro. Mamá había conocido a *madame Fernand* y a su marido periodista la primera vez que fue a París con papá, y los dos le habían caído muy bien. Ahora *madame Fernand* le había pedido que la llamase por teléfono si necesitaba ayuda o consejo sobre cualquier cosa. Su marido iba a estar fuera unas semanas, pero tan pronto como regresara quería que mamá y papá fueran a cenar con ellos. A mamá pareció agraderle mucho el proyecto. «Son muy buena gente, —dijo—, y sería estupendo tener algunos amigos en París».

Acabaron de hacer la compra y la llevaron a casa. Anna dijo «*Bonjour Madame*» a la portera, con la esperanza de que advirtiese su perfecto acento francés, y en el ascensor fue parlotando alegremente con mamá. Pero al entrar en casa se acordó de que Max estaba en el colegio, y de pronto el día volvió a parecer triste. Ayudó a mamá a desempaquetar las cosas, pero después de eso no se le ocurrió nada más que hacer.

Grete estaba lavando en el cuarto de baño, y por un instante Anna consideró la posibilidad de ir a charlar con ella. Pero Grete había vuelto de sus vacaciones en Austria más gruñona que nunca. Todo lo de Francia le parecía detestable. El idioma era imposible, la gente era sucia, la comida era demasiado fuerte: con nada estaba a gusto. Además, durante su estancia en su casa, su madre había obtenido de ella varias promesas más. Aparte de dormir siempre lo debido, Grete había prometido a su madre tener cuidado con su espalda, lo cual quería decir fregar los suelos muy despacio y sin llegar a los rincones, y no forzar demasiado sus muñecas. También le había prometido comer bien siempre, descansar cuando estuviera cansada y no coger frío nunca.

A Grete le preocupaba mucho mantener todas aquellas promesas, que constantemente se veían amenazadas por las peticiones de mamá y del resto de la familia, y que salían a relucir en su conversación casi tan a menudo como sus quejas contra todo lo francés.

Anna no se sintió con fuerzas para aguantarla en aquel momento, y volviendo a la cocina preguntó a mamá: «¿Qué hago?».

—Podías leer un poco en francés —dijo mamá.

Mademoiselle Martel le había dejado un libro de historias para que lo leyera, y Anna se sentó en el comedor y estuvo batallando con él un buen rato. Pero el libro estaba escrito para niños mucho más pequeños, y era deprimente tener que estar afanándose tanto, sin soltar el diccionario, para al final descubrir que Pierre le había tirado un palo a su hermanita y que su madre le había llamado malo.

Fue un alivio cuando llegó la hora de comer. Anna ayudó a poner la mesa y a quitarla después.

Luego estuvo pintando, pero aun así el tiempo pasó terriblemente despacio, hasta que por fin, ya bien pasadas las cinco, sonó el timbre anunciando el regreso de Max. Anna salió corriendo a abrirle, pero se encontró con que mamá ya estaba en la puerta.

—Bueno, ¿cómo te ha ido? —exclamó mamá.

—Muy bien —dijo Max, pero venía pálido y con cara de cansancio.

—¿Es divertido? —preguntó Anna.

—¿Y yo qué sé? —dijo malhumorado—. No entiendo ni una palabra de lo que dicen.

Estuvo silencioso y taciturno durante el resto de la tarde. Sólo después de cenar le dijo de repente a mamá: «Tengo que tener una cartera francesa como Dios manda». Y le pegó una patada a la bolsa alemana que solía llevar sujeta a la espalda. «Si voy con esto *parezco* incluso diferente de todos los demás».

Anna sabía que las carteras eran caras, y dijo sin pensar: «¡Pero si tienes el cabás nuevo del año pasado!».

—¿Y a ti qué te importa? —gritó Max—. ¡Tú no sabes nada de estas cosas, aquí sentada todo el día!

—¡Yo no tengo la culpa de no ir al colegio! —gritó a su vez Anna—. Si no voy es porque mamá no encuentra uno para mí.

—¡Pues hasta que vayas, cállate! —exclamó Max, y después de eso no se volvieron a hablar, a pesar de que mamá, con gran sorpresa de Anna, le prometió a Max comprarle la cartera.

Qué pena, pensó Anna. Durante todo el día había estado esperando que Max volviese a casa, y ahora se habían peleado. Decidió que al día siguiente sería distinto, pero al final pasó lo mismo. Max volvió a casa tan cansado e irritable que al poco rato tuvieron otra pelea.

Para acabar de arreglar las cosas, el tiempo se puso lluvioso y Anna se resfrió y no podía salir. Empezó a sentirse encerrada en el piso día tras día, y cuando llegaba la tarde ella y Max estaban de tan mal humor que apenas eran capaces de hablar con tranquilidad. A Max le parecía injusto que él tuviera que apear con tantas dificultades en el colegio mientras Anna se quedaba en casa, y Anna veía que Max estaba haciendo enormes avances en aquel mundo nuevo en el que tendrían que vivir y tenía miedo de no poder alcanzarle.

—¡Si yo pudiera ir al colegio..., a cualquiera! —le dijo Anna a mamá.

—No puedes ir a cualquiera —respondió mamá enfadada. Había mirado en varios colegios, pero ninguno de ellos servía. Hasta le había preguntado a *madame* Fernand. Fueron unos días muy deprimentes.

También papá estaba cansado. Había estado trabajando mucho y se le había contagiado el resfriado de Anna, y ahora volvía a tener pesadillas. Mamá dijo que ya las había tenido antes, pero en el Gasthof Zwirn los niños no se habían enterado. Siempre soñaba lo mismo: que intentaba salir de Alemania y los nazis le detenían en la frontera, y entonces se despertaba gritando.

Max tenía el sueño tan pesado que las pesadillas de papá no le despertaban, aunque papá dormía en el cuarto de al lado, pero Anna siempre le oía y le daba muchísima pena. Si papá se hubiese despertado de repente con un solo grito no habría sido tan desagradable; pero las pesadillas siempre le empezaban despacio, e iba exhalando gemidos y haciendo ruidos atemorizadores, como gruñidos, hasta que por fin explotaba en un chillido.

La primera vez, Anna pensó que papá estaba enfermo. Entró corriendo en su habitación y se quedó al lado de su cama sin poder hacer nada, llamando a mamá. Pero aun después de que mamá le explicara lo de las pesadillas y que papá le dijera que no se inquietase, ella se siguió angustiando igual.

Era horrible tener que estar en la cama oyendo a papá y sabiendo que le estaban ocurriendo cosas espantosas en sueños.

Una noche, después de irse a la cama, Anna deseó muy fuerte que papá dejara de tener pesadillas.

—Por favor, por favor —susurró, porque aunque no creía en Dios exactamente, siempre esperaba que hubiera alguien capaz de arreglar aquel tipo de cosas—. ¡Por favor, que tenga yo las pesadillas en lugar de papá!

Luego se quedó muy quieta, esperando dormirse, pero no pasó nada.

Max se arrebujió la cara en la almohada, suspiró dos veces e inmediatamente se durmió. Pero, cuando ya parecía que habían pasado horas, Anna seguía allí, mirando al techo oscuro y completamente despierta. Empezó a ponerse de muy mal humor. ¿Cómo iba a tener pesadillas si ni siquiera se dormía? Había intentado hacer cuentas mentalmente y pensar en toda clase de cosas aburridas, pero no había servido de nada. ¿Serviría de algo levantarse a beber agua? Pero se estaba tan bien en la cama que renunció a hacerlo.

Sin embargo, al final sí que se debía haber levantado, porque de repente se encontró en el recibidor. Ya no tenía sed, así que se le ocurrió bajar en el ascensor para ver qué aspecto tenía la calle en mitad de la noche. Para su sorpresa, se encontró a la portera dormida en una hamaca cruzada delante de la puerta de la calle, y tuvo que empujarla a un lado para salir.

Entonces la puerta se cerró tras ella —ojalá no se hubiera despertado la portera—, y estaba en la calle.

Había un gran silencio, y un curioso resplandor marrón sobre todas las cosas, que no había visto antes. Dos hombres pasaron a toda prisa, transportando un árbol de Navidad.

—Mejor vamos adentro —dijo uno de ellos—. ¡Ya viene!

—¿Qué es lo que viene? —preguntó Anna, pero los hombres doblaron la esquina y desaparecieron, y al mismo tiempo ella oyó como un golpeteo procedente de la dirección opuesta. El resplandor marrón se hizo más fuerte, y entonces una criatura enorme y larga asomó por el extremo de la calle. A pesar de ser tan enorme tenía un aire conocido, y de pronto Anna se dio cuenta de que era *Pumpel*, que había crecido hasta alcanzar proporciones gigantescas. El golpeteo lo producían sus patas, y miró a Anna con sus ojillos despectivos y se lamió los labios.

—¡No, no! —gritó Anna.

Trató de echar a correr, pero el aire se había vuelto como de plomo y no pudo moverse. *Pumpel* empezó a avanzar hacia ella.

Hubo un torbellino de ruedas y un policía pasó como una flecha montado en bicicleta, con la capa ondeando tras él.

—¡Cuéntale las patas! —gritó al pasar junto a Anna—. ¡Es tu única salvación!

¿Cómo iba a contar las patas de *Pumpel*? Era como un ciempiés: tenía patas por todas partes, que se movían en grandes oleadas a cada lado de su largo cuerpo.

—Una, dos, tres... —empezó Anna apresuradamente, pero era inútil: *Pumpel* seguía avanzando hacia ella, y ya veía sus horribles dientes afilados. Tendría que calcular a ojo.

—¡Noventa y siete! —gritó, pero *Pumpel* siguió acercándose, y en ese momento recordó que, como estaban en París, se suponía que tendría que contar en francés. ¿Cómo se decía noventa y siete en francés? El pánico la había dejado la mente en blanco.

—*Quatre-vingt...* —balbució, ya con *Pumpel* casi encima...— *Quatre-vingt dix-sept!* —gritó triunfante, y se encontró sentada tesa en la cama.

Todo estaba en silencio, y al otro lado de la habitación oyó a Max respirando pacíficamente. Le latía con fuerza el corazón, y sentía el pecho tan oprimido que casi no se podía mover. Pero todo estaba bien. Estaba a salvo. Sólo había sido un sueño.

Al otro lado del patio alguien tenía todavía una luz encendida, que formaba un pálido rectángulo dorado sobre las cortinas. Sobre una silla Anna veía la vaga silueta de su ropa

preparada para el día siguiente. Del cuarto de papá no llegaba ningún sonido. Se tumbó, reconfortada por la familiaridad de todo, hasta que se tranquilizó y le entró sueño. Y entonces, con una repentina sensación de triunfo, se acordó. ¡Había tenido una pesadilla! ¡Había tenido una pesadilla, y papá no! ¡A lo mejor su petición había tenido efecto! Se acurrucó feliz, y lo siguiente de que tuvo conciencia fue que era por la mañana y Max se estaba vistiendo.

—¿Tuviste malos sueños anoche? —preguntó a papá durante el desayuno.

—En absoluto —dijo papá—. Ya se me han debido pasar.

Anna no le dijo nunca nada a nadie, pero siempre pensó que había sido ella la que había curado a papá de sus pesadillas. Y, cosa curiosa, a partir de aquel día ni ella ni papá volvieron a tenerlas.

Unos cuantos días después, Anna y Max tuvieron una pelea peor de lo normal. Cuando Max había vuelto a casa por la tarde, se había encontrado con las cosas de dibujar de Anna repartidas por toda la mesa del comedor, y no tenía sitio para hacer los deberes.

—¡Quita de aquí todas estas porquerías! —gritó.

Y Anna gritó también:

—¡No son porquerías! ¡Sólo porque tú vas al colegio, ya te crees que eres el único importante de la casa!

Mamá estaba hablando por teléfono y les hizo señas por la puerta de que no gritasen.

—Pues sí que importo mucho más que tú —susurró Max furioso—. ¡Tú te pasas todo el día sentada sin hacer nada!

—¡No es verdad! —susurró Anna—. Dibujo y pongo la mesa...

—¡Dibujo y pongo la mesa! —Max le hizo burla de una manera particularmente odiosa—. ¡Lo único que eres es un parásito!

Aquello fue demasiado para Anna. No estaba segura de lo que era un parásito, pero tenía la vaga impresión de que era algo asqueroso que salía sobre los árboles. En el momento en que mamá colgaba, Anna se echó a llorar.

Mamá aclaró el asunto rápidamente, como de costumbre. Max no debía meterse con Anna — y de todos modos llamarla parásito era una majadería—, y Anna debía recoger sus cosas y hacer sitio para que Max hiciera los deberes. Luego añadió:

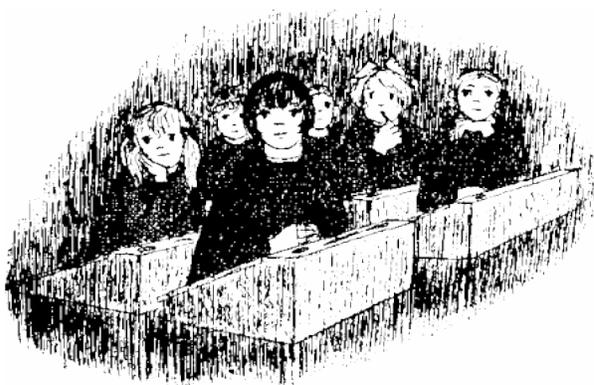
—En cualquier caso, si Max te ha llamado parásito sólo porque él va al colegio y tú no, eso se va a acabar en seguida.

Anna, que estaba guardando sus lápices de colores en el estuche, se quedó parada.

—¿Por qué? —preguntó.

—Estaba hablando con *madame* Fernand —dijo mamá—. Dice que la han informado de una pequeña *école communale* muy buena que no está demasiado lejos de aquí. Así que, con un poco de suerte, podrás empezar a ir la semana que viene.

Capítulo 15



Al lunes siguiente, Anna se puso en marcha con mamá camino de la *école communale*. Anna llevaba su cartera, y una caja de cartón con emparedados para el almuerzo. Debajo del abrigo de invierno llevaba puesto un babi negro de tablas que mamá le había comprado por indicación de la directora del colegio. Iba muy orgullosa de aquel babi, y pensando que era una suerte que el abrigo fuera demasiado corto para taparlo del todo, porque así lo podía lucir.

Fueron en el Metro, pero aunque la distancia era corta tuvieron que cambiar de tren dos veces.

«La próxima vez intentaremos venir andando, —dijo mamá—. Además, así gastaremos menos». El colegio estaba al lado de los Campos Elíseos, una ancha avenida muy bonita con tiendas y cafés llamativos, y fue una sorpresa encontrar la verja anticuada donde ponía *École de Filles* a la vuelta de toda aquella elegancia. El edificio era oscuro, y se veía que llevaba allí mucho tiempo. Cruzaron el patio vacío, y oyeron cantar en una de las aulas. Ya habían empezado las clases. Al subir junto a mamá las escaleras de piedra para presentarse a la directora, Anna se preguntó cómo resultaría todo aquello.

La directora era alta y enérgica. Estrechó la mano de Anna, y le explicó algo a mamá en francés, que mamá tradujo. Lamentaba que no hubiera nadie en el colegio que hablara alemán, pero esperaba que Anna aprendiese francés en seguida. Luego mamá dijo: «Vendré por ti a las cuatro», y Anna oyó su taconeo escaleras abajo mientras ella se quedaba en el despacho de la directora.

La directora le dirigió una sonrisa, y Anna se la devolvió. Pero era difícil estar sonriendo a alguien sin hablar, y tras unos instantes empezó a notarse la cara acartonada. También la directora debió sentir lo mismo, porque de pronto dejó de sonreír. Tamborileaba con los dedos sobre su mesa y parecía estar a la escucha de algo, pero no pasaba nada, y justamente cuando

Anna empezaba a preguntarse si irían a pasarse así todo el día llamaron a la puerta.

La directora dijo «*entrez!*», y apareció una niña morena de aproximadamente la edad de Anna.

La directora exclamó algo, que Anna pensó que probablemente querría decir «¡por fin!», y a continuación soltó una parrafada larga e iracunda. Luego se volvió a Anna y le dijo que la otra niña se llamaba Colette, y después algo que podía significar, o quizá no, que Colette iba a encargarse de ella.

Luego dijo algo más y Colette se dirigió a la puerta. Anna, sin saber si debía seguirla o no, se quedó donde estaba.

—*Allez! Allez!* —exclamó la directora, haciéndole gestos con las manos como si estuviera espantando a una mosca, y Colette cogió a Anna de la mano y la sacó de la habitación.

Tan pronto como la puerta se cerró tras ellas, Colette se volvió a hacerle una mueca y dijo:

«*Ouf!*». A Anna le alegró ver que también a ella le resultaba un poco pesada la directora. Esperaba que no todas las profesoras fueran como ella. Luego siguió a Colette por un pasillo y a través de varias puertas. Al pasar junto a una de las aulas oyó murmullo de voces hablando en francés. Otras estaban en silencio: sería que los niños estaban escribiendo o haciendo cuentas. Llegaron a un ropero y Colette le enseñó dónde podía colgar el abrigo, dio muestras de admiración ante su cartera alemana y señaló que el babi negro de Anna era exactamente igual que el suyo, todo en francés muy rápido completado con señas. Anna no entendió ninguna de las palabras, pero se imaginó lo que Colette quería decir.

Luego Colette la hizo pasar por otra puerta y Anna se encontró en un aula grande llena de pupitres. Había por lo menos cuarenta niñas, pensó. Todas llevaban babis negros, y esto, combinado con la leve penumbra del aula, daba a toda la escena un aspecto como de duelo.

Las niñas habían estado recitando algo al unísono, pero al entrar Anna con Colette todas se callaron y se la quedaron mirando. Anna también las miró, pero estaba empezando a sentirse muy pequeña, y de pronto la asaltó una violenta duda de que aquel colegio le fuera a gustar. Con la cartera y la caja de los emparedados bien agarradas, intentó poner cara de indiferencia.

Entonces sintió una mano sobre su hombro. Un ligero olor a perfume con sólo una pizca de ajo la envolvió, y delante de sí vio un rostro arrugado y muy amigable, rodeado de cabellos negros rizados.

—*Bonjour*, Anna —dijo el rostro muy despacio y claramente, para que Anna lo entendiera—. Yo soy tu profesora. Me llamo *madame* Socrate.

—*Bonjour, madame* —dijo Anna en voz baja.

—¡Muy bien! —exclamó *madame* Socrate. Señaló con una mano hacia las filas de pupitres, y añadió, con la misma lentitud y claridad que antes—: Estas niñas están en tu misma clase —y algo de «amigas».

Anna apartó los ojos de *madame* Socrate y se arriesgó a lanzar una rápida mirada de reojo. Las niñas ya no la miraban fijamente, sino que la sonreían, y se sintió mucho mejor. Entonces Colette la llevó a un pupitre al lado del suyo, *madame* Socrate dijo algo y las niñas —todas menos Anna— se pusieron otra vez a recitar al unísono.

Sentada en su sitio, Anna escuchó el sonido que zumbaba a su alrededor. Se preguntó qué

estarían recitando. Era extraño tener una clase en el colegio sin saber siquiera de qué trataba. Al escuchar detectó algunos números en medio del zumbido. ¿Sería una tabla de multiplicar? No, porque había muy pocos números. Echó una ojeada al libro que Colette tenía sobre el pupitre. En la cubierta había un dibujo de un rey con una corona. Entonces cayó en la cuenta, justo en el momento en que *madame* Socrate daba una palmada para poner fin al recitado. ¡Era historia! ¡Los números eran fechas, y había sido una lección de historia! Sin saber por qué, ese descubrimiento la puso muy contenta.

Ahora las niñas estaban sacando cuadernos de sus pupitres, y a Anna se le dio uno sin estrenar.

La clase siguiente era de dictado. Anna reconoció la palabra porque una o dos veces *mademoiselle* Martel les había dictado algunas palabras sencillas a ella y a Max. Pero esto era muy distinto. Había frases largas, y Anna no tenía ni idea de lo que quería decir ninguna de ellas. No sabía dónde acababa una frase y empezaba otra, ni siquiera dónde acababa una palabra y empezaba otra. Parecía inútil embarcarse en ello, pero aún parecería peor si se estaba sin escribir nada. De modo que hizo lo que pudo por traducir los sonidos incomprensibles en letras ordenadas en grupos que parecieran verosímiles. Cuando llevaba cubierta casi una hoja por este extraño procedimiento, el dictado acabó, se recogieron los cuadernos, sonó un timbre y fue la hora del recreo.

Anna se puso el abrigo y siguió a Colette al patio, un espacio rectangular pavimentado y rodeado de verjas que ya se estaba llenando de niñas. Hacía un día frío, y las niñas corrían y brincaban para entrar en calor. En cuanto que Anna apareció con Colette, muchas se apiñaron alrededor de ellas y Colette las fue presentando: Claudine, Marcelle, Micheline, Françoise, Madeleine... Era imposible aprenderse todos los nombres, pero todas sonreían y le tendían la mano a Anna, y ella se sintió muy agradecida por su cordialidad.

Luego jugaron a un juego de cantar. Con los brazos entrelazados, cantaban y se inclinaban hacia adelante, hacia atrás y de lado al compás de la canción. Al principio parecía un juego muy suave, pero luego se iba haciendo cada vez más deprisa, hasta que por fin se armaron tal lío que se cayeron todas en montón, riendo y sin aliento. La primera vez Anna se quedó fuera mirando, pero a la segunda Colette la cogió de la mano y la llevó al extremo de la fila. Anna pasó su brazo por el de Françoise —o tal vez fuera Micheline— y se esforzó en seguir los pasos. Cuando se equivocaba, todo el mundo se reía, pero con simpatía. Cuando lo hacía bien, les encantaba. Cada vez estaba más acalorada y excitada, y de resultas de sus equivocaciones el juego acabó en un barullo todavía mayor que el de antes. A Colette le dio tanta risa que tuvo que sentarse, y Anna también se reía. De repente pensó en la cantidad de tiempo que hacía que no jugaba con otros niños. Era estupendo estar otra vez en un colegio. Cuando acabó el recreo hasta había llegado a cantar la letra de la canción, aunque no tenía ni idea de lo que quería decir.

Cuando volvieron al aula, *madame* Socrate había cubierto de cuentas toda la pizarra, y Anna se animó: por lo menos para eso no tenía que saber francés. Estuvo haciendo cuentas hasta que sonó el timbre, indicando el final de las clases de la mañana.

El almuerzo se tomaba en una cocinita caliente, bajo la supervisión de una señora muy grandota llamada Clothilde. Casi todas las niñas vivían lo bastante cerca como para ir a comer a

sus casas, y aparte de un niño de unos tres años que parecía ser hijo de Clothilde sólo se quedaba otra niña, mucho más pequeña que Anna.

Anna se comió sus emparedados, pero la otra niña llevaba carne, verduras y un postre de leche, todo lo cual lo calentó Clothilde alegremente en la cocina. Parecía una comida mucho más apetecible que la suya, y lo mismo pensó Clothilde, que hizo una mueca al ver los emparedados como si fueran veneno, diciendo: «¡No bueno! ¡No bueno!», y dio a entender a Anna, con muchos gestos hacia la cocina, que la próxima vez debía llevar una comida de verdad.

—*Oui* —dijo Anna, y hasta se atrevió a añadir un «*demain*», que quería decir «mañana», y Clothilde asintió con su cara redonda y sonrió satisfecha.

Cuando estaban llegando al final de aquel intercambio de ideas, que les había llevado cierto tiempo, se abrió la puerta y entró *madame* Socrate.

—Ah, estás hablando en francés —dijo con su voz pausada y clara—. Eso está bien.

El niño de Clothilde corrió hacia ella.

—¡Yo sé hablar en francés! —gritó.

—Sí, pero tú no sabes hablar en alemán —dijo *madame* Socrate, y le rascó la barriguita, con gran regocijo por parte de él.

Luego la profesora indicó a Anna que la siguiera. Volvieron al aula, y *madame* Socrate se sentó con ella en un pupitre. Extendió ante las dos las tareas de la mañana, y le señaló las cuentas.

—¡Muy bien! —dijo. Anna las tenía casi todas bien. Luego señaló el dictado. «Muy mal», dijo, pero al decirlo puso una cara tan divertida que a Anna no le importó. Anna miró el cuaderno. Su dictado había desaparecido bajo un mar de tinta roja. Casi todas las palabras estaban mal. *Madame* Socrate había tenido que reescribirlo todo. Al pie de la página había escrito en rojo: «142 faltas», y *madame* Socrate señaló el número con gesto de asombro y estupor, como si fuera un récord: y probablemente debía serlo. Luego sonrió, le dio a Anna unas palmaditas en la espalda y le mandó que copiara la versión corregida. Anna lo hizo con mucha atención, y, aunque seguía entendiendo muy poco de lo que había escrito, resultaba agradable tener algo en el cuaderno que no estuviera todo tachado.

Por la tarde había dibujo, y Anna dibujó un gato que fue muy admirado. Se lo regaló a Colette por ser tan amable con ella, y Colette le explicó con su acostumbrada mezcla de francés rápido y gestos, que lo colgaría en la pared de su cuarto.

Cuando mamá pasó a recogerla a las cuatro, Anna estaba muy animada.

—¿Cómo te ha ido en el colegio? —preguntó mamá, y Anna dijo: «Estupendamente».

Hasta llegar a casa no se dio cuenta de lo cansada que estaba, pero aquella tarde, por primera vez en varias semanas, ella y Max no se pelearon. Fue agotador tener que volver al colegio al día siguiente y al otro, pero al tercero era jueves: los jueves no hay colegio en Francia, y ella y Max tuvieron todo el día libre.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Max.

—Podemos ir con el dinero de la semana a Prisunic —dijo Anna. Prisunic era un almacén que mamá y ella habían descubierto en una de sus expediciones de compras. Allí todo era muy barato; en realidad, no había nada que costase más de diez francos. Había juguetes, cosas para la

casa, objetos de papelería y hasta algunas cosas de vestir. Anna y Max pasaron una hora feliz averiguando las distintas cosas que podían comprar con lo que llevaban, desde una pastilla de jabón hasta un calcetín, y por fin salieron con dos trompos. Por la tarde estuvieron jugando con ellos en una placita que había cerca de casa, hasta que anocheció.

—¿Te gusta tu colegio? —preguntó Max de sopetón cuando volvían.

—Sí —dijo Anna—. Todo el mundo es muy simpático, y no les molesta si no entiendo lo que dicen. ¿Por qué lo preguntas? ¿Es que a ti no te gusta el tuyo?

—Sí que me gusta —dijo Max—. También a mí me tratan bien, y hasta estoy empezando a entender el francés.

Siguieron caminando un poco en silencio, y luego Max estalló de pronto:

—¡Pero hay una cosa que me da muchísima rabia!

—¿Cuál? —preguntó Anna.

—Pues... ¿a ti no? —contestó Max—. Quiero decir... el ser tan diferente de todo el mundo.

—No —dijo Anna. Entonces miró a Max. Llevaba unos pantalones cortos que se le habían quedado pequeños, y les habían doblado el borde para arriba para dejarlos todavía más cortos. Por dentro del cuello de la chaqueta llevaba un pañuelo puesto para que se le viera bien, y además se había cambiado de peinado.

—Pareces exactamente un chico francés —dijo Anna.

La cara de Max se iluminó un momento. Luego dijo:

—Pero no sé hablar como si lo fuera.

—¡Cómo ibas a saber, en tan poco tiempo! —dijo Anna—. Supongo que antes o después los dos hablaremos francés correctamente.

Max siguió dando zancadas muy serio. Por fin dijo:

—¡Pues por lo que a mí respecta, te aseguro que va a ser más bien antes que después!

Lo dijo con tal energía, que hasta Anna, que le conocía bien, se sorprendió al ver la cara de decisión que había puesto.

Capítulo 16

Habían transcurrido unas semanas desde que Anna empezara a ir al colegio cuando, un jueves por la tarde, fue con mamá a ver a la tía abuela Sarah. La tía abuela Sarah era hermana de Omamá pero se había casado con un francés, ya fallecido, y llevaba treinta años viviendo en París. Mamá, que no la había visto desde que era pequeña, se puso su mejor ropa para la ocasión. Parecía muy joven y guapa con su abrigo bueno y su sombrero azul con velo, y, según iban andando por la avenida Foch hasta donde vivía la tía, varias personas se volvieron a mirarla.

Anna también se había puesto lo mejor que tenía. Llevaba el jersey que le había hecho mamá, los zapatos y los calcetines nuevos y la pulsera del tío Julius, pero la falda y el abrigo le quedaban horriblemente cortos. Mamá suspiró, como siempre, al verla con las cosas de salir.



—Le tendré que pedir a *madame* Fernand que haga algo con tu abrigo —dijo—. Si sigues creciendo, va a llegar un momento en que no te tape ni las bragas.

—¿Qué podría hacer *madame* Fernand? —preguntó Anna.

—No sé..., unirle un poco de tela alrededor del bajo, o algo así —dijo mamá—. ¡Ojalá supiera yo hacer esas cosas, como ella!

Mamá y papá habían ido a comer con los Fernand la semana anterior, y mamá había vuelto rebosante de admiración. Además de ser una excelente cocinera, *madame* Fernand se hacía toda su ropa y la de su hija. Había retapizado un sofá y le había hecho un bonito batín a su marido. Hasta le había hecho un pijama porque él no encontraba en las tiendas el color que quería.

—Y lo hace todo con tal facilidad —dijo mamá, para quien coser un botón era una operación de envergadura—, como si no fuera trabajo.

Madame Fernand se había ofrecido también para colaborar en el vestuario de Anna, pero a

mamá le había parecido que eso sería un abuso. Ahora, sin embargo, viendo a Anna salirse del abrigo en todas direcciones, cambió de opinión.

—Se lo diré —dijo—. Si me enseñara a hacerlo, tal vez me las pudiera arreglar yo sola.

Para entonces ya habían llegado a su destino. La tía abuela Sarah vivía en una casa grande apartada de la avenida. Para llegar al edificio tuvieron que cruzar un patio con árboles, y el portero que les indicó qué piso era iba vestido de uniforme con botones y trencillas dorados. El ascensor de casa de la tía era todo de cristales y las elevó rápidamente sin ninguno de los crujidos y estremecimientos a que Anna estaba acostumbrada. Una doncella con delantal blanco con volantes y cofia les abrió la puerta.

—Le diré a la señora que han venido ustedes —dijo la doncella, y mamá se sentó en una sillita de terciopelo mientras la doncella entraba en lo que debía ser el salón. Al abrir la puerta se oyó un zumbido de voces, y mamá puso cara de preocupación y dijo: «Espero que no hayamos venido en mal momento...». Pero casi al instante la puerta se volvió a abrir y la tía abuela Sarah salió corriendo a recibir las. Era una señora anciana y obesa, pero se movía con paso tan ligero que por un momento Anna se preguntó si podría pararse al llegar a ellas.

—¡Nu! —exclamó la tía, rodeando a mamá con sus sólidos brazos—. ¡Conque por fin habéis venido! Hacía tantísimo tiempo que no te veía... y con todo lo que está pasando en Alemania. Pero tú estás a salvo y bien y eso es lo único que importa.

Se dejó caer sobre otra silla tapizada de terciopelo, desbordándose por todos los lados, y se volvió a Anna:

—¿Sabes que la última vez que vi a tu mamá no era más que una niña? Y ahora es ella quien tiene una niña. ¿Cómo te llamas?

—Anna —dijo Anna.

—Hannah..., qué bonito. Es un nombre judío —dijo la tía.

—No, Anna —dijo Anna.

—Ah, Anna. También es un nombre bonito. Tienes que perdonarme —dijo la tía, inclinándose peligrosamente hacia ella desde su sillita—, es que soy un poco sorda —su mirada abarcó a Anna por primera vez, y puso cara de asombro—. ¡Pero hija! —exclamó—. ¡Qué piernas tan largas tienes! ¿No tienes frío?

—No —respondió Anna—. Pero mamá dice que si sigo creciendo llegará un momento en que el abrigo no me tape ni las bragas.

Apenas habían salido las palabras de su boca cuando deseó no haberlas dicho. No era el tipo de cosa que se debía decir a una tía abuela casi desconocida.

—¿Cómo? —dijo la tía.

Anna sintió que se estaba poniendo colorada.

—Un momento —dijo la tía, y de repente, no se sabía de dónde, sacó un objeto en forma de trompeta que debía llevar sobre sí—. Ya está —dijo, poniéndose el extremo delgado, no en la boca, como Anna casi había esperado, sino en la oreja—. Repítelo ahora, hija mía..., muy alto..., a mi trompetilla.

Anna intentó desesperadamente inventar algo que pudiera decir en lugar de lo otro y que tuviera sentido, pero tenía la mente en blanco. No había escapatoria.

—¡Dice mamá —chilló a la trompetilla— que si sigo creciendo llegará un momento en que el abrigo no me tape ni las bragas!

Cuando apartó la cara notó que se había puesto como un tomate.

La tía abuela Sarah pareció sorprendida por un instante. Luego su cara se arrugó, y emitió un sonido que estaba a medio camino entre un jadeo y una risita.

—¡Tienes mucha razón! —exclamó, y sus ojos negros bailotearon—. ¡Tu mamá tiene mucha razón! Pero ¿cómo lo va a impedir, eh? —Y añadió, dirigiéndose a mamá—: ¡Qué hija tan graciosa tienes..., qué graciosa y qué simpática! —Y levantándose de la silla con sorprendente agilidad, dijo—: Ahora vais a pasar a tomar el té. Hay aquí algunas ancianitas que estaban jugando al *bridge*, pero en seguida me las quito de encima —y, emprendiendo un ligero galope, las precedió al salón.

Lo primero que llamó la atención a Anna de las ancianitas de la tía abuela Sarah fue que todas ellas parecían mucho más jóvenes que la tía. Eran como una docena, todas elegantemente vestidas y con sombreros complicados. Habían acabado ya de jugar al *bridge* —Anna vio las mesitas de juego apartadas junto a la pared—, y ahora estaban tomando té y sirviéndose pastitas que la doncella iba pasando en una bandeja de plata.

—Vienen todos los jueves —susurró la tía en alemán—. Las pobrecillas no tienen otra cosa que hacer. Pero son todas muy ricas, y me dan dinero para mis niños necesitados.

A Anna, aún no totalmente repuesta de su sorpresa ante las ancianitas de la tía abuela Sarah, le resultó todavía más difícil imaginársela con niños necesitados —o con niños de cualquier clase — pero no tuvo tiempo de reflexionar sobre el problema, porque en ese momento mamá y ella estaban siendo presentadas a grandes voces.

—Mi sobrina y su hija, que han venido de Alemania —vociferó la tía abuela Sarah en francés, pero con fuerte acento alemán—. ¡Di bongsur! —susurro a Anna.

—*Bonjour* —dijo Anna.

La tía alzó las manos muy admirada.

—¡Fíjense en la niña! —gritó—. ¡Sólo hace unas semanas que está en París y ya habla francés mejor que yo!

Anna se vio en apuros para mantener esa impresión cuando una de las señoras intentó mantener una conversación con ella, pero no tuvo que hacer nuevos esfuerzos, porque la voz de la tía volvió a sonar atronadora.

—Hace muchos años que no veo a mi sobrina —vociferó—, y tenía grandes deseos de charlar con ella.

Ante esto las señoras se bebieron apresuradamente el té y empezaron a despedirse. Al estrecharle la mano a la tía dejaban caer algo de dinero en una caja que ella les acercaba, y la tía les daba las gracias. Anna se preguntó cuántos niños necesitados tendría la tía Sarah. Luego la doncella acompañaba a las señoras hasta la puerta, y por fin desaparecieron todas.

Se estaba a gusto sin ellas, pero Anna observó con pesar que la bandeja de plata de las pastitas había desaparecido junto con las señoras, y que la doncella estaba recogiendo las tazas vacías y llevándoselas. A la tía abuela Sarah se le debía haber olvidado su promesa de merienda. Estaba sentada en el sofá al lado de mamá, hablándole de sus niños necesitados. Al final resultó

que no eran suyos de verdad, sino una obra de caridad para la cual estaba recogiendo dinero, y Anna, que por un instante se había imaginado a la tía rodeada de un montón de criaturas harapientas, se sintió defraudada. Se revolvió inquieta en su asiento, y la tía debió notarlo, porque inmediatamente interrumpió lo que estaba diciendo.

—Esa niña se aburre y tiene hambre —gritó, y añadió, dirigiéndose a la doncella—: ¿Se han ido todas las señoras?

La doncella replicó que sí.

—¡Pues entonces —gritó la tía— ya puede usted traer la merienda de verdad!

Momentos después, la doncella regresó tambaleándose bajo el peso de una bandeja cargada de pasteles. Debía haberlos de cinco o seis clases, además de un surtido de emparedados y pastas.

Había también una tetera de té reciente, chocolate y nata.

—A mí me gustan los pasteles —explicó la tía abuela Sarah en respuesta a la expresión de asombro de mamá—, pero a esas ancianitas no se les pueden ofrecer, están demasiado preocupadas por sus regímenes. Por eso me pareció mejor que merendásemos después que se hubieran ido.

Mientras hablaba puso en un plato una buena porción de flan de manzana, lo cubrió de nata y se lo pasó a Anna. «La niña tiene que comer», dijo.

Durante la merienda la tía abuela Sarah le estuvo haciendo preguntas a mamá sobre el trabajo de papá y el piso que ocupaban, y a veces mamá tenía que repetir sus respuestas a la trompetilla.

Mamá hablaba de todo muy alegremente, pero la tía no hacía más que menear la cabeza y decir: «¡Tener que vivir así..., un hombre tan distinguido...!».

Conocía todos los libros de papá y compraba el *Diario Parisino* sólo por leer sus artículos. De vez en cuando miraba a Anna, diciendo: «¡Y la niña..., tan delgadita!», y le servía más pasteles.

Por fin, cuando ya nadie fue capaz de comer más, la tía abuela Sarah se levantó de detrás de la mesita de té e inició su trote acostumbrado hacia la puerta, haciendo señas a mamá y Anna de que la siguieran. Las condujo a otra habitación, que parecía estar totalmente llena de cajas de cartón.

—Mira —dijo—. Todo esto me han dado para mis niños necesitados.

Las cajas estaban llenas de cortes de tela de todos los colores y grosores.

—Una de mis ancianitas está casada con un fabricante de tejidos —explicó la tía—. Así que él es muy rico y me da todos los finales de tela que no quiere. Ahora a mí se me ocurre una idea: ¿por qué no se lleva la niña algunos retales? Al fin y al cabo son para los niños necesitados, y ella está tan necesitada como la mayoría.

—No, no —dijo mamá—, yo no puedo aceptar...

—¡Oh, siempre tan orgullosa! —dijo la tía—. La niña necesita ropa nueva. ¿Por qué decir que no?

Revolvió en una de las cajas y tiró de un tejido de lana grueso, de un bonito tono verde.

—Lo justo para un abrigo —dijo—, y luego necesita un vestido, y quizá una falda...

En un abrir y cerrar de ojos había hecho un montón de telas sobre la cama, y cuando mamá intentó negarse por segunda vez se limitó a exclamar: «¡Qué tontería! ¿Quieres que la policía te

detenga a la niña por ir enseñando las bragas?».

Ante esto mamá, que de todos modos no había puesto mucha energía en sus protestas, tuvo que echarse a reír y ceder. La doncella recibió instrucciones de empaquetarlo todo, y cuando llegó la hora de marcharse mamá y Anna cargaron cada una con un paquetón.

—¡Muchas, muchísimas gracias! —gritó Anna a la trompetilla de la tía—. ¡Tenía muchas ganas de tener un abrigo verde!

—¡Que lo luzcas mucho! —gritó la tía abuela Sarah.

Salieron, y mientras caminaban en la oscuridad de vuelta a casa mamá y Anna fueron hablando todo el rato de los diferentes cortes de tela y lo que se podría hacer con ellos. En cuanto llegaron a casa mamá telefoneó a *madame* Fernand, que se alegró mucho y dijo que se lo llevaran todo el jueves siguiente para organizar una gran sesión de confección.

—¡Qué ilusión! —exclamó Anna—. ¡Qué ganas tengo de decírselo a papá! —Y justo en ese momento entraba papá. Anna le contó, muy emocionada, todo lo que había pasado—. Y me van a hacer un vestido y un abrigo —explicó atropelladamente—, y la tía abuela nos lo ha dado porque era para niños necesitados y dijo que yo estaba tan necesitada como la mayoría, y merendamos muy bien y...

Se interrumpió al ver la expresión que había en el rostro de papá.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó papá a mamá.

—Es como te ha dicho Anna —dijo mamá, y había algo de cauteloso en su voz—. La tía Sarah tenía un montón de telas que le habían dado, y se empeñó en regalarle unas cuantas a Anna.

—Pero se las habían dado para niños necesitados —dijo papá.

—Bueno, eso no es más que un nombre —dijo mamá—. Ella se ocupa de varias obras de caridad..., es muy buena persona...

—¿Caridad? —dijo papá—. ¡Pero nosotros no podemos aceptar caridades para nuestros hijos!

—Oh, ¿por qué tienes que ser siempre tan retorcido? —gritó mamá—. ¡Es mi tía, y quiso regalarle a Anna unas telas..., y eso es todo!

—De verdad, papá, yo no creo que la tía haya querido molestarte —intervino Anna. Se sentía muy desgraciada, y casi deseaba no haber visto nunca las telas.

—Es un regalo de un pariente para Anna —dijo mamá.

—No —dijo papá—. Es un regalo de un pariente que hace obras de caridad... obras de caridad para niños necesitados.

—¡Muy bien, pues lo devolveremos, si es eso lo que quieres! —gritó mamá—. Pero ¿me quieres decir qué va a ponerse la niña? ¿Sabes a qué precios está la ropa de niños en las tiendas? ¡Mírala..., tú mírala!

Papá miró a Anna y Anna miró a papá. Quería la ropa nueva, pero no quería que papá se disgustara tanto. Tiró de su falda para que pareciera más larga.

—Papá... —dijo.

—Sí que pareces un poco necesitada —dijo papá. Tenía cara de estar muy cansado.

—No importa —dijo Anna.

—Sí —dijo papá—. Sí que importa —y manoseó el contenido de los paquetes—. ¿Es ésta la tela? —Anna asintió con la cabeza.

—Pues nada, aprovecha para que te hagan algo de ropa nueva —dijo papá—. Algo que te abrigue.

Y salió de la habitación.

Después de acostarse aquella noche, Anna y Max estuvieron hablando, ya con la luz apagada.

—Yo no sabía que fuéramos necesitados —dijo Anna—. ¿Por qué lo somos?

—Papá no gana mucho —dijo Max—. El *Diario Parisino* no puede pagarle mucho por sus artículos, y los franceses tienen sus propios escritores.

—En Alemania le pagaban muy bien.

—Sí.

Durante un ratito estuvieron en silencio. Luego Anna dijo:

—Tiene gracia, ¿verdad?

—¿El qué?

—Que pensábamos estar de vuelta en Berlín en menos de seis meses. Ya llevamos fuera más de un año.

—Ya lo sé —dijo Max.

De repente, y sin saber por qué, Anna recordó su casa de antes con tanta viveza que era casi como si la estuviera viendo. Recordó lo que se sentía al subir las escaleras, y la mancha que tenía la alfombra en el descansillo donde una vez se le había caído un poco de tinta, y cómo se veía el peral del jardín desde las ventanas. Las cortinas del cuarto de juguetes eran azules, y había una mesa pintada de blanco para escribir o dibujar encima, y Bertha, la doncella, lo limpiaba todo todos los días y había muchos juguetes... Pero no servía de nada pensar en ello, de modo que cerró los ojos y se durmió.

Capítulo 17



La sesión de costura en casa de los Fernand fue un gran éxito. *Madame* Fernand era tan simpática como Anna la recordaba, y cortó tan bien las telas de la tía abuela Sarah que hubo bastante para unos pantalones cortos grises para Max, además de un abrigo, un vestido y una falda para Anna.

Cuando mamá se ofreció a ayudar con la costura, *madame* Fernand la miró y se echó a reír.

—Usted se pone a tocar el piano —dijo—. Yo me las arreglo sola.

—Pero si hasta he traído cosas de coser —dijo mamá. Metió la mano en el bolso y sacó un carrete viejo de hilo blanco de algodón y una aguja.

—Querida —dijo *madame* Fernand muy amablemente—, yo no pondría en sus manos ni el dobladillo de un pañuelo.

De modo que mamá estuvo tocando el piano en un extremo del agradable salón de los Fernand mientras *madame* Fernand cosía en el otro, y Anna y Max se fueron a jugar con la niña de la casa, Francine.

Max había tenido grandes reservas hacia Francine antes de ir.

—¡Yo no quiero jugar con una niña! —había dicho, e incluso había afirmado no poder ir porque tenía que hacer deberes.

—¡Es la primera vez que te tomas tan en serio los deberes! —dijo mamá enfadada; pero eso no era del todo justo, porque últimamente, empeñado en aprender francés lo antes posible, Max atendía mucho más a sus estudios. Max se sintió profundamente ofendido y fue todo el rato con una cara muy larga, hasta que llegaron a casa de los Fernand y Francine les abrió la puerta. Entonces su gesto de mal genio desapareció al instante. Francine era una niña muy guapa, con pelo largo como miel y grandes ojos grises.

—Tú debes ser Francine —dijo Max, y añadió mintiendo, pero en un francés sorprendentemente correcto—: ¡Tenía muchas ganas de conocerte!

Francine tenía muchos juguetes, y un gato blanco muy grande. El gato tomó posesión de

Anna inmediatamente, y se sentó en su regazo mientras Francine buscaba algo en el armario de los juguetes. Por fin lo encontró.

—Esto es lo que me regalaron por mi cumpleaños —dijo, y sacó una caja de juegos muy parecida a la que Anna y Max tenían en Alemania.

Por encima del pelo blanco del gato, la mirada de Max se cruzó con la de Anna.

—¿Me dejas que la vea? —preguntó Max, y casi antes de que Francine asintiera ya la había abierto. Se pasó mucho rato inspeccionando el contenido, manoseando los dados, las piezas de ajedrez, las diferentes clases de cartas.

—Nosotros teníamos una caja de juegos como ésta —dijo al fin—. Pero la nuestra tenía también dominó.

A Francine no pareció agraderle mucho ver menospreciada su caja de juegos.

—¿Y qué fue de la vuestra? —preguntó.

—Tuvimos que dejarla en Alemania —dijo Max, y añadió con tristeza—: Supongo que ahora jugará con ella Hitler.

Francine se echó a reír.

—Bueno, pues tendréis que usar ésta en su lugar —dijo—. Como yo no tengo hermanos, no suelo tener con quién jugar.

Toda la tarde estuvieron jugando al parchís y a la oca. Era agradable, porque el gato blanco siguió tumbado en el regazo de Anna y para jugar casi no hacía falta hablar en francés. El gato parecía tan a gusto oyendo tirar los dados por encima de su cabeza, y no quiso bajarse ni siquiera cuando *madame* Fernand llamó a Anna para probarle las cosas. De merienda se comió un trozo de bollo glaseado que Anna le dio, y después volvió a subírsele encima y le sonrió a través de sus largos pelos blancos. Cuando llegó la hora de marcharse, la siguió hasta la puerta de la calle.

—Qué gato más bonito —dijo mamá al verle.

Anna quiso contarle cómo había estado tumbado en su regazo mientras jugaban al parchís, pero pensó que sería de mala educación hablar en alemán delante de *madame* Fernand, que no lo entendía. De modo que, con muchas vacilaciones, lo explicó en francés.

—Pero si me habías dicho que Anna hablaba muy poco francés —dijo *madame* Fernand. Mamá se puso muy contenta.

—Está empezando —dijo.

—¡Empezando! —exclamó *madame* Fernand—. Es la primera vez que veo a dos niños aprender un idioma tan deprisa. A veces Max parece casi francés, y en cuanto a Anna..., ¡hace un par de meses apenas sabía decir palabras, y ahora lo entiende todo!

No era del todo verdad. Aún había muchísimas cosas que Anna no entendía, pero de todas formas le hizo mucha ilusión oír aquello. Los progresos de Max la habían impresionado tanto que casi no se había dado cuenta de lo mucho que ella misma había avanzado.

Madame Fernand quería que volvieran todos al domingo siguiente para hacerle a Anna las últimas pruebas, pero mamá dijo que no, que la próxima vez tenían que ir todos los Fernand a su casa; y así empezó una serie de visitas que las dos familias encontraban tan agradables que pronto se hicieron costumbre fija.

Papá disfrutaba especialmente de la compañía de *monsieur* Fernand. Era un hombre grandote

de aspecto inteligente, y a menudo, mientras los niños estaban jugando en el comedor de casa, Anna oía su voz profunda y la de papá en el dormitorio, convertido en cuarto de estar, de al lado. Parecía como si tuvieran infinitos temas de conversación, y a veces Anna les oía reírse con ganas a los dos.

Esto siempre la alegraba, porque no se le había olvidado la horrible cara de cansancio que papá había puesto cuando lo de las telas. Desde entonces, Anna había observado que aquella expresión volvía de vez en cuando, generalmente cuando mamá hablaba de dinero. Estando *monsieur* Fernand, no aparecía nunca.

Pronto estuvieron terminadas las nuevas prendas, y resultaron ser las más bonitas que Anna había tenido. El primer día que se las puso fue a enseñárselas a la tía abuela Sarah, y llevó consigo un poema que había compuesto especialmente en señal de gratitud. El poema describía todas las prendas detalladamente, y acababa con los versos: «Y así yo voy felizmente vestida con todas estas telas que me dio la tía Sarah».

—Qué maravilla, hija —dijo la tía cuando lo leyó—. ¡Si todavía vas a ser escritora como tu padre!

Pareció gustarle muchísimo.

Anna también estaba contenta, porque de alguna manera era como si el poema dejara bien claro que el regalo de las telas no había sido una obra de caridad; y también porque, por primera vez, había conseguido escribir un poema que no hablara de desastres.

Capítulo 18

En abril llegó de pronto la primavera, y aunque Anna quiso seguir llevando el bonito abrigo verde que le había hecho *madame* Fernand, pronto le resultó demasiado grueso.

Era una delicia ir andando al colegio en aquellas mañanas claras y soleadas, y, al abrir los parisinos sus ventanas para que entrara el aire cálido, toda clase de olores interesantes se escapaban y se mezclaban con el aroma de primavera de las calles. Aparte del acostumbrado tufo caliente a ajo que salía del Metro, Anna se tropezaba de pronto con deliciosas oleadas de olor a café, a pan recién hecho o a cebollas friéndose para la comida.

A medida que avanzaba la primavera se iban abriendo puertas además de ventanas, y al caminar por las calles bañadas de sol se vislumbraban los interiores en penumbra de cafés y tiendas que durante todo el invierno habían sido invisibles. A todo el mundo le apetecía tomar el sol, y el pavimento de los Campos Elíseos se convirtió en un mar de mesas y sillas entre las cuales revoloteaban los camareros de chaquetilla blanca, sirviendo bebidas a los clientes.

El primero de mayo se llamaba día del muguete; en todas las esquinas aparecieron cestos rebosantes de ramilletes verdes y blancos de esa planta y por todas partes resonaban los gritos de los vendedores. Aquella mañana papá tenía una cita a primera hora, y acompañó a Anna durante parte de su recorrido hasta el colegio. Se detuvo a comprar un periódico a un viejo que los vendía en un kiosco.

En la primera plana había una fotografía de Hitler pronunciando un discurso, pero el viejo dobló el periódico por la mitad de modo que no se le viera. Luego husmeó el aire con cara de satisfacción y sonrió, mostrando un solo diente.

—¡Huele a primavera! —dijo.

Papá le devolvió la sonrisa, y Anna supo que estaba pensando en lo bonito que era estar



pasando aquella primavera en París. En la esquina siguiente compraron un poco de muguete para mamá, sin siquiera preguntar primero cuánto costaba.

El edificio del colegio parecía oscuro y frío después de la luminosidad de afuera, pero Anna iba ilusionada todas las mañanas por ver a Colette, que se había convertido en su mejor amiga, y a *madame* Socrate. Aunque la jornada escolar le seguía resultando larga y agotadora, empezaba a entender más de lo que pasaba. Poco a poco las faltas de sus dictados se habían reducido de centenares a cincuentenas. *Madame* Socrate seguía ayudándola a la hora del almuerzo, e incluso era ya capaz de responder a alguna pregunta en clase.

En casa mamá estaba llegando a ser una cocinera realmente buena, ayudada por los consejos de *madame* Fernand, y papá decía que nunca en su vida había comido tan bien. Los niños se habían aficionado a toda clase de guisos que antes ni siquiera conocían de nombre, y a beber una mezcla de vino y agua con las comidas, como los niños franceses. Hasta la obesa Clothilde, en la cocina del colegio, daba su visto bueno a los platos que llevaba Anna para recalentar.

—Tu mamá sabe hacer cosas buenas —decía, y mamá se puso muy orgullosa cuando Anna se lo contó.

Sólo Grete seguía estando malhumorada y descontenta. Sirviera mamá lo que sirviera, Grete siempre lo comparaba desfavorablemente con alguna versión austriaca del mismo plato, y si era algo que no había en Austria no lo juzgaba digno de ser comido. Tenía una resistencia asombrosa frente a todo lo francés, y no parecía hacer ningún progreso en su dominio del idioma, a pesar de que todos los días iba a clase. Como las promesas que había hecho a su madre seguían impidiéndole ser de mucha utilidad a mamá, todo el mundo, incluida la propia Grete, esperaba con ilusión su marcha definitiva a Austria.

—Y cuanto antes mejor —decía *madame* Fernand, que había tenido ocasión de observar de cerca a Grete, porque las dos familias seguían pasando casi todos los domingos juntas. Conforme se iba acercando el verano, en lugar de reunirse en sus casas iban al Bois de Boulogne, que era un parque grande relativamente cercano, y allí los niños jugaban a la pelota sobre la hierba. Un par de veces *monsieur* Fernand tomó prestado el automóvil de un amigo y les llevó a todos de excursión al campo. Con gran alegría de Anna, el gato también iba con ellos en aquellas ocasiones. No parecía molestarle que le llevaran atado con collar y correa, y, mientras Francine parloteaba con Max, Anna se hacía cargo de él muy ufana, sujetando la correa cuando el animal quería trepar por un árbol o una farola y siguiéndole con la correa en alto cuando en vez de caminar por el suelo decidía ir por el borde de alguna verja.

En julio hizo mucho calor, mucho más que en Berlín. En el piso no parecía correr nada de aire, a pesar de que mamá tenía siempre todas las ventanas abiertas. Sobre todo en el cuarto de los niños la atmósfera era asfixiante, y en el patio a donde daba parecía que hiciera aún más calor que dentro de casa. Costaba trabajo dormir por las noches, y en el colegio nadie era capaz de concentrarse. Hasta *madame* Socrate estaba cansada, y su cabello negro perdió sus ondas y se puso lacio con el calor. Todo el mundo tenía ganas de que acabase el curso.

El día catorce de julio era fiesta, no sólo en los colegios sino en toda Francia. Era el

aniversario de la Revolución Francesa, y había banderas por todas partes y fuegos artificiales por la noche. Anna y Max fueron a verlos con sus padres y los Fernand. Tomaron el Metro, que iba abarrotado de gente alegre, y mezclados con una multitud de parisinos subieron por una larga escalinata hasta una iglesia que había en un alto. Desde arriba se veía todo París, y cuando los fuegos artificiales empezaron a explotar sobre el cielo azul oscuro todo el mundo se puso a dar gritos y vítores. Al acabar el espectáculo, alguien empezó a cantar la *Marsellesa*; otras voces se le unieron, y en seguida toda aquella multitud enorme estuvo cantando a coro en el aire caliente de la noche.

—¡Vamos, niños! —gritó *monsieur* Fernand, y Anna y Max también se unieron. A Anna le gustó mucho cómo sonaba, sobre todo una parte sorprendentemente lenta que había a la mitad, y le dio pena que terminase.

La multitud empezó a derramarse por la escalinata, y mamá dijo: «¡Y ahora, a la cama!».

—Pero mujer, no se les puede mandar ahora a la cama. ¡Es el catorce de julio! —exclamó *monsieur* Fernand. Mamá protestó señalando que era tarde, pero los Fernand no le hicieron caso y se echaron a reír.

—¡Es el catorce de julio! —dijeron, como si eso lo explicara todo—. ¡La noche acaba de empezar!

Mamá miró con expresión dubitante las caras emocionadas de los niños.

—¿Pero qué...? —empezó.

—Lo primero —dijo *monsieur* Fernand—, vamos a comer.

Anna tenía la impresión de haber cenado ya, porque habían tomado huevos duros antes de salir; pero se veía que no era ésa la clase de comida a que *monsieur* Fernand se refería. Les llevó a un restaurante grande y animado, donde se sentaron en una mesa del exterior, sobre la acera, y ordenó la cena.

—¡Caracoles para los niños, que no los han probado nunca! —dijo.

Max se quedó mirando su ración horrorizado y no fue capaz de tocarlos. Pero Anna, animada por Francine, probó uno y descubrió que sabía como una seta muy deliciosa. Francine y ella acabaron comiéndose los caracoles de Max además de los suyos. Al final de la comida, cuando estaban tomando bocaditos de crema, llegó un viejo con una banqueta y un acordeón. Se sentó y empezó a tocar, y en seguida algunas personas se levantaron de las mesas y se pusieron a bailar en la calle. Un marinero de aspecto simpático apareció al lado de mamá y la invitó a bailar. Mamá al principio se quedó sorprendida, pero aceptó, y Anna la estuvo siguiendo con la mirada mientras daba vueltas y vueltas, todavía con cara de asombro pero divertida. Luego *monsieur* Fernand bailó con Francine y Anna bailó con papá, y *madame* Fernand dijo que en ese momento no le apetecía bailar porque se dio cuenta de que a Max no le gustaría nada, y al rato *monsieur* Fernand dijo: «Vámonos a otro sitio».

Hacía ya más fresco, y Anna no se sentía nada cansada mientras deambulaban por las calles llenas de gente. Por todos lados había acordeones y bailes, y de vez en cuando ellos se detenían y se unían a los grupos. En algunos cafés daban vino gratis para celebrar la ocasión, y cuando les apetecía descansar los mayores se paraban a tomar una copa y los niños bebían *cassis*, que era zumo de grosellas negras. Vieron el río brillando a la luz de la luna, y la catedral de Nôtre Dame

agazapada en el medio como un gran animal. Fueron caminando por la orilla y por debajo de los puentes, y también allí se tocaba el acordeón y se bailaba. Siguieron andando, andando, hasta que Anna perdió todo sentido del tiempo y se limitó a seguir a *monsieur* Fernand como sumida en un aturdimiento feliz.

De pronto Max dijo: «¿Qué es esa luz tan rara que hay en el cielo?».

Era el amanecer.

Habían llegado para entonces al mercado principal de París, y a su alrededor pasaban los carros cargados de frutas y verduras, traqueteando sobre el empedrado.

—¿Hay hambre? —preguntó *monsieur* Fernand.

Era absurdo, porque ya habían cenado dos veces, pero todos estaban muertos de hambre. Allí no había música de acordeón: no había más que gente preparándose para el trabajo del día, y en un pequeño café una mujer servía tazones de sopa de cebolla humeante. Sentados en bancos de madera junto a la gente del mercado, se tomaron un tazón grande cada uno, y rebañaron los restos con pan.

Cuando salieron era ya de día.

—Ahora sí pueden llevarse a los niños a la cama —dijo *monsieur* Fernand—. Ya han visto el catorce de julio.

Tras una despedida soñolienta volvieron a casa en el Metro, entre trasnochadores como ellos y gente que iba a trabajar, y cayeron en la cama como troncos.

—En Alemania no teníamos nunca catorce de julio —dijo Anna un momento antes de dormirse.

—Por supuesto que no —respondió Max—. ¡Tampoco tuvimos Revolución Francesa!

—Ya lo sé —dijo Anna ofendida, y añadió, justo en el instante en que el sueño la vencía—: ¡Pero ha estado muy bien!

Estaban ya muy cerca las vacaciones de verano. Estaban pensando en qué emplearlas cuando llegó una carta de *herr* Zwirn invitando a toda la familia al Gasthof Zwirn; y se estaban preguntando de dónde sacarían el dinero para el viaje cuando papá recibió el encargo de escribir tres artículos para un periódico francés. La cantidad que le pagaba ese periódico era tan superior a sus honorarios normales del *Diario Parisino*, que el problema quedó resuelto.

A todos les hacía mucha ilusión la perspectiva, y para colmo, el último día del curso, Max llevó a casa buenas notas. Mamá y papá casi no podían creer lo que veían sus ojos. Ni un solo «No se esfuerza» o «No pone interés», al contrario, había cosas como «inteligente» y «trabajador», y el comentario del director al pie de la hoja decía que Max había hecho notables progresos. Mamá se puso tan contenta que distraídamente dio una despedida muy cariñosa a Grete, que por fin regresaba a Austria. Todos se alegraban tanto de perderla de vista que se sintieron obligados a ser especialmente amables con ella, y mamá hasta le regaló un pañuelo para el cuello.

—No sé si en Austria se usan estas cosas —dijo Grete melancólicamente cuando lo vio, pero se lo llevó de todos modos. Y a continuación la familia emprendió viaje a Suiza.

En el Gasthof Zwirn no había cambiado nada. *Herr y frau Zwirn* seguían siendo tan simpáticos y cariñosos como siempre, y después del calor de París la brisa del lago resultaba maravillosamente fresca. Daba gusto volver a oír el conocido dialecto germano-suizo y entender todo lo que decía la gente en vez de sólo la mitad, y Franz y Vreneli estaban muy dispuestos a reanudar su amistad interrumpida con Anna y Max. En seguida Vreneli puso a Anna al tanto de todo lo relativo al niño pelirrojo, a quien por lo visto le había dado por mirar a Vreneli de cierta manera, una manera «como simpática» según ella, que ella no era capaz de describir pero que al parecer no le disgustaba. Franz se llevó a Max a pescar con la misma caña de siempre, y todos volvieron a jugar a los mismos juegos y a recorrer los mismos senderos de los bosques con los que tanto habían disfrutado el año anterior.

Todo era exactamente igual, y sin embargo había algo en esa misma ausencia de cambios que hacía que Anna y Max se sintieran un poco forasteros. ¿Cómo era posible que las vidas de los Zwirn hubieran seguido siendo tan semejantes, cuando las suyas se habían vuelto tan distintas?

—Daba la impresión de que algo tenía que haber cambiado —dijo Max, y Franz preguntó: «¿El qué?», pero el propio Max no lo sabía.

Un día Anna estaba paseando por el pueblo con Vreneli y Roesli cuando se encontraron a *herr Graupe*.

—¡Bienvenida otra vez a la hermosa Suiza! —exclamó *herr Graupe* mientras le estrechaba la mano con entusiasmo, y en seguida empezó a hacerle toda clase de preguntas acerca de los colegios franceses.

Estaba convencido de que no podía haber nada comparable a su escuela de pueblo, y Anna se sintió casi como excusándose al explicarle que todo lo de Francia le gustaba mucho.

—¿De veras? —preguntaba *herr Graupe* incrédulo, mientras ella le describía las clases, y sus almuerzos con Clothilde en la cocina del colegio, y a *madame Socrate*.

Y entonces le pasó una cosa extraña. *Herr Graupe* le estaba preguntando algo que ella no sabía sobre la edad en que se salía del colegio en Francia; pero, en lugar de decírselo en alemán, se encontró de pronto encogiéndose de hombros y diciendo «*Je ne sais pas*» con su mejor acento parisino. Tan pronto como lo hubo dicho, se quedó horrorizada. Sabía que *herr Graupe* pensaría que lo había hecho para lucirse, pero no era verdad. Ni siquiera entendía de dónde le podían haber salido las palabras. Era como si por dentro tuviera algo pensado secretamente en francés; y eso era absurdo. Si estando en París no había sido nunca capaz de pensar en francés, ¿por qué empezar ahora de repente?

—Veo que ya nos estamos afrancesando mucho —dijo *herr Graupe* con gesto de desaprobación cuando ambos se hubieron recuperado de la sorpresa que la respuesta de Anna les había producido—. Bueno..., no quiero entreteneros.

Y se alejó a paso ligero.

Tanto Vreneli como Roesli iban extrañamente calladas cuando las tres emprendieron el regreso.

—Supongo que ahora hablarás en francés como si nada —dijo por fin Vreneli.

—No —contestó Anna—. A Max se le da mucho mejor.

—Yo sé decir *Oui*. Eso significa «Sí», ¿verdad? —dijo Roesli—. ¿Hay montañas en Francia?

—Cerca de París, no —respondió Anna. Vreneli la había estado mirando pensativa. Al rato dijo:

—¿Sabes lo que te digo? Que estás diferente.

—¡Qué va! —dijo Anna indignada.

—Sí que lo estás —dijo Vreneli—. No sé qué te pasa, pero has cambiado.

—¡Qué tontería! —exclamó Anna—. ¡Yo no he cambiado en nada!

Pero sabía que Vreneli tenía razón, y de repente, a pesar de que sólo tenía once años, se sintió muy vieja y triste.

El resto de las vacaciones transcurrió felizmente. Los niños se bañaban y jugaban con los *Zwirn*, y aunque no fuera exactamente igual que antes seguía siendo muy agradable. «Al fin y al cabo, —dijo Max—, ¿qué más daba sentirse un poco extranjeros?». Cuando acabó el verano les dio pena marcharse, y la despedida de sus amigos fue muy larga y cariñosa. Pero ni Anna ni Max se habían figurado que el regreso a París les pareciera tanto como volver a casa.

Capítulo 19



Cuando Anna volvió al colegio, se encontró con que la habían subido de nivel. Seguía teniendo a *madame* Socrate de profesora, pero de pronto las clases eran mucho más difíciles. Esto se debía a que su curso tenía que prepararse para un examen llamado *certificat d'études*, por el que todas las niñas menos Anna tendrían que pasar al verano siguiente.

—A mí me dispensan porque no soy francesa —dijo Anna a mamá—, y de todos modos no lo podría aprobar.

Pero tenía que trabajar lo mismo.

Se esperaba que las niñas de su clase hicieran por lo menos una hora de deberes en casa todos los días, que se aprendieran de memoria páginas enteras de historia y geografía, que escribieran composiciones y estudiaran

gramática: y Anna tenía que hacerlo todo en un idioma que todavía no comprendía completamente. Hasta la aritmética, que antes había sido su gran recurso, le falló. En lugar de cuentas que no había que traducir, su curso hacía problemas: largos y complicados enredos en los que la gente cavaba zanjas y se adelantaban unos a otros en trenes y llenaban depósitos de agua a una velocidad mientras la dejaban salir a otra: y todo eso lo tenía que traducir al alemán antes de empezar siquiera a pensar en ello.

Conforme el tiempo se hizo más frío y los días más oscuros, Anna empezó a sentirse muy cansada. Volvía del colegio a casa arrastrando los pies, y luego no hacía otra cosa que sentarse y quedarse mirando los deberes en lugar de ponerse a hacerlos. De pronto se sentía muy desalentada.

Madame Socrate, preocupada por el examen que se avecinaba, ya no podía dedicarle tanto tiempo, y parecía que su rendimiento empeoraba en vez de mejorar. Hiciera lo que hiciera, no era capaz de reducir las faltas de los dictados a menos de cuarenta; últimamente incluso habían vuelto a subir a cincuenta. En clase, aunque a menudo sabía las respuestas, tardaba tanto en traducirlas mentalmente al francés que por regla general llegaba tarde a darlas. Sentía que nunca

sería capaz de igualar a sus compañeras, y se estaba cansando de intentarlo.

Un día, cuando estaba sentada delante de los deberes, mamá entró en la habitación.

—¿Estás ya acabando? —preguntó.

—Todavía no —dijo Anna, y mamá se acercó a mirar el cuaderno.

Eran deberes de aritmética, y todo lo que Anna había escrito era la fecha y la palabra «Problemas» al comienzo de la hoja. Con una regla había dibujado una especie de cajita alrededor de «Problemas», y luego había seguido con una línea ondulada en tinta roja. Después había decorado la línea ondulada con puntitos y la había rodeado de otra en zigzag y más puntitos en azul. Todo eso le había llevado casi una hora.

Al verlo, mamá explotó.

—¡No me extraña que no sepas hacer los deberes! —gritó—. ¡Lo vas dejando y dejando, hasta que ya estás tan cansada que no le sacas ningún sentido! ¡A este paso no aprenderás nunca nada!

Eso coincidía tan exactamente con lo que la propia Anna sentía, que al oírlo se echó a llorar.

—¡Si lo intento! —Sollozó—. Pero no puedo. ¡Es demasiado difícil! ¡Lo intento una y otra vez, y no sirve de nada!

Y en otro estallido de llanto sus lágrimas fueron a caer sobre «Problemas», de modo que el papel se frunció y la línea ondulada se corrió y se mezcló con el zigzag.

—¡Claro que puedes! —dijo mamá, acercándose a coger el libro—. Mira, si me dejas que te ayude...

Pero Anna gritó «¡No!» con violencia y apartó el libro de un manotazo que lo hizo salir despedido de la mesa y estrellarse contra el suelo.

—Bueno, es evidente que hoy no estás en condiciones de hacer deberes —dijo mamá tras un momento de silencio, y se marchó de la habitación.

Anna se estaba preguntando qué debería hacer cuando mamá volvió a entrar con el abrigo puesto.

—Tengo que comprar bacalao para la cena —dijo—. Vente conmigo y así tomas un poco el aire.

Bajaron la calle juntas sin hablar. Hacía frío y estaba oscuro, y Anna caminaba al lado de mamá con las manos metidas en los bolsillos, sintiendo un vacío por dentro. No servía para nada. Nunca sabría hablar francés correctamente. Sería como Grete que jamás había conseguido aprender, pero, a diferencia de Grete, no podía volver a su país. Pensando en eso empezó otra vez a hacer guiños y a sorber, y mamá tuvo que agarrarla de un brazo para que no se chocara con una señora.

La pescadería estaba bastante lejos, en una calle muy iluminada y concurrida. Al lado había una confitería, con el escaparate lleno de cremosas exquisiteces para llevar o para tomárselas en unas mesitas del interior. Anna y Max se habían extasiado a menudo delante de aquella tienda, pero no habían entrado nunca, porque era muy cara. Esta vez Anna no tuvo ánimos ni siquiera para mirar, pero mamá se detuvo ante la pesada puerta de vidrio.

—Vamos a entrar —dijo, con gran sorpresa de Anna, y la condujo adentro.

Las recibió una oleada de aire cálido y un delicioso aroma de pastas y chocolate.

—Yo tomaré una taza de té, y tú te puedes tomar un pastel —dijo mamá—; luego hablaremos.

—¿No es demasiado caro? —preguntó Anna bajito.

—Para un pastel tenemos —dijo mamá—. Pero no cojas uno de esos enormes, porque entonces a lo mejor no nos queda bastante para el bacalao.

Anna eligió un pastel relleno de puré de castañas y nata, y se sentaron en una de las mesitas.

—Mira —dijo mamá mientras Anna hundía el tenedor en el pastel—, yo sé que el colegio te resulta difícil, y sé que te esfuerzas. Pero ¿qué le vamos a hacer? Vivimos en Francia, y tienes que aprender francés.

—¡Es que me canso tanto! —dijo Anna—, y estoy empeorando en vez de ir a mejor. A lo mejor soy una de esas personas que no son capaces de aprender idiomas.

Mamá puso el grito en el cielo.

—¡Eso es una tontería! —dijo—. ¡A tu edad no pasa nada de eso!

Anna probó un poquito del pastel. Estaba delicioso.

—¿Quieres un poco? —preguntó. Mamá negó con la cabeza.

—Hasta ahora has ido muy bien —dijo pasado un momento—. Todo el mundo me dice que tienes un acento francés perfecto, y la verdad es que sabes muchísimo, teniendo en cuenta que llevamos aquí menos de un año.

—Es que ahora parece como si ya no pudiera avanzar más —dijo Anna.

—¡Pero avanzarás! —dijo mamá.

Anna bajó los ojos al plato.

—Mira —prosiguió mamá—, estas cosas no suceden siempre como se espera. Cuando yo estudiaba música, a veces me pasaba semanas enteras luchando con algo sin adelantar ni un paso; hasta que de repente, cuando ya había perdido las esperanzas, se me aclaraba todo y me asombraba no haberlo visto antes. Tal vez a ti te pase igual con el francés.

Anna no dijo nada. No lo creía muy probable.

Entonces mamá pareció tomar una decisión repentina.

—Verás lo que vamos a hacer —dijo—. Faltan sólo dos meses para Navidad. ¿Eres capaz de intentarlo otra vez? Si cuando llegue la Navidad de veras sigues pensando que no puedes, veremos qué se puede hacer. No sé qué, porque no tenemos dinero para pagar clases, pero te prometo que pensaré algo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo Anna.

Lo cierto es que el pastel estaba riquísimo, y cuando se lo hubo tomado todo, hasta el último lametón de puré de castañas, se sentía ya mucho menos parecida a Grete. Se quedaron sentadas un ratito más en la mesita, porque se estaba muy bien en aquel sitio.

—Es agradable salir a tomar el té con mi hija —dijo mamá al fin, y sonrió.

Anna sonrió también.

La cuenta subió más de lo que habían pensado y al final no les quedó bastante para el bacalao, pero mamá compró mejillones en su lugar y no importó.

Por la mañana le dio a Anna una nota para *madame* Socrate explicando lo de los deberes, y debió poner algo más, porque *madame* Socrate le dijo a Anna que no se inquietara por los

estudios, y también volvió a encontrar tiempo que dedicarle durante la hora del almuerzo.

Después de aquello el trabajo del colegio no resultó ya tan duro. Cada vez que amenazaba con agobiarla, Anna recordaba que si de verdad le resultaba imposible no tendría que seguir intentándolo siempre, y entonces solía descubrir que sí podía hacerlo.

Hasta que, un día, el mundo entero cambió.

Era un lunes por la mañana, y Anna encontró a Colette junto a la verja del colegio.

—¿Qué hiciste el domingo? —le gritó Colette; y en vez de traducir mentalmente la pregunta al alemán, decidir la respuesta y luego traducir ésta al francés, Anna respondió: «Fuimos a ver a nuestros amigos».

Fue como si las palabras le vinieran de no se sabía dónde, en perfecto francés, sin tenerlas que pensar. Fue tal su asombro, que se detuvo en seco y ni siquiera oyó la pregunta siguiente de Colette.

—Decía —gritó Colette— que si sacasteis al gato.

—No, había demasiada humedad —dijo Anna, de nuevo en perfecto francés y sin pensar.

Era como un milagro, que Anna no podía creer que fuera a durar. Era como si de repente hubiera descubierto que podía volar, y de un momento a otro esperase estrellarse otra vez contra el suelo. El corazón le latía más de lo normal cuando entró en el aula, pero su nuevo talento no desapareció.

En la primera clase contestó correctamente a cuatro preguntas, por lo que *madame* Socrate la miró sorprendida y dijo: «¡Muy bien!». En el recreo estuvo charlando y riendo con Colette, y durante el almuerzo le explicó a Clothilde cómo guisaba mamá el hígado encebollado. Una o dos veces vaciló aún, y naturalmente cometía errores. Pero durante casi todo el tiempo pudo hablar en francés lo mismo que hablaba en alemán: automáticamente y sin pensarlo. Al final del día estaba casi mareada de excitación pero no cansada, y cuando se despertó a la mañana siguiente tuvo un momento de absoluto terror. ¿Y si su nueva habilidad se había esfumado lo mismo que había venido? Pero no tenía por qué alarmarse; al llegar al colegio descubrió que hablaba con fluidez aún mayor que antes.

Cuando acabó la semana, mamá la miraba asombrada.

—Jamás he visto a nadie cambiar tanto —dijo—. Hace unos días estabas paliducha y alicaída. Ahora parece como si hubieras crecido cinco centímetros y tienes un color estupendo. ¿Qué te ha pasado?

—Me parece que he aprendido a hablar en francés —dijo Anna.

Capítulo 20

Aquella Navidad les sorprendió con menos dinero aún que la anterior, pero fue más divertida por los Fernand. En Francia la celebración principal no es el día de Navidad sino la víspera de Año Nuevo, cuando a todos los niños se les deja estar levantados hasta medianoche, y hubo una cena especial con intercambio de regalos en casa de los Fernand. Anna había empleado parte de sus ahorros en comprarle chocolate al gato blanco, y después de cenar, en vez de jugar con Max y Francine, se quedó en el cuarto de estar para darle pedacitos de chocolate que iba poniéndole en el suelo. Mamá y *madame* Fernand estaban lavando los platos en la cocina, y papá y *monsieur* Fernand estaban bebiendo coñac y, arrellanados en dos sillones, se entregaban a una de sus conversaciones interminables.



Papá parecía muy interesado en lo que estaban hablando, y Anna estaba contenta porque desde aquella mañana, en que había llegado una postal del tío Julius, había estado todo el día callado y tristón. A lo largo del año habían llegado postales del tío Julius a intervalos irregulares, y, aunque nunca había en ellas verdaderas noticias, siempre estaban llenas de cariño. A veces ponía chistes, y siempre había mensajes para «tía Alicia», a los que papá respondía. Esta tarjeta iba dirigida a Anna, como de costumbre, pero no mencionaba en ella a la «tía Alicia»; ni siquiera había felicitación de Año Nuevo. En lugar de eso, al dorso de una fotografía de unos osos, el tío Julius no había escrito más que: «Cuanto más veo a los hombres, más amo a los animales». Ni siquiera había firmado con sus iniciales, como solía hacer, pero supieron que era de él por su letra bonita y pulcra.

Papá la había leído sin decir palabra, y luego la había puesto con las demás postales y cartas del tío Julius, que guardaba cuidadosamente en el cajón de su mesa. Apenas había hablado durante el resto del día, y ahora daba gusto verle tan animado como *monsieur* Fernand.

—Pero ustedes viven en un país libre —estaba diciendo—. ¡Eso es lo único que importa!

—Sí, pero... —dijo *monsieur* Fernand, y Anna se dio cuenta de que estaba otra vez preocupado por la Depresión.

La Depresión era lo único capaz de quitarle el buen humor a *monsieur* Fernand, y aunque Anna había preguntado varias veces qué era, nadie se lo había sabido explicar. Era algo que había ocurrido en Francia, y significaba que había menos dinero para todos y menos puestos de trabajo, y había hecho que a algunos colegas de *monsieur* Fernand les despidieran del periódico. Cada vez que *monsieur* Fernand hablaba de la Depresión, papá le recordaba que vivía en un país libre, y en esta ocasión, quizá debido a lo del tío Julius, papá estaba más elocuente que de costumbre.

Monsieur Fernand estuvo un rato discutiendo con él, y luego de repente se echó a reír.

Sobresaltado por el ruido, el gato abrió la boca y se le cayó un pedacito de chocolate. Cuando Anna alzó los ojos, *monsieur* Fernand estaba rellenando la copa de papá y dándole palmaditas en el hombro.

—¡Tiene gracia —decía— que usted se empeñe en señalar los aspectos más positivos de la situación, teniendo como tiene más quebraderos de cabeza que nadie!

Entonces mamá y *madame* Fernand volvieron a la habitación y pronto fue medianoche, y todos, hasta los niños, brindaron por el nuevo año.

—¡Feliz 1935! —exclamó *monsieur* Fernand, y todos repitieron: «¡Feliz 1935!».

—Por nosotros y por todos nuestros amigos —dijo papá en voz baja, y Anna supo que estaba pensando en el tío Julius.

En febrero mamá cogió la gripe, y justo cuando empezaba a ponerse mejor dio la mala suerte de que la portera enfermara de una pierna. Desde que se fue Grete, mamá hacía ella sola casi toda la limpieza, pero la portera subía una hora todas las mañanas para ayudarla en lo más pesado. Ahora le quedó todo a mamá. Nunca le habían gustado las tareas de la casa; además, estaba tristonera, como se suele estar después de la gripe, y el peso de toda la limpieza, la cocina, la colada, la plancha y la costura le resultaba agobiante. Anna y Max se encargaban de algunas cosas, como hacer la compra y vaciar el cubo de la basura, pero lógicamente casi todo el trabajo recaía sobre mamá, y ella no paraba de lamentarse.

—Guisar no me importa —decía—, pero es el estar siempre lavando, planchando y remendando: ¡se tarda tanto y no se acaba nunca!

Papá no era ninguna ayuda. No tenía ni idea de lo que había que hacer en una casa, y, cuando mamá se quejó de lo que le cansaba planchar las sábanas, pareció quedarse verdaderamente atónito.

—¿Pero por qué te molestas en hacer eso? —preguntó—. Si de todos modos se vuelven a arrugar al usarlas.

—¡Oh, tú no entiendes nada! —exclamó mamá.

Para colmo, Omamá proyectaba una visita a la tía abuela Sarah, y mamá quería que la casa estuviera bonita para cuando fuese a verla. Pero mientras limpiaba las habitaciones —y las limpiaba con una ferocidad a la que nunca las habían sometido ni Grete ni la portera— se acumulaba la ropa para lavar, y mientras preparaba comidas buenas y baratas el montón de ropa para coser crecía sin parar. Como papá parecía totalmente incapaz de comprender sus dificultades, mamá daba la impresión de pensar que él tenía la culpa, y una tarde tuvieron una discusión.

Mamá estaba intentando zurcir una camiseta vieja de Anna, y lamentándose bastante porque para cuando acabara con eso la estaba esperando un montón de calcetines y fundas de almohada.

Entonces intervino papá.

—No me vas a decir que eso que estás haciendo no es innecesario —dijo—. ¡No puede haber verdadera necesidad de remendar la ropa interior de los niños, cuando no la va a ver nadie!

Podía haberse imaginado, pensó Anna, que aquello desencadenaría una explosión.

—No tienes ni idea..., pero ni idea... —gritó mamá—, de todo el trabajo que tengo que hacer. ¡Me mato a lavar, guisar, planchar y zurcir, y lo único que a ti se te ocurre es decir que no es necesario!

—¡Sólo por lo mucho que te quejas! —dijo papá—. Al fin y al cabo, otras personas se las arreglan. Mira *madame* Fernand.

Eso provocó otro estallido.

—¡A *madame* Fernand le encanta el trabajo de la casa! —vociferó mamá—. Y además tiene asistenta todos los días y máquina de coser. ¡Mira esto! —exclamó, agitando en el aire una funda de almohada con un desgarrón—. Esto ella lo podría coser en dos minutos, mientras que a mí me llevará por lo menos media hora. ¡Si eres capaz de compararme con ella, es que no tienes ni idea de lo que estás hablando!

Papá se quedó cortado ante esa vehemencia. Él quería a mamá, y sentía muchísimo verla disgustada.

—Sólo he querido decir —dijo— que, para una persona inteligente como tú, debe haber maneras de simplificar...

—¡Entonces ve a preguntarle a *madame* Fernand! —gritó mamá—. ¡A mí lo único que me han enseñado es a tocar el piano! —Y se fue dando un portazo.

Al día siguiente, cuando Anna volvía del colegio, se encontró con papá en el ascensor. Llevaba una caja grande de madera con un asa.

—¿Qué es eso? —preguntó Anna, y papá dijo: «Un regalo para mamá».

Anna estaba ansiosa por saber lo que era y casi no podía esperar a que lo abriesen, pero a mamá se le cayó el alma a los pies cuando lo vio.

—No me digas que has comprado... —empezó, mientras papá levantaba la tapa y anunciaba orgulloso: «¡Una máquina de coser!».

No se parecía en nada a la máquina de coser de *madame* Fernand, pensó Anna. La de *madame* Fernand era plateada, pero ésta era negra grisácea y tenía una forma muy extraña.

—Por supuesto que no es nueva —dijo papá—, y quizá haga falta limpiarla. Pero así podrás

zurcir las almohadas y los calcetines, y hacer la ropa de los niños sin preguntarle a *madame* Fernand...

—Yo no sé hacerles la ropa —dijo mamá—, y no se pueden zurcir calcetines con una máquina de coser.

Parecía absolutamente horrorizada.

—Bueno, pues lo que se haga con una máquina de coser —dijo papá.

Todos se quedaron mirando aquella cosa de encima de la mesa. No parecía, pensó Anna, capaz de hacer nada.

—¿Cuánto te ha costado? —preguntó mamá.

—Por eso no te preocupes —dijo papá—. Hoy me han pagado por aquel artículo extra que escribí para el *Diario Parisino*.

—¡Pero si nos hacía falta ese dinero! —gritó—. ¿No te acuerdas? Hay que pagar el alquiler y la cuenta del carnicero, y Anna necesita zapatos nuevos. ¡Dijimos que los compraríamos con el dinero del artículo!

Papá puso cara de aflicción. Estaba claro que no se había acordado de nada de eso, pero antes de que mamá pudiera decir nada más sonó el timbre y Anna salió a abrir. Era *madame* Fernand. Con la emoción de la máquina de coser, a todos se les había olvidado que iba a ir a tomar el té.

—¡Mire! —exclamaron mamá y papá, pero en tonos de voz muy diferentes, cuando Anna la hizo pasar al comedor.

Madame Fernand contempló la máquina con expresión de incredulidad.

—¿De dónde la han sacado? —preguntó—. ¡Debe haber sido del arca de Noé!

—¿Tan vieja es? —dijo papá. *Madame* Fernand inspeccionó la máquina más de cerca.

—¿La han comprado? —preguntó, aún estupefacta.

—¡Naturalmente! —dijo papá.

—Pero es que la placa de la aguja... está rota —dijo *madame* Fernand—. Y todo el eje está torcido para un lado..., como si se hubiera caído..., así que esto no puede funcionar.

Observó unas señales en relieve que aparecían sobre un costado de la máquina y las frotó con el pañuelo. Poco a poco fueron saliendo unas cifras de debajo de la suciedad. Formaban una fecha: 1896. *Madame* Fernand se volvió a guardar el pañuelo en el bolsillo.

—Como antigüedad puede ser interesante —dijo firmemente—, pero como máquina de coser hay que devolverla a la tienda.

Papá todavía no podía creer que su maravilloso regalo no sirviera para nada.

—¿Está segura? —preguntó.

—Segurísima —dijo *madame* Fernand—. Llévase la ahora mismo y dígales que le devuelvan el dinero.

—¿Y entonces yo podré tener zapatos nuevos? —preguntó Anna. Sabía que no era el mejor momento para mencionarlo, pero los viejos estaban muy usados, aparte de que le hacían daño en el dedo gordo, y hacía tiempo que tenía la ilusión de un par nuevo.

—Sí, sí —dijo mamá con impaciencia, pero papá titubeaba aún.

—Espero que lo acepten —dijo—. El hombre que me la vendió no parecía muy amable.

—Yo iré con usted —dijo *madame* Fernand—. Quiero ver ese sitio donde venden máquinas

de coser de museo —y Anna fue también con ellos.

En la tienda no vendían sólo máquinas de coser, como Anna se había imaginado, sino toda clase de cosas diversas, desde sillas viejas y mesitas desvencijadas hasta cuadros agrietados. Habían sacado algunas de aquellas cosas a la calle, y un hombrecito mal vestido estaba muy atareado extendiendo una piel de tigre medio pelada sobre una cómoda que había en el medio. Cuando vio a papá, sus ojos, que eran extrañamente claros, se semicerraron.

—Buenas tardes —dijo papá cortésmente, como siempre—. Hoy mismo le he comprado esta máquina de coser, pero me temo que no funcione.

—¿No? —dijo el hombre, pero no pareció muy sorprendido.

—No —dijo papá—. Así que se la he vuelto a traer.

El hombre no dijo nada.

—Y le agradecería que tuviera la bondad de devolverme el dinero.

—¡Ah, no! —dijo el hombre—. Eso no puede ser. Un trato es un trato.

—Pero la máquina no funciona —dijo papá.

—Mire, señor —dijo el hombre, abandonando momentáneamente la piel de tigre—. Usted vino y compró una máquina de coser. Ahora ha cambiado de opinión y quiere que le devuelva el dinero. Bueno, pues yo no trabajo así. Un trato es un trato, y no hay más que hablar.

—Estoy de acuerdo en que un trato es un trato —dijo papá—. Pero la máquina está rota.

—¿Dónde?

Papá señaló vagamente.

El hombre no hizo ni caso.

—Cosillas averiadas —dijo—. No le costará casi nada sustituirlas. Al fin y al cabo, no esperará usted que sea perfecta..., al precio que ha pagado por ella.

—No, claro que no —dijo papá—; pero, en vista de que no funciona, ¿no cree usted que debería quedarse con ella otra vez?

—No señor —dijo el hombre.

Papá parecía no saber qué otra cosa decir, y Anna se veía ya despidiéndose de sus zapatos nuevos. Sabía que papá había sido engañado, pero también sabía que había actuado con su mejor intención, y que no era la clase de persona capaz de obligar al vendedor a devolver el dinero. Anna dio un suspiro; pero no había contado con *madame* Fernand.

—¡Oiga usted! —gritó *madame* Fernand, tan fuerte que varios transeúntes se volvieron a mirarla—. Ha vendido usted a este señor una ruina de máquina de coser, dándole a entender que funcionaba. Eso es un delito penado por la ley. Sepa usted que lo voy a poner en conocimiento de la policía inmediatamente, y no me cabe ninguna duda de que les interesará mucho toda la demás chatarra que tiene usted aquí.

—¡Señora..., por favor! —exclamó el hombre, que ahora de pronto tenía los ojos muy abiertos.

—¡No me va usted a decir que todo esto lo ha adquirido honradamente! —gritó *madame* Fernand, dándole un tirón despectivo a la piel de tigre—. ¡Su negocio no tiene nada de honrado! Cuando la policía haya acabado con usted, mi marido, que es periodista, le denunciará a usted en su periódico...

—¡Por favor, señora! —volvió a exclamar el hombre, metiéndose la mano en el bolsillo—. ¡Todo por un pequeño malentendido!

Y apresuradamente le dio a papá unos billetes sacados de su cartera mugrienta.

—¿Es esa cantidad? —preguntó *madame* Fernand severamente.

—Así parece —dijo papá.

—Entonces vámonos —dijo ella.

Sólo habían dado unos pasos cuando el hombre de la tienda les alcanzó corriendo.

«¿Qué pasaría ahora?», pensó Anna nerviosamente.

El hombre señaló como disculpándose.

—Perdone usted, señor, si no le molesta —dijo.

Papá bajó la vista y descubrió que todavía iba cargando con la máquina de coser. Rápidamente la dejó en el suelo.

—Le ruego que me disculpe —dijo—. Habrá sido que estaba un poco despistado.

—Por supuesto, señor. Es muy natural, señor —dijo el hombre sin ninguna convicción.

Cuando Anna se volvió a mirar un momento después, estaba colocando melancólicamente la máquina de coser encima de la piel de tigre.

Acompañaron a *madame* Fernand a la estación del Metro.

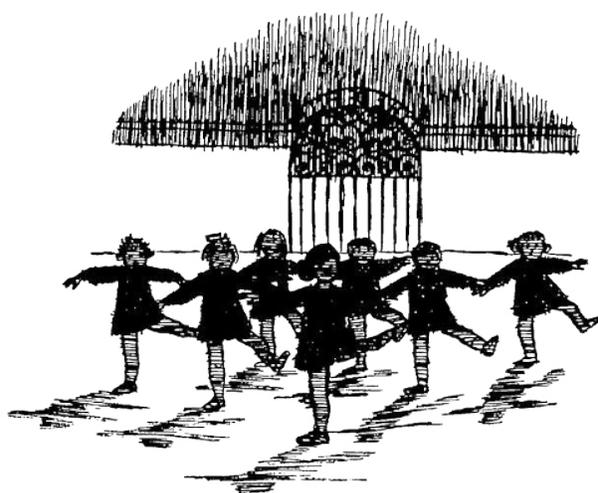
—Y a ver si no hacemos más tonterías con máquinas de coser —dijo antes de separarse de ellos—. Saben ustedes que pueden pedirme la mía siempre que quieran. Y dile a tu madre —añadió dirigiéndose a Anna— que mañana iré por ahí a echarle una mano en la costura.

Miró a papá con una especie de admiración.

—Vaya pareja —dijo—. ¡No creo que haya nadie con menos sentido práctico que ustedes dos!

Anna y papá volvieron a casa andando. Hacía frío, pero el cielo era de un azul claro y luminoso, y aunque todavía no había indicio alguno de la primavera se notaba que no estaba muy lejos. Aquella mañana Anna había sacado un siete en el dictado: sólo tres faltas. El dinero de sus zapatos nuevos iba seguro en el bolsillo de papá. Se sentía muy feliz.

Capítulo 21



Omamá llegó a casa de la tía abuela Sarah justo antes de Pascua, y fue a ver a mamá y los niños por la tarde del día siguiente. Con ayuda de la portera, que ya estaba mejor de su pierna, mamá había limpiado y arreglado la casa para que tuviera el mejor aspecto posible, pero no se podía disimular que era muy pequeña y tenía pocos muebles.

—¿No podéis encontrar algo mayor? —preguntó Omamá mientras todos tomaban el té sobre el hule rojo del comedor.

—Nos saldría más caro —dijo mamá, sirviéndole un poco más de flan de manzana

hecho en casa—. Apenas podemos pagar éste.

—¿Pero tu marido...? —Omamá parecía muy sorprendida.

—Es la Depresión, madre —dijo mamá—. ¡Supongo que habrás leído algo...! Estando tantos escritores franceses sin trabajo, ningún periódico francés va a encargarse a un alemán que escriba para él, y el *Diario Parisino* no puede pagar mucho.

—Sí, pero de todos modos... —Omamá paseó la vista por el cuartito, bastante groseramente, pensó Anna, porque al fin y al cabo no estaba tan mal; y en ese mismo momento, Max, inclinándose para atrás en la silla como de costumbre, aterrizó en el suelo echándose un plato de flan de manzana por encima—... no es manera de criar a los niños —acabó Omamá la frase, exactamente como si Max la hubiera cristalizado para ella.

Anna y Max estallaron en una risa incontrolable, pero mamá dijo: «¡Eso son tonterías, madre!, —muy secamente y le mandó a Max que fuera a limpiarse—. Lo cierto es que los niños están estupendamente», continuó, y, una vez que Max hubo salido del comedor, añadió: «Max está estudiando en serio por primera vez en su vida».

—¡Y yo me voy a presentar al *certificat d'études*! —dijo Anna. Ésa era su gran noticia: *madame* Socrate había decidido, en vista de lo mucho que Anna había adelantado, que ya no

había razón para que no se presentase al examen en el verano, junto con el resto de su curso.

—¿El *certificat d'études*? —dijo Omamá—. ¿Eso es una especie de diploma de la escuela elemental?

—Es para los niños franceses de doce años —dijo mamá—, y la profesora de Anna está sorprendida de que la niña se haya puesto a su nivel tan deprisa.

Pero Omamá meneó la cabeza.

—A mí todo eso me parece muy raro —dijo, y miró a mamá con tristeza—. ¡Tan distinto de como te educaste tú!

Había llevado regalos para todos, y durante el resto de su estancia en París organizó, como en Suiza, varias salidas con mamá y los niños, con las que ellos disfrutaron mucho y que normalmente no habrían podido hacer. Pero en realidad no entendía su nueva vida.

La frase «no es manera de criar a los niños», pasó a ser una especie de lema en la familia. «No es manera de criar a los niños», decía Max con voz de reproche a mamá cuando a ella se le había olvidado hacerle los emparedados para el colegio, y Anna meneaba la cabeza y decía: «¡No es manera de criar a los niños!», cuando la portera pillaba a Max bajando la escalera por el pasamanos.

Después de una de las visitas de Omamá, papá, que generalmente lograba evitar encontrarse con ella, preguntó a mamá: «¿Cómo ha estado tu madre?», y Anna oyó a mamá responder: «Muy amable y absolutamente carente de imaginación, como siempre».

Cuando llegó el momento de su regreso al sur de Francia, Omamá abrazó cariñosamente a mamá y a los niños.

—Y acuérdate —le dijo a mamá— de que si te encuentras en apuros puedes mandarme a los niños.

Anna y Max se miraron, y Anna hizo con los labios como si dijera: «No es manera de criar a los niños», y aunque eso no estaba bien después de toda la amabilidad de Omamá, los dos tuvieron que hacer muecas horribles para no echarse a reír.

Pasadas las vacaciones de Pascua, Anna se moría de impaciencia por volver al colegio. Todo lo del colegio le encantaba desde que había aprendido a hablar francés. De repente el trabajo escolar parecía muy fácil, y empezaba a gustarle escribir cuentos y redacciones en francés. No se parecía en nada a escribir en alemán: se podía hacer que las palabras hicieran cosas muy distintas, y Anna lo encontraba extrañamente emocionante.

Ni siquiera los deberes eran ya tan pesados.

Lo más duro eran los grandes tochos de francés, historia y geografía que había que aprender de memoria, pero Anna y Max habían descubierto una manera de salir airosos. Si estudiaban el pasaje señalado justo antes de dormirse, a la mañana siguiente se lo sabían siempre. Por la tarde empezaba a desvanecerse, y al segundo día se les había olvidado completamente, pero se les quedaba en la memoria durante el tiempo que hacía falta.

Una noche papá entró en su dormitorio cuando estaban tomándose la lección el uno al otro. La de Anna trataba de Napoleón, y papá la estuvo contemplando boquiabierto mientras ella

soltaba la retahíla. Empezaba por «Napoleón nació en Córcega», y después venía una larga lista de fechas y batallas, hasta «murió en 1821».

—¡Qué manera tan curiosa de estudiar a Napoleón! —dijo papá—. ¿Es eso todo lo que sabes de él?

—¡Pero si lo he dicho todo! —dijo Anna un poco ofendida, y con mayor razón porque no se había equivocado ni una sola vez.

Papá se echó a reír.

—No, no lo has dicho todo —dijo, y acomodándose sobre la cama de Anna empezó a hablarles de Napoleón.

Les habló de su infancia en Córcega con sus muchos hermanos, de cómo sobresalía en el colegio y cómo llegó a oficial a los quince años y a comandante en jefe de todo el ejército francés a los veintiséis; y de cómo hizo a sus hermanos y hermanas reyes y reinas de los países que conquistaba, pero no logró nunca impresionar a su madre, que era una campesina italiana.

—«*C'est bien pourvu que ça dure*». —Decía ella con desdén cuando le llevaban noticias de cada nuevo triunfo, que quería decir: «Bien está mientras dure».

Luego les explicó cómo ese presentimiento de la madre se había cumplido, cómo la mitad del ejército francés quedó destruido en la desastrosa campaña de Rusia, y finalmente la muerte solitaria de Napoleón en la isleta de Santa Elena.

Anna y Max le escuchaban embobados.

—Es igual que una película —dijo Max.

—Sí —dijo papá pensativo—. Igual que una película.

Esta bien, pensaba Anna, que últimamente papá tuviera más tiempo para hablar con ellos. Todo era porque, debido a la Depresión, el *Diario Parisino* había reducido su número de páginas y ya no podía publicar tantos artículos suyos. Pero a mamá y papá no les parecía tan bien ni mucho menos, y mamá, en particular, andaba siempre preocupada por el dinero.

—¡No podemos seguir así! —La oyó un día Anna decirle a papá—. Siempre he pensado que deberíamos habernos ido directamente a Inglaterra.

Pero papá no hizo más que encogerse de hombros y decir: «Ya se arreglará».

Poco después de aquello papá volvió a estar muy atareado, y Anna le oía escribir a máquina por la noche hasta muy tarde, conque supuso que efectivamente «se había arreglado» y no pensó más en ello. De cualquier manera, el colegio la tenía demasiado absorbida como para prestar mucha atención a lo que sucediera en casa. El *certificat d'études* se aparecía cada día más temible y más próximo, y Anna estaba empeñada en aprobar; con sólo un año y nueve meses de estar en Francia, pensaba que sería espléndido.

Al fin llegó el día, y a primera hora de una mañana calurosa de julio *madame* Socrate llevó a sus niñas por las calles hasta un colegio cercano. Tenían que ser examinadas por profesoras desconocidas, para que no hubiera injusticias. Había que hacerlo todo en el mismo día, de modo que no había mucho tiempo para cada una de las muchas materias que entraban en el examen: francés, aritmética, historia, geografía, canto, costura, dibujo y gimnasia.

Lo primero fue la aritmética, un examen escrito de una hora del que Anna salió pensando que lo había hecho bastante bien. Luego hubo un dictado en francés, y un descanso de diez minutos.

—¿Qué tal lo has hecho? —preguntó Anna a Colette.

—Bien —dijo Colette.

Hasta allí, la cosa no había ido mal.

Acabado el descanso les dieron dos hojas de preguntas de historia y geografía, con media hora para cada una, y después... ¡el desastre!

—Como estamos un poco escasos de tiempo —anunció la profesora encargada—, se ha decidido que este año, en lugar de examinar a las candidatas de costura y dibujo, y sumar ambas notas como en años anteriores, se las examinará solamente de costura, y la nota contará como una asignatura entera.

La costura era lo que peor le salía a Anna. Jamás se acordaba de los nombres de los diferentes puntos, y, quizá por lo mal que se le daba a mamá, no veía en todo ello más que una manera lastimosa de perder el tiempo. Ni siquiera *madame* Socrate había sido capaz de interesarla jamás por aquella clase. Le había cortado un delantal para que ella lo cosiera, pero Anna lo había llevado tan despacio que cuando lo acabó ya había crecido y no le servía.

De ahí que el anuncio de la profesora la sumiera en un estado de profundo pesimismo, que se vio confirmado cuando le dieron un cuadrado de tela, aguja e hilo y unas cuantas instrucciones incomprensibles. Durante media hora estuvo improvisando lo que pudo, rompiendo el hilo y hurgando frenéticamente en nudos que aparecían como por arte de magia, y al final entregó una muestra tan sobada y arrugada que hasta la profesora encargada de recogerlo se quedó atónita al verla.

El almuerzo con Colette en el patio del colegio fue bastante triste.

—Si te suspenden en una asignatura, ¿te suspenden automáticamente en todo? —preguntó Anna mientras se comían sus emparedados, sentadas en un banco a la sombra.

—Me figuro que sí —dijo Colette—, a menos que saques sobresaliente en otra..., entonces te compensa.

Anna repasó mentalmente los exámenes que había hecho ya. Excepto el de costura, todos los había hecho bien, pero no como para sobresaliente. Sus probabilidades de aprobar parecían muy escasas.

Se animó un poco, sin embargo, cuando vio los temas de redacción que ponían por la tarde.

Había tres para elegir, y uno de ellos era «Un viaje». Anna decidió describir lo que pensaba que debía haber sido el viaje de papá cuando se fue de Berlín a Praga con fiebre alta, sin saber si le detendrían o no en la frontera. Daban toda una hora para hacerlo, y, conforme Anna iba escribiendo, el viaje de papá se le representaba con mayor viveza. Tenía la impresión de saber exactamente cómo debía haber sido, lo que papá debía haber pensado y cómo la fiebre le habría hecho confundir continuamente lo que estaba pensando y lo que estaba sucediendo en realidad. Para cuando papá llegó a Praga, Anna había escrito casi cinco hojas, y tuvo tiempo justo de leerlas para corregir la puntuación y la ortografía antes de que se las recogieran. Pensaba que era una de las mejores redacciones que había escrito nunca, y si no fuera por la maldita costura podría estar segura de haber aprobado.

Los únicos exámenes que quedaban eran los de canto y gimnasia. La prueba de canto era individual, pero como se echaba el tiempo encima fue muy breve.

—Canta la *Marsellesa* —le ordenó la profesora, pero a los pocos compases la interrumpió—. Muy bien..., ya vale. ¡La siguiente!

Sólo quedaban diez minutos para la gimnasia.

«¡Deprisa, deprisa!», gritaba la profesora mientras las conducía en rebaño al patio y les mandaba extenderse. Había otra profesora para ayudarla, y entre las dos colocaron a las niñas en cuatro hileras largas con un par de metros de separación entre una y otra.

—¡Atención! —gritó una de las profesoras—. ¡Pónganse todas sobre la pierna derecha, con la izquierda levantada hacia delante!

Todas lo hicieron excepto Colette, que se quedó sobre la pierna izquierda y tuvo que cambiarse disimuladamente. Anna estaba muy derecha, con los brazos extendidos para mantener el equilibrio y la pierna izquierda todo lo alta que podía. Por el rabillo del ojo veía a algunas de las demás, y ninguna tenía la pierna tan levantada como ella. Las dos profesoras iban pasando por entre las hileras de niñas, algunas de las cuales estaban empezando a tambalearse y a perder el equilibrio, y tomaban notas en un papel. Al llegar a Anna se detuvieron.

—¡Muy bien! —dijo una de las profesoras.

—Realmente excelente —dijo la otra—. ¿No te parece...?

—¡Ah, desde luego! —dijo la primera, e hizo una señal en el papel.

—¡Ya está! ¡Pueden irse a casa! —gritaron al llegar al final de la fila, y Colette corrió a Anna y la abrazó.

—¡Lo has conseguido!, ¡lo has conseguido! —exclamó—. ¡Te han puesto sobresaliente en gimnasia, así que ya no importa si te suspenden en costura!

—¿Tú crees? —dijo Anna, pero en el fondo estaba segura de lo mismo.

Volvió a casa por las calles calurosas desbordante de satisfacción y con muchísimas prisas por contárselo a mamá.

—¿Quieres decir que por lo bien que te tienes sobre una pierna no importará que no sepas coser? —dijo mamá—. ¡Vaya examen más chocante!

—Ya lo sé —dijo Anna—, pero me figuro que lo verdaderamente importante será el francés, la aritmética y esas cosas, y creo que eso lo he hecho bastante bien.

Mamá había hecho limonada, y se sentaron a beberla en el comedor mientras Anna seguía parlotando.

—Tienen que darnos los resultados dentro de pocos días..., no puede ser mucho más tarde porque ya casi se está acabando el curso. ¡Sería maravilloso que me aprobasen..., con menos de dos años que hace que estoy en Francia!

Mamá estaba mostrándose de acuerdo en que sería maravilloso cuando sonó el timbre y apareció Max, pálido y excitado.

—¡Mamá! —dijo casi antes de entrar—. Tienes que venir el sábado a la entrega de premios. Si pensabas hacer otra cosa, tienes que dejarlo. ¡Es muy importante!

Mamá se alegró mucho.

—Entonces, ¿es que te han dado el premio de latín? —preguntó.

Pero Max negó con la cabeza.

—No —dijo, y pareció como si el resto de la frase se le atascara en la garganta—. Me han dado..., —empezó, y al fin lo soltó—, ¡me han dado el *prix d'excellence*! ¡Eso significa que me consideran el mejor estudiante de la clase!

Lógicamente hubo muestras de contento y felicitaciones por parte de todos. Hasta papá dejó de escribir a máquina para oír la gran noticia, y a Anna le pareció tan estupenda como a los demás. Pero no pudo dejar de pensar que habría preferido que llegase en otro momento. ¡Había trabajado tanto y se había hecho tantas ilusiones por sacar el *certificat d'études*! Después de lo de Max, aun en el caso de que aprobara, ¿a quién le iba a impresionar? ¡Y menos si su éxito había de deberse en parte a su habilidad para tenerse sobre una sola pierna!

Cuando se anunciaron los resultados, no fue ni la mitad de emocionante de lo que se había imaginado. La habían aprobado, lo mismo que a Colette y a casi todas las niñas de la clase. *Madame* Socrate entregó a cada una de las aprobadas un sobre que contenía un certificado con su nombre.

Pero cuando Anna abrió el suyo encontró algo más: unidos al certificado había dos billetes de diez francos y una carta del alcalde de París.

—¿Qué quiere decir esto? —preguntó a *madame* Socrate.

La cara arrugada de *madame* Socrate se frunció en una sonrisa de satisfacción.

—El alcalde de París ha decidido premiar las veinte mejores redacciones escritas por los niños que se presentaban al *certificat d'études* —explicó—. Parece ser que te han dado a ti uno de los premios.

Cuando Anna se lo contó a papá, él se puso tan contento como con el *prix d'excellence* de Max.

—Son tus primeros honorarios profesionales como escritora —dijo—. Lo verdaderamente notable es que los hayas ganado en una lengua que no es la tuya.

Capítulo 22

Llegaron las vacaciones de verano, y de pronto Anna se dio cuenta de que nadie había dicho nada de irse de veraneo. Hacía mucho calor. Bajo las suelas de los zapatos se sentía arder el asfalto, y el sol parecía impregnar las calles y las casas, de modo que ni de noche se enfriaban. Los Fernand se habían ido a la costa nada más acabar el curso, y de julio a agosto París se fue vaciando gradualmente. La papelería de la esquina fue la primera tienda que puso el cartel de «Cerrado hasta septiembre», pero varias otras no tardaron en seguir su ejemplo. Hasta el dueño de la tienda donde papá había comprado la máquina de coser echó los cierres y se marchó.

Costaba trabajo saber qué hacer durante los largos días de calor. En casa se asfixiaba uno, y hasta en la placita sombreada donde Anna y Max solían jugar hacía demasiado calor como para hacer nada interesante. Botaban la pelota o jugaban un rato con los trompos, pero en seguida se cansaban y se derrumbaban sobre un asiento, a soñar con baños y bebidas frías.

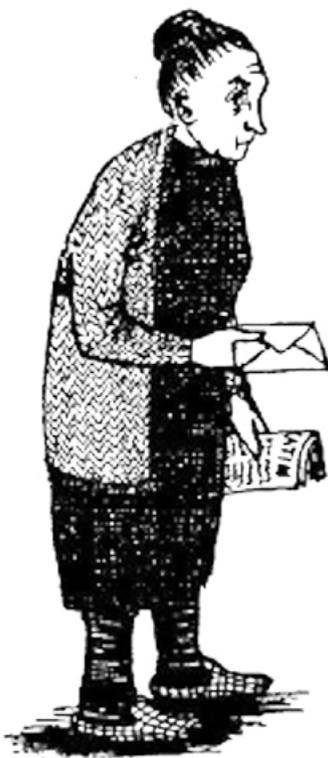
—¡Sería estupendo —dijo Anna— que ahora estuviéramos sentados a la orilla del lago de Zurich y pudiéramos darnos un chapuzón!

Max tiró de su camisa para despegársela del cuerpo.

—No es nada probable —dijo—. Casi no tenemos dinero para pagar el alquiler, conque menos aún para irnos.

—Ya lo sé —dijo Anna; pero sonaba tan triste que añadió—: A menos que alguien quiera comprar el guión de papá.

El guión de cine de papá estaba inspirado en una conversación con los niños acerca de Napoleón. No era sobre el propio Napoleón, sino sobre su madre: cómo había sacado adelante a sus hijos sin tener dinero, cómo el triunfo de Napoleón transformó las vidas de todos ellos y cómo ella, convertida en una anciana ciega, acabó sobreviviendo a su hijo, muriendo mucho



después de la derrota final de él. Era el primer guión de cine que papá escribía, y había estado trabajando en él cuando Anna creía que las cosas se habían «arreglado» en el *Diario Parisino*. En vista de que el periódico estaba ahora pasando por mayores dificultades que nunca, Anna tenía puestas sus esperanzas en que papá hiciese fortuna con la película, pero hasta el momento había habido pocos indicios de tal cosa.

Dos productoras cinematográficas a las que papá se lo había presentado lo habían devuelto con desoladora rapidez. Finalmente papá se lo había enviado a un director de cine húngaro que residía en Inglaterra, y esa posibilidad parecía aún más remota, porque no se sabía con certeza si el húngaro leía alemán. Además, pensaba Anna, ¿por qué los ingleses, que habían sido los mayores enemigos de Napoleón, iban a tener más interés que los franceses en hacer una película sobre él? Pero por lo menos el guión no había vuelto aún, de modo que todavía había esperanzas.

—Yo en el fondo no creo que nadie vaya a comprar esa película, ¿y tú? —dijo Max—. Y no sé de dónde van a sacar el dinero papá y mamá.

—Ya saldrá algo —dijo Anna, pero por dentro estaba un poco asustada. Y si no salía nada ¿qué?

A mamá nunca la habían visto tan irritable. Se llevaba un berrinche por las cosas más tontas, como cuándo a Anna se le rompió el pasador del pelo. «¿No podías haber tenido más cuidado?», había tronado mamá, y, al señalarle Anna que el pasador sólo costaba treinta céntimos, había gritado:

«¡Treinta céntimos son treinta céntimos!», y se había empeñado en pegar los dos trozos antes de comprar otro nuevo. Un día les había dicho, de buenas a primeras: «¿Os gustaría pasar una temporada con Omamá?».

Max había contestado: «¡No mucho!», y todos se habían echado a reír, pero después ya no pareció tan gracioso.

Por la noche, en el dormitorio oscuro y caluroso, Anna se angustiaba por lo que pasaría si la situación financiera de papá no mejoraba. ¿De veras les mandarían a Max y a ella con los abuelos?

A mediados de agosto llegó una carta de Inglaterra, firmada por la secretaria del director de cine húngaro. Decía que el director agradecía a papá el envío del guión y que tendría mucho gusto en leer cualquier cosa de un autor tan distinguido, pero que se sentía en el deber de advertir a papá de la general falta de interés que había en ese momento hacia las películas sobre Napoleón.

Mamá, que se había puesto muy nerviosa a la vista del sello inglés, se llevó una gran desilusión.

—¡Hace casi un mes que lo tiene y todavía no lo ha leído! —exclamó—. ¡Si estuviéramos en Inglaterra, podríamos hacer algo!

—No sé qué —dijo papá; pero últimamente «Si estuviéramos en Inglaterra» era el lema constante de mamá. No era solamente por la simpática institutriz inglesa que había tenido de pequeña, sino porque continuamente le llegaban noticias de otros refugiados que se habían establecido en Inglaterra y habían encontrado trabajos interesantes. Odiaba a los periódicos

franceses porque no le pedían a papá que escribiera para ellos, odiaba a las productoras francesas por rechazar su película, y sobre todo odiaba estar siempre tan apurada de dinero que hasta la compra de pequeños artículos de necesidad, como un tubo nuevo de pasta de dientes, se convertía en motivo de preocupación.

Transcurridas unas dos semanas desde la llegada de la carta de Inglaterra, la situación llegó a su punto más negro. La cosa empezó al averiarse la cama de mamá. Estaba recogiendo después de desayunar, y una vez guardadas las sábanas y almohadas iba a convertirla nuevamente en sofá, cuando de pronto se le atascó. El asiento-colchón que debía deslizarse sobre la ropa de cama se negó a correr. Mamá llamó a Max en su ayuda y los dos se pusieron a empujar, pero sin resultado. El asiento seguía tercamente extendido en mitad de la habitación mientras mamá y Max se enjugaban el sudor del rostro, pues hacía mucho calor.

—¡Oh, por qué siempre se tendrá que estar estropeando algo! —gritó mamá—. Habrá que decirle a la portera que lo arregle. Anna, baja ahora mismo y dile que suba.

No era aquélla una misión muy apetecible. Recientemente, para ahorrar, mamá había puesto fin al acuerdo según el cual la portera subía todos los días para ayudarla en la limpieza, y ahora la portera estaba siempre de muy mal humor. Pero afortunadamente Anna se la encontró a la puerta del piso.

—Venía a traer el correo —dijo la portera (era sólo una circular)—, y por el alquiler.

—Buenos días, señora —dijo papá, cortésmente como siempre, al encontrársela en el vestíbulo, y, al verla entrar en su habitación detrás de Anna, mamá le dijo: «¿Quiere usted echar un vistazo a esta cama?».

La portera dio un empujón desganado a la cama.

—Será que la han estado hurgando los niños —dijo, y a renglón seguido repitió—: He venido por el alquiler.

—Los niños no la han tocado —dijo mamá de mal talante—, y ¿cómo es eso del alquiler? No hay que pagarlo hasta mañana.

—Hoy —dijo la portera.

—Pero hoy no estamos a uno de septiembre.

Por toda respuesta, la portera apuntó en silencio a la fecha de un periódico que llevaba en la mano.

—Está bien —dijo mamá, y llamó a papá—: Es el alquiler.

—No recordaba que había que pagarlo hoy —dijo papá—. Me temo que tendrá usted que esperar hasta mañana —ante lo cual en el rostro de la portera apareció una expresión particularmente desagradable.

Mamá miró a papá angustiada.

—Pero no lo entiendo —dijo rápidamente en alemán—. ¿No fuiste ayer al *Diario Parisino*?

—Naturalmente —dijo papá—, pero me pidieron que esperara hasta hoy por la mañana.

Últimamente el *Diario Parisino* atravesaba tales dificultades que el director a veces se veía en apuros para pagarle a papá incluso los pocos artículos que podía publicarle, y ahora precisamente le debía tres.

—No sé de qué están ustedes hablando entre sí —les interrumpió la portera groseramente—,

pero el alquiler hay que pagarlo hoy. No mañana, sino hoy.

Tanto a mamá como a papá les sorprendió el tono con que lo dijo.

—Cobraré usted el alquiler —dijo mamá, poniéndose colorada—. ¡Ahora quiere usted hacer el favor de arreglar este trasto, porque en algún sitio tengo que dormir esta noche!

—Encima, ¿no? —dijo la portera, sin mover ni un dedo—. ¡Para una gente que ni siquiera paga cuando debe...!

Papá se puso furioso.

—¡No le voy a permitir que hable así a mi esposa! —dijo, pero la portera no se inmutó.

—¡No se dé usted tanta importancia —dijo—, si no tiene de qué!

Entonces mamá perdió los estribos.

—¡Haga el favor de arreglar esta cama! —gritó—. ¡Y si no sabe, lárguese!

—¡Ja! —dijo la portera—. ¡Bien sabía Hitler lo que hacía al deshacerse de gente como ustedes!

—¡Fuera! —gritó papá, y la empujó hacia la puerta.

Mientras salía, Anna la oyó decir: «¡La culpa la tiene el gobierno, por haberles dejado entrar en el país!».

Cuando volvieron junto a mamá la encontraron inmóvil, mirando la cama. Había en su rostro una expresión que Anna no había visto nunca. Al entrar papá, mamá gritó: «¡No podemos seguir así!», y le dio a la cama un tremendo puntapié. Algo debió desengancharse, porque al instante el asiento salió disparado sobre el somier y se cerró de golpe. Todos se echaron a reír menos mamá, que de pronto se quedó muy tranquila.

—Hoy es jueves —dijo con voz insólitamente calmada—, de modo que habrá matinal infantil en el cine —buscó en su bolso y le dio dinero a Max—. Id los dos.

—¿Seguro? —preguntó Max. Cada entrada de la matinal costaba un franco, y desde hacía tiempo mamá decía que era demasiado caro.

—Sí, sí —dijo mamá—. Daos prisa o llegaréis con la película empezada.

Había algo raro en todo aquello, pero no era cosa de perderse una ocasión así, conque Anna y Max se fueron al cine y vieron tres películas de dibujos, un noticiario y un documental sobre pesca de altura. Cuando volvieron todo estaba normal en casa. La comida estaba en la mesa, y mamá y papá estaban muy juntos al lado de la ventana, hablando.

—Os agradecerá saber —les dijo papá al verles entrar— que la horrible portera ya tiene su alquiler. Cobré lo que me debían en el *Diario Parisino*.

—Pero tenemos que hablar —dijo mamá.

Esperaron mientras servía la comida.

—No podemos seguir así —dijo—. Ya lo veis vosotros mismos. Es imposible que papá gane un sueldo decente en este país. Así que él y yo pensamos que lo único que se puede hacer es ir a Inglaterra, a ver si allí podemos empezar una nueva vida.

—¿Cuándo nos iríamos? —preguntó Anna.

—De momento sólo iríamos papá y yo —dijo mamá—. Max y tú os quedaríais con Omamá y Opapá hasta que hayamos arreglado las cosas.

Max se entristeció pero asintió con la cabeza. Se veía que se lo esperaba.

—Pero supongamos que tardáis mucho tiempo en arreglarlo —dijo Anna—. Entonces no os veríamos.

—No tenemos por qué tardar mucho tiempo —respondió mamá.

—Pero Omamá... —dijo Anna—. Ya sé que es muy cariñosa, pero... —no podía decir que Omamá no quería a papá, de modo que en vez de eso le miró—. ¿Tú que piensas?

En el rostro de papá había aquella expresión de cansancio que Anna aborrecía, pero dijo con mucha firmeza:

—Allí estaréis bien atendidos. E iréis al colegio: así no se interrumpirán vuestros estudios —sonrió—. Los dos los lleváis muy bien.

—No tenemos otro remedio —dijo mamá. Algo duro y triste se alzó en el interior de Anna.

—Entonces, ¿está decidido? —preguntó—. ¿Ni siquiera queréis saber qué nos parece?

—Por supuesto que sí —dijo mamá—; pero, tal como están las cosas, no hay muchas posibilidades de elegir.

—Dinos qué te parece —dijo papá. Anna se quedó mirando el hule rojo.

—Es que yo creo que deberíamos seguir estando juntos —dijo—. No me importa exactamente dónde ni cómo. No me importa que haya dificultades, como el no tener dinero, y no me importa lo de la tonta de la portera esta mañana..., mientras estemos los cuatro juntos.

—Pero, Anna —dijo mamá—, hay muchísimos niños que tienen que estar algún tiempo separados de sus padres. Muchísimos niños ingleses están en el colegio internos.

—Ya lo sé —dijo Anna—, pero es distinto si no se tiene hogar. Si no se tiene hogar hay que estar con la familia —miró los rostros apenados de sus padres y explotó—. ¡Ya lo sé! Ya sé que no hay otro remedio y que sólo estoy poniendo las cosas más difíciles. Pero hasta ahora nunca me ha importado ser refugiada. Al revés, me ha gustado mucho. Creo que estos dos últimos años, en que hemos sido refugiados, han sido mucho mejores que si nos hubiéramos quedado en Alemania. Pero si ahora nos mandáis lejos de vosotros, me da mucho miedo..., me da mucho miedo...

—¿De qué? —preguntó papá.

—¡De llegar a sentirme refugiada de verdad! —dijo Anna, y se echó a llorar.

Capítulo 23



Después Anna se sintió muy avergonzada de haber perdido el control de esa manera. Al fin y al cabo, desde el primer momento había sabido que mamá y papá no tenían otra alternativa que enviarles a Max y a ella con los abuelos. Su actuación no había servido más que para que a todos les sentara peor lo que de todos modos tenía que suceder. ¿Por qué no se habría callado? Estuvo dándole vueltas en la cama, y a la mañana siguiente se despertó temprano, convencida de que debía hacer algo.

Todavía le quedaba un poco de dinero del premio: saldría y compraría *croissants* para el desayuno.

Por primera vez en varias semanas corría un poco de brisa, y, al volver de la panadería con los *croissants* calentitos metidos en una bolsa, Anna iba mucho más contenta. Todo se arreglaría de alguna manera; todo saldría bien.

Había un hombre con fuerte acento alemán hablando con la portera, y al pasar Anna oyó que preguntaba por papá.

—Suba usted conmigo —le dijo, sin mirar siquiera a la portera, y ésta, en silencio ofendido, le dio una carta. Anna miró la carta y vio, con una súbita aceleración del pulso, que traía sello de Inglaterra.

Durante todo el viaje en el ascensor no pensó en otra cosa que en lo que podría haber dentro de la carta, y ni se volvió a acordar del visitante de papá hasta que él le dirigió la palabra.

—Tú debes ser Anna —dijo, y Anna asintió. Era un hombre de aspecto desastrado, y tenía la voz triste.

—¡Papá! —chilló Anna al entrar los dos en la casa—. ¡Traigo *croissants* para desayunar y hay una carta y un señor que quiere verte!

—¿Que quiere verme? ¿Ahora? —dijo papá mientras salía de su habitación, poniéndose la

corbata.

Hizo pasar al visitante al comedor, y Anna entró tras ellos con la carta en la mano.

—¿Cómo está usted, *herr*...?

—Rosenfeld —dijo el hombre, haciendo una pequeña inclinación—. He sido actor en Berlín, pero usted no me conoce. Sólo papeles pequeños, ¿comprende? —Sonrió, mostrando unos dientes amarillos y desiguales, y añadió con aparente incoherencia—: Tengo un sobrino que trabaja en la industria de confitería.

—Papá... —dijo Anna mostrando la carta, pero papá dijo: «¡Luego!».

A *herr* Rosenfeld parecía costarle trabajo decir lo que había ido a decir. Sus ojos tristes no hacían más que vagar por la habitación mientras iba tanteando una manera de empezar tras otra y desechándolas todas. Por fin se metió la mano en el bolsillo y sacó un paquetito envuelto en papel marrón.

—Le he traído esto —dijo, y se lo entregó a papá. Papá lo desenvolvió. Era un reloj, un reloj viejo de plata de aspecto conocido.

—¡Julius! —exclamó papá.

Herr Rosenfeld asintió tristemente: «Soy portador de malas noticias».

El tío Julius había muerto.

Mientras mamá servía café a *herr* Rosenfeld y él mordisqueaba distraídamente uno de los *croissants* de Anna, les contó cómo había muerto el tío Julius. Le habían echado de su puesto de conservador del Museo de Historia Natural de Berlín, hacía casi un año.

—Pero ¿por qué? —preguntó mamá.

—Debe usted saberlo —dijo *herr* Rosenfeld—. Su abuela era judía.

A partir de entonces el tío Julius no había podido trabajar como naturalista, pero se había colocado de barrendero en una fábrica. Se mudó de su piso a un cuarto barato, y era allí donde había hecho amistad con *herr* Rosenfeld, que ocupaba el cuarto de al lado. A pesar de sus dificultades, el tío Julius estaba muy contento en aquella época.

—Simplemente... aceptaba las cosas, ¿verdad? —decía *herr* Rosenfeld—. Ya entonces pensaba yo venirme a París a estar con mi sobrino, y yo le decía: «¡Véngase usted también..., hay sitio para los dos en la industria de confitería!». Pero él no quería. Parecía convencido de que la situación de Alemania tenía que cambiar.

Papá asintió, acordándose del tío Julius en Suiza.

Herr Rosenfeld y el tío Julius habían tenido muchas conversaciones juntos, y el tío Julius le había hablado mucho de papá y su familia. Un par de veces *herr* Rosenfeld le había acompañado al zoo, donde pasaba entonces todos los domingos. A pesar de tener tan poco dinero, el tío Julius siempre se las apañaba para llevarles cacahuetes a los monos y restos de comida a los otros animales, y *herr* Rosenfeld se había quedado asombrado al ver cómo se abalanzaban a los barrotes de las jaulas cuando le veían llegar.

—No era sólo por la comida; era más bien como una especie de bondad suya, que los animales notaban.

Papá asintió nuevamente...

Durante el otoño, el tío Julius iba al zoo incluso por las tardes, a la salida del trabajo. Su vida

entera había llegado a estar centrada en los animales. Había un mono que le dejaba acariciarle a través de los barrotes...

Y entonces, justo en vísperas de Navidad, llegó el golpe. El tío Julius había recibido una carta oficial anulando su permiso de entrada en el zoo. No se daba ninguna explicación. El hecho de haber tenido una abuela judía era suficiente.

A raíz de aquello el tío Julius había cambiado. No dormía, ni comía como es debido. Ya no hablaba con *herr* Rosenfeld, sino que se pasaba los domingos metido en su cuarto, mirando a los gorriones del tejado de enfrente. Finalmente, a altas horas de una noche de primavera, había llamado a la puerta de *herr* Rosenfeld y le había rogado que, cuando fuera a París, le llevara una cosa a papá.

Herr Rosenfeld le había explicado que todavía tardaría cierto tiempo en irse, pero el tío Julius le había dicho: «No importa, se lo doy ahora», y *herr* Rosenfeld se había quedado con el paquetito para tranquilizarle. A la mañana siguiente habían encontrado al tío Julius muerto, con un frasco de pastillas para dormir vacío a su lado.

Herr Rosenfeld no había podido salir de Alemania hasta pasados varios meses, pero en seguida había ido a ver a papá para entregarle el paquete.

—Hay también una nota —dijo.

La letra era tan cuidadosa como siempre.

Decía simplemente: «Adiós. Os deseo mucha suerte», y estaba firmado: «Julius».

Hasta mucho rato después de que *herr* Rosenfeld se marchara no se acordó Anna de la otra carta, la de Inglaterra, que todavía tenía en la mano, y se la dio a papá. Él la abrió, la leyó en silencio y se la pasó a mamá.

—¡Quieren comprarte el guión! —exclamó mamá, y luego, como si casi no lo pudiera creer —: ¡Mil libras...!

—¿Eso quiere decir que ya no tendremos que irnos a vivir con Omamá? —preguntó rápidamente Max.

—¡Claro que no! —dijo mamá—. Ya no hay necesidad de dejaros aquí. ¡Podemos irnos a Inglaterra todos juntos!

—¡Oh, papá! —exclamó Anna—. ¡Papá, es maravilloso!

—Sí —dijo papá—. Me alegro de que vayamos a estar todos juntos.

—¡Pensar que van a filmar tu guión! —Mamá le había puesto una mano en el hombro. Entonces se fijó en lo raído que tenía el cuello de la chaqueta—. Necesitarás una chaqueta nueva —dijo.

—¡Vamos a decírselo a la portera y mandarla a paseo! —dijo Max.

—¡No..., espera! —gritó mamá—. Pero, si nos vamos a Londres, habrá que decirlo en vuestros colegios. Y tenemos que informarnos sobre hoteles. Y allí hará más frío..., necesitaréis ropa interior de lana.

De pronto parecía haber mil cosas de que hablar.

Pero papá, gracias al cual pasaba todo, no quiso hablar de nada. Mientras mamá y los niños

parloteaban y hacían proyectos, él se quedó sentado muy quieto, ajeno a lo que se decía a su alrededor. Tenía el reloj del tío Julius en la mano y lo acariciaba, muy suavemente, con un dedo.

Capítulo 24

Resultaba extraño marcharse otra vez a otro país.

—Justo cuando habíamos aprendido a hablar francés bien —dijo Max.

No hubo ocasión de decir adiós a *madame* Socrate, porque estaba todavía de vacaciones. Anna tuvo que dejarle una nota en el colegio. Pero fue con mamá a hacerle una visita de despedida a la tía abuela Sarah, que les deseó suerte en su nueva vida en Inglaterra y se mostró entusiasmada ante las noticias de la película de papá.

—Por fin hay alguien que pague a ese buen hombre —dijo—. Hace mucho tiempo que deberían haberlo hecho.

Los Fernand volvieron de la costa justo a tiempo de que las dos familias pasaran una última tarde juntas. Papá se los llevó a todos a cenar fuera para celebrarlo, y se prometieron volverse a ver pronto.

—Volveremos a Francia a menudo —dijo papá. Llevaba una chaqueta nueva, y el aspecto de cansancio había desaparecido totalmente de su rostro.

—Y ustedes tienen que ir a visitarnos a Londres —dijo mamá.

—Iremos a ver la película —dijo *madame* Fernand.

No tardaron mucho en hacer el equipaje. Cada vez que cambiaban de sitio parecía haber menos cosas que meter en las maletas, por las muchas que habían usado o tirado; y una mañana gris, menos de dos semanas después de la llegada de la carta de Inglaterra, todo estuvo listo para la marcha.

Mamá y Anna se detuvieron en el comedorcito por última vez, esperando el taxi que les llevaría a la estación. Despojada del batiburrillo de pequeños objetos de uso cotidiano que la habían hecho familiar, la habitación parecía vacía y pobre.

—No sé cómo hemos vivido aquí dos años —dijo mamá.

Anna pasó la mano por el hule rojo de la mesa.

—A mí me gustaba —dijo.

Llegó el taxi. Papá y Max amontonaron el equipaje en el ascensor, y papá cerró la puerta del



piso tras ellos.

Cuando el tren salió de la estación, Anna se asomó a la ventanilla con papá y miró cómo París se alejaba lentamente.

—Volveremos —dijo papá.

—Ya lo sé —dijo Anna. Recordó lo que había sentido cuando volvieron al Gasthof Zwirn de veraneo, y añadió—: Pero no será igual... no nos sentiremos en casa. ¿Tú crees que llegaremos a sentirnos en casa en algún sitio?

—Supongo que no —respondió papá—. No como la gente que ha vivido en un mismo sitio durante toda su vida. Pero nos sentiremos un poquito en casa en muchos sitios, y eso puede estar igual de bien.

Las galernas equinocciales habían empezado pronto aquel año, y, cuando el tren llegó a Dieppe cerca de la hora del almuerzo, el mar presentaba un aspecto temible y sombrío bajo el cielo gris.

Habían elegido la travesía lenta de Dieppe a Newhaven porque era más barata, a pesar de la fortuna recién encontrada de papá.

—No sabemos cuánto tiempo tendrá que durarnos —dijo mamá.

Tan pronto como el barco salió del puerto de Dieppe empezó a cabecear y dar bandazos, y la emoción que Anna había sentido ante su primera travesía se evaporó rápidamente. Max, mamá y ella vieron cómo sus caras se iban poniendo cada vez más pálidas y desencajadas, hasta que tuvieron que irse bajo cubierta y tumbarse. Sólo papá siguió tan tranquilo. El mal tiempo hizo que se tardara seis horas en cruzar el Canal de la Mancha en lugar de las cuatro usuales, y mucho antes de desembarcar ya pensaba Anna que le daba igual cómo fuera Inglaterra, con tal de llegar. Cuando al fin llegaron, había tal oscuridad que no se veía nada. El tren correspondiente al barco había partido hacía tiempo, y un mozo de estación amable pero incomprensible les acomodó en un tren lento con destino a Londres.

Cuando el tren se ponía en marcha vacilante, un puñado de gotas de lluvia apareció en la ventana.

—Tiempo inglés —dijo papá, que estaba muy animado porque él no se había mareado.

Anna iba acurrucada en su rincón del compartimento, viendo pasar el anónimo paisaje oscuro.

Realmente no se podía ver cómo era nada. Al cabo de un rato se cansó de mirar y echó una ojeada, para variar, a dos hombres que iban enfrente de ella. Eran ingleses. En la rejilla que había sobre sus cabezas había dos sombreros en forma de melón, de un tipo que pocas veces había visto antes, y los dos hombres iban sentados muy tiesos, leyendo periódicos. Aunque habían subido juntos, no hablaban entre sí. Los ingleses parecían ser gente muy callada.

El tren aminoró la marcha y se detuvo, por enésima vez, en una pequeña estación mal iluminada.

—¿Dónde estamos? —preguntó mamá. Anna leyó el nombre que aparecía en un cartel iluminado.

—En Bovril —dijo.

—No puede ser —dijo Max—. El último sitio donde hemos parado se llamaba Bovril. Mamá, todavía pálida de la travesía, miró.

—Es un anuncio —dijo—. Bovril es una clase de comida inglesa. Me parece que lo toman con la fruta en compota.

El tren siguió arrastrándose por la oscuridad, y a Anna le entró sueño. Había algo conocido en la situación: su cansancio, el sonido de las ruedas del tren, y la lluvia tamborileando en los cristales. Todo había ocurrido antes, hacía tiempo. Antes de que pudiese recordar cuándo, se quedó dormida.

Cuando se despertó el tren iba más deprisa, y por las ventanillas se veían pasar luces rápidamente. Se asomó y vio calles mojadas y farolas y casitas que parecían todas iguales.

—Ya estamos entrando en Londres —dijo mamá.

Las calles se hicieron más anchas y los edificios más altos y más variados, y de pronto el sonido de las ruedas cambió y estaban atravesando un puente sobre un río ancho.

—¡El Támesis! —exclamó papá.

Estaba bordeado de luces por las dos orillas, y Anna vio algunos coches y un autobús rojo circulando por debajo de ellos. Luego el puente se acabó, el río quedó atrás, y, como si sobre el tren hubieran echado un cajón, de repente apareció a su alrededor la luminosidad de una estación con andenes, mozos y mucha gente. Habían llegado.

Anna se bajó del tren y se quedó en el andén despacible mientras esperaban al primo de mamá, Otto, que iba a ir a recibirles. A su alrededor los ingleses se saludaban, sonriendo y charlando.

—¿Tú entiendes lo que dicen? —preguntó Anna.

—Ni palabra —contestó Max.

—Ya verás como dentro de unos meses lo entendemos —dijo Anna.

Papá había encontrado mozo, pero al primo Otto no se le veía por ninguna parte, de modo que mamá y papá fueron a buscarle mientras los niños se quedaban con el equipaje. Hacía frío. Anna se sentó sobre una maleta y el mozo le sonrió.

—*Français?* —preguntó.

Anna sacudió la cabeza.

—*Deutsch?*

Anna asintió.

—Ah, *deutsch* —dijo el mozo, que era un hombrecito regordete con la cara muy colorada—. ¿Itla? —añadió.

Anna y Max se miraron. No sabían lo que quería decir.

—¡Itla! ¡Itla! —repitió el mozo; se colocó un dedo debajo de la nariz como si fuera un bigote y levantó la otra mano haciendo el saludo nazi—. ¿Itla?

—¡Ah, Hitler! —exclamó Max.

—¿Aquí hay nazis? —preguntó Anna.

—Espero que no —dijo Max. Los dos sacudieron sus cabezas con vehemencia y pusieron gesto de desaprobación.

—¡No! —dijeron—. ¡No Hitler!

Eso pareció gustarle al mozo.

—Itla... —empezó. Miró en torno por ver si alguien le estaba mirando, y luego escupió enérgicamente en el andén—. Itla —repitió. Eso era lo que pensaba de él.

Todos sonrieron, y el mozo estaba empezando a hacer otra imitación de Hitler con el pelo aplastado sobre la frente cuando mamá apareció por un lado y papá y el primo Otto aparecieron por el otro.

—¡Bienvenidos a Inglaterra! —exclamó el primo Otto, abrazando a mamá. Luego, al ver que mamá tiritaba un poco, añadió en tono de reproche—: En este país hay que llevar siempre ropa interior de lana.

Anna le recordaba de Berlín como un hombre bastante elegante, pero ahora iba mal vestido, con un abrigo arrugado. Le siguieron hacia la salida en lenta procesión. Por todas partes había gente. La humedad era tan grande que parecía como si del suelo saliese vapor, y a Anna se le llenó la nariz del olor a goma de los impermeables que llevaban casi todos los ingleses. Al final del andén había un pequeño atasco, pero nadie empujaba ni daba codazos como era habitual en Francia y Alemania: cada uno esperaba su turno. En medio del aire brumoso resplandecía un puesto de fruta con naranjas, manzanas y plátanos amarillos, y había un escaparate enteramente lleno de caramelos y bombones. Los ingleses debían ser muy ricos para poder comprar aquellas cosas. Pasaron junto a un policía inglés con un casco muy alto y otro con una capa mojada.

Fuera de la estación la lluvia caía como una cortina reluciente, y Anna vio vagamente una especie de plaza. De nuevo tuvo la sensación de que todo aquello había sucedido antes. Ella había estado bajo la lluvia afuera de una estación, y hacía frío...

—Esperadme aquí, que voy por un taxi —dijo el primo Otto, y también aquello sonaba conocido.

De pronto todo se le juntó: su cansancio, la mala travesía y el frío. Notó un gran vacío en la cabeza, y la lluvia pareció rodearla por todas partes y el pasado y el presente se confundieron, de modo que por un instante no supo dónde estaba.

—¿Estás bien? —le preguntó papá, agarrándola por un brazo al tambalearse ella un poco, y el primo Otto dijo con voz preocupada: «Debe resultar muy difícil pasarse la infancia cambiando de un país a otro».

Al oír esas palabras, algo se aclaró en la mente de Anna.

«Infancia difícil...», pensó. El pasado y el presente se disociaron. Recordó el largo y cansado viaje desde Berlín con mamá, cómo llovía y cómo ella había leído el libro de Gunther y deseado tener una infancia difícil para poder llegar a ser famosa algún día. ¿Sería que su deseo se había hecho realidad? A su vida desde que salió de Alemania, ¿se le podría llamar realmente una infancia difícil?

Pensó en el piso de París y en el Gasthof Zwirn. No, era absurdo. Algunas cosas habían sido difíciles, pero siempre había sido interesante, y a menudo divertido: y mamá y papá y Max y ella casi siempre habían estado juntos. Mientras estuvieran juntos, no podría tener nunca una infancia difícil. Suspiró un poco al abandonar sus esperanzas.

«Qué lástima —pensó—. ¡A este paso, nunca seré famosa!».

Se acercó más a papá y metió la mano en el bolsillo de él para calentársela.

Entonces volvió el primo Otto con el taxi.

—¡Aprisa! —gritó—. ¡No puede esperar!

Todos se apresuraron. Papá y el primo Otto cogieron el equipaje, y el taxista lo arrojó dentro del taxi. Mamá se resbaló en el suelo mojado y estuvo a punto de caerse, pero el primo Otto la sujetó.

—Los ingleses llevan todos suelas de goma —gritó, empujando la última maleta.

Luego todos se amontonaron en el taxi. El primo Otto dio la dirección del hotel. Anna apretó la cara contra la ventanilla, y el taxi se puso en marcha.



JUDITH KERR. Escritora e ilustradora, nació en Berlín el 14 de junio de 1923, en el seno de una familia judía. En 1933 debió abandonar Alemania huyendo de los nazis. Su familia se radicó primero en Suiza, luego en Francia y finalmente en Inglaterra donde ha vivido desde entonces. Allí finalizó sus estudios de Arte. Posteriormente se convirtió en ciudadana británica nacionalizada.

Trabajó como pintora, diseñadora y guionista de la BBC hasta comenzar, bastante más tarde, su labor como escritora. Es más conocida por sus libros para niños que ilustra ella misma, como la serie de *Mog* y *El tigre que venía a tomar el té* (*The tiger who came to tea*, 1968).

En el mundo de habla hispana se la conoce sobre todo por su novela semiautobiográfica *Cuando Hitler robó el conejo rosa* (*When Hitler stole pink rabbit*, 1971). El libro forma, junto a otras dos novelas, *En la batalla de Inglaterra* (*Bombs on aunt dainty*) y *A small person far away* (que no llegó a traducirse al español), la trilogía *Out of Hitler time*, que cuenta su vida desde que tuvo que abandonar Alemania siendo niña hasta que, ya casada, tuvo que volver contra su voluntad al Berlín de la posguerra para ayudar a su madre, que acababa de intentar suicidarse debido a la presión nazi.

Ganó en 1974 el premio Deutscher Jugendliteraturpreis con *Cuando Hitler robó el conejo rosa*.

El 12 de junio de 2012 fue nombrada miembro de la Orden del Imperio Británico (OBE) por su contribución a la literatura infantil y al conocimiento del Holocausto.